


18)

CLEMENTA

NOTAS 

 FEMENINAS

IMPRESA MODERNA

1914 ○ ○ LOGROÑO

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208078

R 003219

NO SE PRESTA

T=76111

c.208.078

18

R

3219

NOTAS FEMENINAS

SECRETARÍA DE ECONOMÍA
ESTADO DE CUENTAS
20000208076
2000

NO SE

NOTAS FEMENINAS

Selección de artículos y

crónicas, cuentos cortos

NOTAS FEMENINAS

y leyendas, por

Rosa de Miranda

CLEMENTA

LA PRIMA Y LIBRERÍA MODERNA

LOGROÑO

NOTAS FEMENINAS

NOTAS FEMENINAS

Colección de artículos y
crónicas, cuentos cortos
y leyendas, por Micaela
Pérez de Miranda : : :
: : : : CLEMENTA

IMPRENTA Y LIBRERÍA MODERNA
LOGROÑO ◦ ◦ 1914



NOTAS FEMENINAS

Colocación de artículos y

crónicas, cuentos cortos

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO

QUE MARCA LA LEY

Perce de Miranda

CLEMENTA

IMPRESA Y LIBRERIA MODERNA

LOGROÑO 1914

PRÓLOGO ...

QUE RUEGO A MIS LECTORAS NO PASEN POR ALTO

Allá por el mes de julio de 1912, comenzó a publicarse en Logroño un diario, «El Defensor de la Rioja», de grandes dimensiones, amplia información y variado texto. Dirigía el periódico persona muy grata para mí y de mi mayor obligación, a quien me ocurrió hacer un obsequio, semi en broma, semi en serio, sin más objeto ni fin que endulzarle, momentáneamente, los malos ratos que la ruda tarea cotidiana le proporcionaba.

Al efecto, escribí un artículo con el encabezamiento de «Notas Femeninas», lo metí en un sobre y, por el correo interior, lo dirigí a la redacción de «El Defensor».

Al día siguiente, quedé estupefacta viendo mi artículo publicado y, sobre todo, al leer la firma de CLEMENTA, mi segundo nombre de pila, primero de mi abuelita paterna, que fué muy leída y escrita.

Algo me contrarió la aventura, principalmente, porque no obstante haber tratado de disfrazar la letra, fuí descubierta en el acto, resul-

tando embromada con el golpe de la firmita, cuando más a gusto esperaba saborear los efectos de mi genialidad.

A pesar de lo cual, satisfecha, para qué negarlo, de ver en letras de molde mis garabatos, que por cierto no me parecieron tan mal, se me despertó cierta afición... y hasta algo parecido a no sé qué amor propio ofendido, y seguí escribiendo artículo tras artículo, sin darme por aludida, aceptando desde entonces la firma de «Clementa».

Dos años largos he pasado en esta para mí agradable ocupación, sobre todo hasta hace diez meses en que, una circunstancia, cuyas consecuencias no acerté a prevenir, me obligó a romper el incógnito.

Cientos y hasta miles de cuartillas he llenado con mis impresiones del momento, sin plan, sin método ni orden preconcebido, y todas ellas fueron dadas al público en periódicos de Logroño, Aragón y Navarra, más que por su mérito, por la galantería de los directores, especialmente el de «Diario de la Rioja».

En lo único que perseveré fué en la defensa de mi sexo y en su dignificación hasta donde mis débiles fuerzas alcanzaban, procurando la mayor suavidad en mis amonestaciones, guiadas siempre por la mejor buena fe.

El incógnito permitíame operar con libertad, atacando a veces hasta con atrevimiento determinados defectos. Pero un día conocí cierta obra social netamente española, de extraordinaria transcendencia, quise contribuir a su desarrollo, escribí sobre ella, cayó la semilla en buen terreno, y ante la necesidad de plantearla en Logroño, no tuve más remedio que confesar mi delito.

Las consecuencias han sido fatales para mi musa: la pobre está acobardada; mi pusilanimidad no se atreve a pedirle auxilio y sospecho que entre ella y yo no hemos de hacer ya nada de provecho.

La más grave de esas consecuencias es, el resentimiento de mis buenas amigas y deudos, que con implacable cariño se creen con derechos indiscutibles a que les dé mi colección de trabajos, para leerlos, alegando que de muchos de ellos no tienen ni noticia. (¡ Cariños que matan, aunque yo los agradezco con toda el alma!)

Conste, pues, que se me ha creado un verdadero conflicto, del que no encuentro otro medio de salir sino publicando este libro.

En él, a mi juicio, va coleccionado lo menos malo que escribió mi pluma pecadora, y a sus páginas remito a cuantos muestran deseos de saborear mi labor, que ¡ ojalá ! no les aburra.

Si estimáis que en artículos, cuentos o leyendas hay algo interesante, recomendad la obra en atención al último fin de su nacimiento, que a vuestros ojos completará, para mi absolución, el conjunto de circunstancias atenuantes que anteceden, con esta eximente : el producto líquido de la venta, si existiere, servirá para contribuir al desarrollo de la gran institución social denominada «APOSTOLADO DE SEÑORAS PARA EL MEJORAMIENTO MORAL Y MATERIAL DE LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA», que rápidamente se extiende por toda la nación, propagada por la «Asociación de Damas Catequistas», que dirige su eximia fundadora doña Dolores R. Sopena.

Y terminado el capítulo de descargos, queda tranquila esperando vuestro benévolo fallo

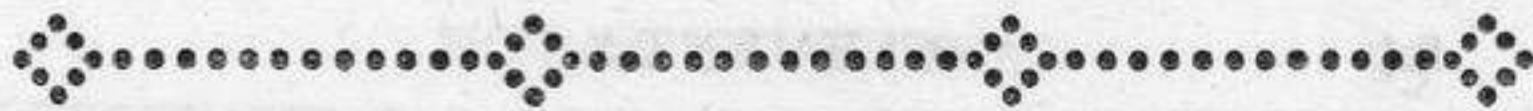
LA AUTORA

SOBRE EDUCACIÓN

ARTÍCULOS Y CRÓNICAS

El término que se utiliza para designar a la actividad económica que tiene lugar en el interior de la empresa es el concepto de *producto líquido* de la empresa. Este concepto se refiere a la parte del producto bruto que queda después de haber sustraído los costos de explotación que se producen en el interior de la empresa. El producto líquido de la empresa es el que constituye el ingreso neto de la empresa y que es el que se reparte entre los socios de la empresa.

ARTICULOS Y CRÓNICAS



SOBRE EDUCACIÓN

I

Asidua lectora del naciente y colosal periódico *El Defensor de la Rioja*, y admiradora de tan atractivo diario, he echado de menos una pluma femenina que ayude a colaborar a su ilustrada redacción en la difícil tarea educadora de la mujer, ya que el feminismo está de moda en la actualidad; y llevada del mejor deseo, aunque sin condiciones de escritora y con el desaliño y la impericia propia de la que no se ha dedicado jamás a escribir para el público, me ha asaltado la idea de acometer tan atrevido pensamiento, confiando en la benevolencia de mis interesantes y simpáticas lectoras y la no menor del amable director de este periódico que acogiendo mis pobres cuartillas se ha dignado insertarlas.

Hecha esta aclaración, que considero necesaria, *paso a decir*os que, con la ayuda de Dios, aspiro (no os riáis de mi pretensión y dispensad mi atrevimiento) a trabajar con todas mis fuerzas para educar a la mujer moral, social y artísticamente.

El fin no puede ser más hermoso; pero ¿lo conseguirá esta desautorizada pluma?

El tiempo nos dirá si he logrado algo de lo que me propongo, y válgame siquiera la buena intención.

* * *

Muy decantada por todos los pensadores y en especial por los oradores sagrados, es la poderosa influencia de la mujer en el hogar, y yo estoy en un todo conforme con estos señores. Sin embargo, cada día es mayor la desmoralización que se respira en todos los órdenes sociales y en especial en la familia.

¿Qué se desprende de esto?

En mi humilde sentir, el mal radica en la educación de la mujer, o, por mejor decir, en la *ineducación*...

Se nos hace presuntuosas y superficiales, se nos enseña, en unos casos, un barniz de conocimientos inútiles y nada prácticos, y en otros, la base de la educación es la pedantería más ignorante; de ahí que no vivamos sino para la coquetería y el figurín. La educación religiosa se tiene en muy poco y hasta es nula en la mayoría de los casos; en otros, exageradamente ñoña : precisa, pues, que la madre encargada y llamada a educar a sus *pequeñas*,

lo haga con suma discreción y para conseguir buenos efectos, es indispensable se encuentre en condiciones de hacerlo; es decir, que ella lo esté.

Primero, debe inspirar a sus hijas, muy especialmente, sentimientos sólidos religiosos, base de la buena educación; conocimientos prácticos, domésticos y sociales (dentro de su esfera) e instruir las convenientemente (según su posición) en la parte artístico-literaria; de este modo se formará a la mujercita que, a su vez, sabrá transmitir sus enseñanzas, más amplias, según las circunstancias en el porvenir.

Como la materia es difícil y extensa, pues abarca diversos problemas, me propongo exponerla en varios articulitos, si me prometéis leerlos y acogerlos con amabilidad.

Y rogándoos me dispenséis este rato de aburrimiento, se despide hasta otro día vuestra incondicional...

II

Os prometí ocuparme en mi segundo artículo de la educación religiosa, que, a mi jui-

cio, es la base de toda educación en la mujer. Pero sólidamente cristiana; no la falsa devoción, que es muy distinta.

La madre debe ser religiosa por convicción; no como muchas que pasan la vida *masticando* padrenuestros o rezando algunas devociones rutinariamente, oyendo el domingo la misa de moda, muy peripuestas, acicaladas y sin pizca de fervor; comulgando por la mañana porque fulanita lo practica, y por la noche llevando a sus hijas al teatro, a presenciar espectáculos como «La Corte de Faraón» y «Las Briboñas», verdaderos esperpentos literarios, donde brilla por su ausencia la belleza artística y por su presencia una descarnada inmoralidad en la forma y el fondo de su repugnante argumento.

Tales madres creen, apesar de todo esto, que educan perfectamente a sus hijas y que les dan excelente ejemplo; y para acallar su conciencia que les arguye, sin duda, dicen a toda hora que esas obras no tienen nada de pornográficas, que no son más que *alegrillas*; y las niñas, a fuerza de oírsele a sus *mamás*, repiten las mismas frases como un fonógrafo.

¡Qué triste idea dan tales señoras, y en qué responsabilidad tan terrible incurren las pobrecillas, muchas inconscientes, algunas dándose cuenta de que obran mal!

Y no es que yo anatematicé el teatro en general; muy al contrario, es uno de los espectáculos que más me agradan, pero cuando se trata del teatro escogido, del moral, del verdaderamente artístico.

En otra ocasión os hablaré de este asunto.

Yo entiendo de otro modo a la madre cristiana, y la admiro por el bien que hace a la sociedad enseñando a sus hijas pequeñas los deberes religiosos con el ejemplo, que es el mejor predicador; sin exageraciones, haciendo que los cumpla con gusto y sincero fervor; sin que la *moda* o la hipocresía entre por nada en esta obligación sacratísima; que la norma de su devoción sea conseguir el fin único para que fuimos creados; que la niña se forme sin vanidosas frivolidades para que no incurra en las exageraciones del figurín inmoral; que la inculque también las virtudes de la humildad y de la caridad, y formándose tan hermosamente su moral, con el prestigio poderoso que ejerce la mujer por la doble aureola de madre y de maestra, sus enseñanzas se grabarán indeleblemente en el corazón de su hija, sin que se borren jamás por azarosa que sea su vida.

¡Qué misión tan sublime la de la madre que cumple bien este deber! Es una emanación de la divinidad, y de ahí viene el respeto

y sumisión filial que a la niña primero y después a la mujer, le hará no separarse jamás de los otros deberes que contrae como esposa y como madre.

No he conocido nunca una joven despreocupada o desviada de sus prácticas piadosas, que más tarde o más temprano no se haya deslizado fatalmente por mal camino en alguno de sus estados, y haya logrado regenerarse. Y todo, por efecto de su desorientación religiosa.

Educad a vuestras hijas, mis queridas *mamá*s, de este modo, y formaréis unas jóvenes encantadoras, que después serán unas madres perfectas que cumplirán maravillosamente su misión regeneradora en el hogar y en la sociedad con su poderosa influencia.

III

La educación social de la mujer debe ser una derivación de la educación religiosa, e importantísima también, como que en ella estriba muchas veces el porvenir de la joven.

Es imprescindible que la madre ponga especial cuidado en enderezar, desde pequeñas, las malas inclinaciones de sus hijas, inherentes

en todas las descendientes de nuestra común madre Eva.

Contrista el ánimo ver tanta niña *consentida* y tanta señorita mal educada. Se ven en las familias cuadros desconsoladores, y todo por este grave defecto.

Es muy frecuente una *muñeca* de 15 ó 16 años, haciendo desgraciados a sus padres por su carácter; y tan mal inclinada y vanidosa, que la vida consiste para ella en conseguir ver satisfechos todos sus caprichos, exagerados y costosísimos la mayor parte de las veces, pasar el tiempo del balcón al tocador y callejeando.

Por eso no me cansaré, mis queridas *mamá*s, en repetiros que de vuestro buen ejemplo depende muchas veces que vuestras hijas resulten discretas y laboriosas. Acostumbradlas a que estén siempre ocupadas en esas lindas labores propias de su sexo; inspiradles esa sencillez y modestia que encanta y cautiva a quienes las tratan; cultivadles los sentimientos delicados, y todo lo demás se os dará por añadidura.

En muchas regiones, tienen las madres la buena costumbre de hacer que sus hijitas aprendan a confeccionarse sus vestidos y el arreglo de sus sombreros. Si no los *de vestir*,

por lo menos los de pocas pretensiones, y no podéis figuraros lo conveniente y provechoso que les es.

Yo no soy refractaria a que la mujer en general, y en especial las muchachas, sean esmeradas en el vestir; me inspiran lástima las descuidadas o despreocupadas, porque entiendo que *todas* debemos agradar, en el buen sentido de la palabra. Pero de esto a despilfarrar una fortuna en lujo, hay un abismo.

Y a propósito del lujo avasallador y desbordante que se ha desarrollado en estos tiempos, se me ocurre va a ser necesario que los padres y maridos se asocien a la cruzada iniciada contra esta plaga social, pues, de no contenerla, el desquiciamiento se avecina.

Dispensadme la digresión.

No hace muchos años que las *toilettes* eran lindísimas y relativamente económicas; ¡qué preciosas estaban las muchachas con sus atra-yentes trajecitos de finas batistas adornadas con encajes *valenciennes*, con algún detalle de terciopelo negro y luciendo en sus graciosas cabecitas un airoso *canotier* o un *bolero* sin más adorno que un lazo coquetón o una ligera *fantasía*.

¿Y creéis, mis simpáticas lectoras, que con ese traje sencillísimo y hasta económico esta-

ban menos bellos aquellos rostros juveniles? Pues os equivocáis si eso suponéis, porque eran más estéticos que los de hoy... y también más decorosos.

¿Y los sombreros? Pues más bonitos y graciosos que los de ahora; y aunque no ostentaban las costosas *plumas lloronas*, sentaban maravillosamente a sus rostros encantadores.

Tenéis que convenceros de que a las jóvenes, con su atractivo y frescura, lo que más las realza es la sencillez y el buen gusto.

Desengañaos, mis caras lectoras, de que la verdadera distinción está reñida con las galas recargadas y ostentosas. ¡Se ve tanto mamarracho por esas calles!

Y ellas tan satisfechas, las pobres, sólo con la idea de que su *toilette* ha costado un dineral.

Claro es que yo no pretendo que os vistáis con trajes anticuados, sólo porque son estéticos, pero no me negaréis que implica muy mal gusto el adoptar modelos que sienten mal a una y formas extravagantes por lo exageradas.

Son muchas, gracias a Dios, en Logroño, las que poseen la distinción y la elegancia innata en ellas, y por eso propenden por los trajes sencillos y nada ostentosos; en las capitales de las provincias vascongadas, donde se viste

tan bien, se observa mucho más acentuada esta tendencia.

Imitadla; adoptad en vuestro adorno la sencillez; sed modestas y económicas en vuestros gustos, y resolveréis el gran problema del matrimonio, que cada día se muestra más difícil en nuestra clase.

Precisamente porque la vida está «por las nubes», como dice Benavente en su preciosa comedia que lleva este título, y además contribuiréis con vuestro granito de arena a la tan decantada regeneración social.

IV

Pacientísimas lectoras :

Después de haberme ocupado de la educación religiosa y social de la mujer, imprescindiblemente, como complemento de las dos, tengo que hablaros de la artístico-literaria.

La mujer debe ser lo más instruída posible, dentro de su esfera de acción.

Hay muchos hombres, sin embargo, que opinan lo contrario y dicen, que ellos no desean para esposa una marisabidilla que se inmiscúa a cada paso en sus asuntos, creyendo saber de

todo, y que prefieren una mujer de su casa, apta para los deberes domésticos.

Otros, por el contrario, son acérrimos partidarios de nuestra ilustración y envían sus hijas al Instituto y después a la Universidad, para que obtengan el grado de Bachiller y un título profesional.

Si nuestras honorables abuelas hubieran presenciado tales audacias, ¿qué dirían? Se escandalizarían de nuestra *atrevida* ilustración.

¿Y cómo no, si a ellas, salvo raras excepciones, no les enseñaban sino a leer y escribir (y no con mucha corrección), a sumar y a restar todo lo más?

Yo, si he de confesar con ingenuidad mi humilde sentir, os diré que si de mí dependiese la educación de todas las niñas, sería insaciable mi afán de enseñarles, y lo haría desde el arte culinario (tan prosaico como necesario en toda casa), a la literatura clásica, artes, y en algunos casos, hasta ciencias.

Entiendo que, si hemos de cumplir la misión regeneradora que se nos quiere encomendar en el hogar, precisa que no seamos unas ignorantes y que entendamos de muchas cosas, pero no para que nuestros maridos encuentren en nosotras una pedantería presuntuosa, que pretenda dominarles por saber más que ellos.

Basta que les comprendamos y con nuestra exquisita intuición (esa sí que la poseemos en grado sumo) podamos aconsejarles prudentemente e iluminarles en alguna ocasión si están obcecados.

Claro es que una mujer sin instrucción se encuentra incapacitada para esto.

Por otra parte, ¿qué mejor preceptora para sus hijos que la madre?

¡Cuántos escollos ofrece entregar en manos de ciertas institutrices y maestras la educación de las niñas!

Ved ahí las ventajas de no tener necesidad de esas intervenciones peligrosas.

Además, ¿podrá una esposa sin instrucción influir y atraer a un hijo o marido desviado por los modernos errores?

Como me consta la gran afición que tenemos casi todas en nuestra juvenil edad a la lectura de novelas, quiero deciros cuatro palabras sobre este particular.

Si no ofreciese gravísimo peligro moral esta clase de lecturas, sería hasta conveniente; pero como la inmensa mayoría producen en el alma mortíferos efectos, os ruego encarecidamente os abstengáis de las que no tengáis seguridad de que son inofensivas por lo menos.

¿Cuántas víctimas no han hecho las de *Forge Sand*, Dumas (padre e hijo), Zola, Paúl de Kock y otros muchos?

Y, sin ser tan nocivas, ¿dónde dejar los abortos literarios de esos novelones por entregas de los Ortega y Frías, Conde de Salazar, Fernández y González, etc.?

No os entretengáis, mis lindas lectoras, en novelas de tan mal gusto literario las unas, y tan repulsivas e inmorales las otras; que si la afición a leer os seduce, ahí tenéis las primorosas lecturas del padre Coloma, las novelas de Pereda, que son preciosas, y las de Fernán Caballero, muy morales, aunque se les achaca que sus tipos no son reales ni propios del carácter español. Las de Alarcón y Valera son de gran mérito, pero algo escabrosas para las muchachas.

Como poesías, las Rimas de Bécquer son una preciosidad y los versos de Núñez de Arce, Trueba, y como clásicos, los dramas de Calderón y Duque de Rivas, aunque lo más seguro es consultar antes de leer.

De intento he dejado para lo último recomendaros las novelas ejemplares del Príncipe de los ingenios el inmortal Cervantes, que muchas de ellas, si no todas, podéis leer, y principalmente el Quijote, ese libro admirable

que cuanto más se lee más bellezas se le admiran y siempre encanta e instruye.

He querido demostraros, como os decía en mi primer artículo (aunque dudo si lo habré conseguido), que la mujer, sólidamente educada moral, social e intelectualmente, es una palanca poderosa, capaz de remover hasta sus cimientos esta sociedad que se desmorona.

¿Cómo se consigue?

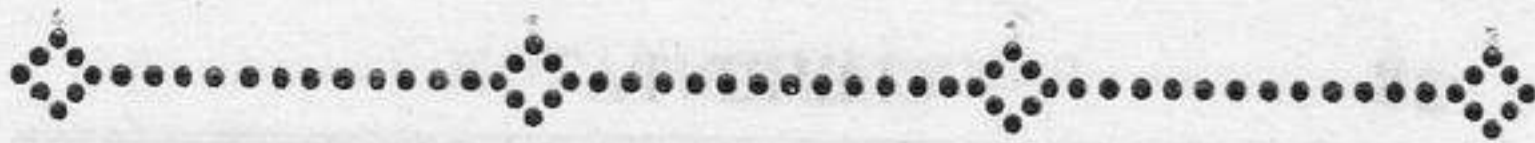
Dadme una legión de perfectas casadas, como tan elocuentemente nos las describe Fray Luis de León, y el triunfo será de la mujer.

La esperanza, ya lo sabéis, está en nosotras : lo dicen los pensadores, unánimemente.

Trabajemos con fe cada una en su esfera, desde la más humilde hasta la más elevada.

¿El medio? Cumplir la misión educadora para con nuestras hijas.





PARÉNTESIS

Mis bellas lectoras. Tal vez hayáis creído que os tengo olvidadas; mas no es así.

La lucha electoral en la que *El Defensor* ha tomado tanta parte, que necesitaba todas sus columnas para defender sus ideales, espantaba mi pobre musa.

La mujer de España es siempre mujer, aunque esté de moda el feminismo, y no se deja sugestionar como en Inglaterra por el sufragismo; aquí, aunque se nos concediese ese derecho, no creo diésemos el espectáculo que ofrecen con frecuencia las sufragistas inglesas.

Supongo tendréis noticia de que en este mes sentiremos la gran satisfacción de admirar en nuestro coliseo a la insigne María Guerrero, que va a darnos dos representaciones y ¡ojalá! fuesen veinte.

Y ya que de teatro se trata, voy a exponeros mi humilde sentir sobre el particular.

El esparcimiento del ánimo es necesario a todos los mortales y muy especialmente a la juventud; privarla de espectáculos y recreaciones honestas es cruel.

De ellos no se apartan ni los más austeros religiosos : en sus conventos, los tienen como regla, claro es, apropiados al espíritu que preside sus actos.

Antiguamente existían las tertulias, y según dicen, las había para todas las clases y gustos, deslizándose las veladas invernales agradabilísimas, sin gastos ni sacrificios.

Ahora, por extraña anomalía, nos aburrimos, gastamos el dinero lastimosamente y contribuimos con ello a desmoralizar a la juventud.

Infinidad de señoras verdaderamente piadosas, se lamentan amargamente de que las corrientes modernas lleven por esos derroteros al espectáculo más culto y ameno, y se privan de asistir al teatro.

Tienen muchísima razón y yo soy una de las retraídas, aunque por ello se nos trate de gazmoñas.

¡Cómo ha de ser!

Dios ve las intenciones.

Claro es que, las señoras tenemos mucha culpa de que el teatro no sea lo que fué, al autorizarlo con nuestra presencia.

Las representaciones teatrales morales, son escuela de buenas costumbres y en ella debe aparecer premiada la virtud y castigado el vicio.

El heroísmo se estimula con las hazañas de los buenos.

El valor y la abnegación, entusiasma al espectador que desea ocasión de hacer lo que el héroe.

Pero ahora, ¿qué fin se proponen los autores de esos mamarrachos antiartísticos e inmorales?

Atrofiar el sentido moral y acostumbrar a ver en la escena una y otra vez escarnecida la virtud, premiado el vicio y ridiculizada la religión con la apoteosis de la deshonestidad.

Si las señoras, y en especial las madres, pudiesen algo de su parte, se podría formar una Liga contra esta clase de obras, y recabar de la empresa que por lo menos una vez o dos en semana se celebren dos *vermouths blancos* para nosotras, donde se representen comedias o zarzuelas que las podamos presenciar sin ruborizarnos y a que puedan ir nuestras hijas con la garantía moral que nuestro sexo merece.

Si los empresarios se negasen a nuestra pretensión (que lo dudo) podíamos anticiparles que las localidades en esos días las pagaríamos a más precio que en las demás funciones.

Que satisfacción sería la mía si consiguiese que este invierno, por mi modesta iniciativa,

viese coronado mi pensamiento con la implantación de esos días *blancos*.

Manos a la obra, mis caras lectoras; tomadlo por vuestra cuenta, a ver si surge alguna dama tan piadosa como distinguida de esas que dan la nota del buen gusto, que se encariñe con la idea y la lleve a la práctica.





TODO POR LA MUJER

No pensaba molestar tan pronto vuestra atención con la lectura de mis *Notas*; pero un deber de gratitud me impulsa a dar cuanto antes a JULIO las más efusivas gracias por el artículo que me dedica en sus «Ecos de Sociedad», y que por cierto es bellísimo en la forma y en el fondo.

Su proverbial galantería le hace exagerar bastante sus elogios hacia esta modestísima personalidad, que no llega a la ínfima categoría de *escribidora*.

Pero yo los acepto gustosísima, para vosotras, mis distinguidas lectoras, porque aunque inmerecidamente, represento el bello sexo en las columnas de *El Defensor*, y esta representación, que tanto me honra, la ofrezco a vuestro servicio.

Todo por la mujer y para la mujer; ese es mi lema, y dentro de mi modesta esfera de acción no he de regatear sacrificio por vosotras.

Mi ideal es trabajar cuanto esté de mi parte (que desgraciadamente es muy poco) por la rehabilitación de mi sexo, tan vilipendiado por

muchos; enseñar a defenderos de esta sociedad en que todo conspira contra nosotras: las modas, el lujo, los espectáculos, la prensa, los malos libros y los hombres, en su mayoría.

¿Qué mujer no ha derramado en su vida amargas lágrimas por un hombre?

Unas veces por su desamor y perfidia, otras por su abandono y deshonor, no pocas por las infidelidades conyugales y algunas, en fin, por la desordenada vida de un hijo.

Se explota nuestra sensible debilidad; se estimula nuestra coquetería para burlarse de ella después, y muy pocos nos defienden y compadecen; por eso son tan apreciadas por nosotras esas honrosísimas excepciones, aunque los libertinos crean lo contrario.

Yo quisiera poseer el talento privilegiado y erudición de Emilia Pardo Bazán, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado, *Madame Staël* y hasta el de la *Forge Sand* y tantas otras; no para emplearlo tan mal como muchas de ellas, ni para deleitar a mis caras lectoras con la mágica elocuencia de las demás, sino para poner mi talento al servicio de la mujer y evitarle muchas caídas, educarla contra el peligro y conseguir, por fin, la regeneración de nuestro sexo.

¡Lástima grande que no esté a mi alcance

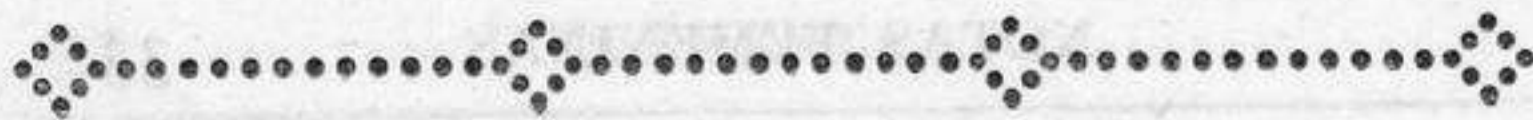
conseguirlo! Como comprenderéis, es empresa superior para una pobre mujer.

Pero habéis de permitirme como compensación a mis buenos deseos, respetar mis *preocupaciones*, pues *Clementa* las tiene, y grandes, como toda hija de Eva.

He sabido que tratáis de averiguar qué señora se oculta tras del pseudónimo con que firmo, y yo creo que debéis ignorarlo siempre, porque si la conocieseis, indudablemente se perdería el poco efecto moral que yo pudiera obtener colaborando en *El Defensor*, y hasta me sentiría cohibida para seguir actuando de *predicadora*; perdonadme, pues, y dejadme continuar con el incógnito.

Así se lo rogué en un principio al señor director del periódico aludido, el cual me empeñó su caballerosa palabra de no quebrantarlo, y no dudo lo hará, hasta que yo autorice lo contrario.





MARÍA GUERRERO

Todo pasa en este mundo, mis amadas lectoras.

Ya se verificó el acontecimiento teatral tan anhelado por el público Logroñés.

Y también se ausentó (hasta Dios sabe cuando) el matrimonio Guerrero-Mendoza con su compañía, dejando en nosotros recuerdo imborrable e imperecedero, con las solemnidades artísticas que han constituido sus dos únicas representaciones.

Mucho tiempo hacía que no había experimentado el placer de admirar a María Guerrero.

La última vez, fué el invierno de 1903, en el Teatro Español, de Madrid; es decir, hace la friolera de nueve años. Por cierto que su drama favorito en aquel entonces era «Reinar después de morir», cuyo argumento histórico está basado en la trágica muerte de doña Inés de Castro, casada en secreto con el príncipe don Pedro de Portugal y asesinada de orden del rey padre por dos cortesanos envidiosos de los Castro.

Al verla muerta don Pedro, en el paroxismo de su amorosa pasión, hizo que toda su corte la proclamase Reina, coronando el cadáver de doña Inés y sentándolo en el trono de sus mayores.

Figuraos, mis caras lectoras, de qué manera tan sublime interpretaría la eminente actriz el papel de doña *Inés de Castro*.

Yo salí del teatro conmovida y admirada del talento y perfecta labor de la Guerrero en esta obra, y en mucho tiempo no me fué posible substraerme a la impresión que me produjo; así es que, como trágica, para mí es la última palabra del arte, al menos en nuestra patria.

Por eso no dudaba de la maravillosa interpretación que obtendría por su parte el papel de doña Juana la loca en «Locura de Amor».

Pero yo creía que el transcurso de estos años y los efectos de su cansancio físico u otras causas, no podían menos de haberle restado aptitudes, y que, sin dejar de ser la reina de la escena española, no sería lo que fué.

Pero, amigas mías, lejos de aminorarse sus colosales y excepcionales dotes artísticas, son cada día más gigantescas, revelándose como actriz genial para toda clase de obras, las más antagónicas y complejas.

¡Con qué primor y delicadísimos matices ha desempeñado el escabroso papel de *Malvaloca*, hasta el punto de idealizar a una pobre mujer caída en el fango, aunque buena en el fondo y de excelente y caritativo corazón; pero que la mala educación y peor ejemplo, que recibiera de su madre, la desviaron de sus deberes morales!

María Guerrero, con su privilegiado talento, hizo vibrar la fibras de nuestra sensibilidad al hacer patente el sincero arrepentimiento e infortunio de la pobre *pecadora*.

Todos los espectadores, interesados por su desgracia, encontrábamos muy cristiano y natural, que *Leonardo*, olvidando su vida pasada, contribuyera con su cariño y dándole su nombre honrado, a regenerar a *Malvaloca*, moral y socialmente.

Se necesita el talento e inspiración de los hermanos Quintero, y la primorosa y admirable labor de la Guerrero, para conseguir ese milagro; y no cabe dudar que lo realizaron, por lo que les felicito con toda mi alma.

El público de Logroño, dando una simpática nota de cultura en esta ocasión, a pesar de pagarse caritas las localidades, ha llenado las dos noches, de bote en bote, nuestro lindo coliseo.

Allí vimos representación de todas las clases sociales, y muy nutrida la del bello sexo, que como siempre embellecía el salón con su hermosura y sus vaporosas *toilettes*.

Por no incurrir en involuntarias omisiones, siempre desagradables, no cito nombres.

Con decir que estaban todas nuestras elegantes beldades es bastante, pues de nuestra tierra es patrimonio exclusivo, la hermosura y gentileza, sin exceptuar a las clases populares que pueden vanagloriarse de poseer los más lindos palmitos y mucho arte para componerse; por más de que yo preferiría, que unas y otras, procurasen ser más buenas que bonitas.

Reciba el artístico matrimonio Guerrero-Mendoza nuestros plácemes, y tenga presente nuestros deseos de que vuelva pronto, para admirarlo una vez más.

Tengo que cerrar estas cuartillas con una nota tristísima, siniestra. La catástrofe del mar Cantábrico ha ocasionado muchas víctimas, dejando en la más desconsoladora orfandad a cientos de infelices que lloran.

Apelo a vuestros sentimientos cristianos e inagotable caridad, mis buenas lectoras, suplicándoos una oración para los que dejaron de existir, y una limosna que alivie la precaria

situación de los supervivientes damnificados.

El Defensor, con nobleza y caridad digna del mayor encomio, ha abierto una subscripción a favor de las familias de las víctimas.

Contribuid, por amor de Dios, con vuestro óbolo, lo mismo las pobres que las favorecidas por la fortuna, según vuestros medios y El os lo premiará desde el cielo dándoos el mil por uno y la patria celestial, como ha prometido a los que hagan obras de misericordia.





LA VANIDAD

Hora es ya, mis queridas amigas, que me ocupe de cosas más serias que de teatros y os dedique un cariñoso sermoncito.

Voy a hablaros de la vanidad.

El orgullo es hijo de la soberbia, y de ambos nace la vanidad, esa ruín pasioncilla, que, como su nombre indica, es hueca, vacía de sentido.

El gran filósofo Balmes dice muy gráficamente, *que la soberbia daña al prójimo, y la vanidad, al que la padece.*

A pesar de ser tan pueril como ridícula, es tan frecuente en la mujer, que lo mismo la que vive en las más humildes aldeas, como en los grandes pueblos y capitales, muy pocas son las que logran substraerse a su influencia, y estoy por decir, que en los populosos y grandes centros, es menos general este defecto social.

Nos envanecemos de la hermosura, riquezas, elegancia, y, sobre todo, de poseer un apellido noble, y, caso singular, ninguna de estas prendas las hemos adquirido por nuestro es-

fuerzo, pues todas se las debemos a Dios, y algunas se nos han transmitido por herencia.

Si de nosotras dependiese, no existiría mujer fea, ni pobre, ni plebeya.

¿Por qué vanagloriarse de tales méritos?

Implica, pues, una dosis grandísima de necesidad e ignorancia dejarse llevar de este defecto. Parece mentira que temiendo tanto la mujer hacer el ridículo en sociedad, nos ciegue de modo tal la ruín pasioncilla que muchas veces dé motivo a que se burlen de nosotras y nos llamen cursis.

Si por la fuerza de nuestra voluntad consiguiéramos vencer una pasión dominante, o por el estudio obtener de un talento mediano una ilustración superior, la vanidad, en estos casos, tendría razón de ser, pero entonces no se llamaría así, sino convencimiento del propio valer, que es muy distinto y hasta legítimo.

La mujer sólidamente piadosa que posee talento y cultura, no se envanece de pequeñeces, y si alguna vez cae, las desecha enseguida como pensamiento importuno o peligroso.

Por eso veréis siempre que la ostensiblemente vanidosa carece de ilustración, y sus sentimientos religiosos dejan mucha que desear; en cambio, la frivolidad es su pasto cotidiano.

Qué pena causa oír a una joven hablar a todas horas de su belleza, de sus triunfos en sociedad, de lo costoso de sus *toilettes*, de su ilustre apellido; fatiga oírles expresarse así, cuando no excitan nuestra hilaridad.

Y generalmente, veréis que esas pobrecillas ni son tan bonitas, ni tan ricas, ni tan elegantes como sus amigas que no se jactan de ello.

Hay otras que pecan por el lado opuesto, y no porque sean modestas, sino por gazmoñería; tienen la muletilla de rebajar sus gracias para conseguir que las adulen más por este procedimiento.

La vanidad del abolengo es más antipática y fuera de razón; además de no depender de una haber nacido noble o no, va pasando de moda en estos tiempos; y si no, leed a Linares Rivas en su hermosa comedia «El Abolengo», y veréis cómo piensa el gran dramaturgo a propósito de esto.

Descontando esos grandes de España cuyos títulos nobiliarios constan en la «Guía Oficial» o en el almanaque de Gotha, y que, por cierto, si estudiasen el origen de su árbol genealógico tal vez se ruborizasen, los demás no son más que descendientes de hidalgillos, o, a lo más, de segundones de grandes casas.

Conque si de los primeros había tanto que hablar, ¿qué será de estos pobrecillos?

Aquello del señor y sus vasallos, tenía razón de ser en la Edad Media.

Hoy, la verdadera aristocracia está en el capital bien adquirido y la intelectualidad a su servicio, o de la inteligencia servida por el capital.

¡De ahí sí que surgen empresas colosales!

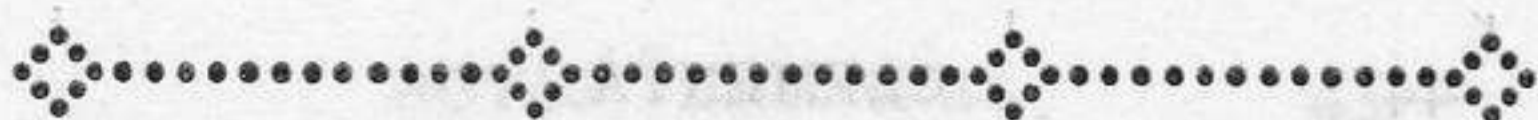
Por eso ahora no se desdeñan los nobles títulos de Castilla en dedicarse a especulaciones científicas o fabriles, y hasta a la agricultura en gran escala.

¡Ese es el verdadero progreso!

En cambio, los que no han seguido estos derroteros se han arruinado con sus espléndidas fiestas y fastuosos trenes; y como la aristocracia sin dinero es un *mito*, no faltan Condes y Marqueses empleados en las oficinas del Estado con un modesto sueldo de mil o mil quinientas pesetas anuales.

Ya véis, pues, mis amables lectoras, a qué aberraciones conduce la estúpida vanidad.

Huíd de ella como un mal gravísimo, aunque se la considere inofensiva y que sólo hace daño al que la padece.



ALGO DE MODAS

Os parecerá anómalo, mis interesantes lectoras, que la *predicadora sociológico-moral* de otros días dedique hoy sus *Notas* exclusivamente a las frivolidades de la moda.

Pero todo no ha de ser sermoneo.

A las que vivimos en el mundo, nos es preciso, aun no pecando de superficiales, ocuparnos alguna vez de nuestros trajes y de los mil detalles que completan la complicada indumentaria femenil; porque el desaliño y el mal gusto, están reñidos hasta con las más timoratas.

Va terminando la estación estival, y dentro de unos días hará su apertura el melancólico y poético Otoño con sus hojas secas y sus amarillentos reflejos.

Hay, pues, que preocuparse de los trajes de entretiempo, y ninguna hechura más prác-

tica y elegante para calle que *el estilo sastre*, que no pasará nunca de moda ni debía desaparecer en toda estación del guardarropa de una señora distinguida.

Los géneros indicados para esta clase de prendas son los ingleses : los colores medios y el azul marino, gozan siempre el favor de nuestras elegantes, y yo os recomiendo que esos trajes los confeccione el sastre, pues en ello estriba el verdadero *chic* de estos vestidos.

Las formas del verano, gracias a Dios, han doblado una página en la historia de la moda al adoptar para los tejidos ligeros, en lugar del ridículo vestido funda, las artísticas drape-rías griegas y el impertinente, aunque gentil tontillo.

Hemos manejado y plegado todas esas vaporosas telas, y por medio del arte de nuestras modistas las hemos convertido en preciosos atavíos femeniles que ya no presentaban el aspecto caricaturesco del año pasado.

Todavía los árbitros de la elegancia (los modistos parisienses) guardan impenetrable silencio sobre las sorpresas que nos prepara nuestra despótica soberana *la moda*.

Ignoramos si la caprichosa tiranuela nos impondrá alguna original extravagancia de las que acostumbra; mas me permito aconsejaros,

lindas lectoras, que si sus figurines atentan al pudor o a la estética, os rebeléis contra ella y no la adoptéis, pues no faltarán modelos que, además de realzar vuestra belleza, sean compatibles con la modestia.

* * *

Este año las pieles no nos han abandonado, porque hasta en las *toilettes* más vaporosas han formado parte del adorno los flexibles cordones *skeungs*, de *cibelina* y armiño, en fraternal alianza con las muselinas, encajes y gasas, y la combinación resultaba armónica.

Pero nos acercamos al invierno, y sabemos de cierto que el reinado de las pieles es cada vez más imperante, y no se conciben los abrigos de las señoras que visten bien sin gastar una enorme suma en peletería.

Las de más boga en la estación invernal son la *cibelina*, el *astracán* y la nutria de Alhaska. La primera no es abordable, pues la caza de este mamífero de lujo queda prohibida a partir de primeros del año que viene, y las otras dos son escasísimas, por cuya razón alcanzan precios verdaderamente fabulosos, no estando al alcance de todas las fortunas.

A no ser que sigáis el consejo de una señora revistera de un periódico de Modas de gran circulación, en el que recomienda a sus lectoras pueden reemplazar la nutria de Alhaska por la de Hudson, o sea la piel de conejo rasurada eléctricamente y que, teñida hábilmente, resulta una perfectísima imitación.

¡Pobres conejitos, a qué excesos os conduce la pícara vanidad y el afán de las ridículas ficciones! pues veo los millones de víctimas de estos animalitos sacrificados para esta imitación.

Dispensadme, lectoras mías, os manifieste no estoy conforme con la cronista de marras.

Dejemos que derrochen las capitalistas esas exorbitantes sumas en pieles legítimas, si ese es su gusto, pues son patrimonio exclusivo de las potentadas; pero las de posición más modesta, si os encantan los abrigos de piel y el adorno de las mismas, usad las de animales más económicos por su abundancia, o conformaos con los de *peluche* o terciopelo; y con buen gusto para elegir, resultarán modelos lindísimos y sin las cursis pretensiones de una imitación.

Yo no sé qué se proponen con estas imitaciones muchas señoras, si no es engañarse a sí mismas; las hay que se engalanan con joyas y

pieles apócrifas, que a las inteligentes hacen sonreír y a las ignorantes criticar un lujo desproporcionado con la posición social.

Son muchas las que desearían dar aplicación a sus blancos trajes de novia, que generalmente se tienen relegados; por eso me regocija un capricho de la moda que permite dar hechura práctica a esos vestidos, y que pronto serán de uso corriente.

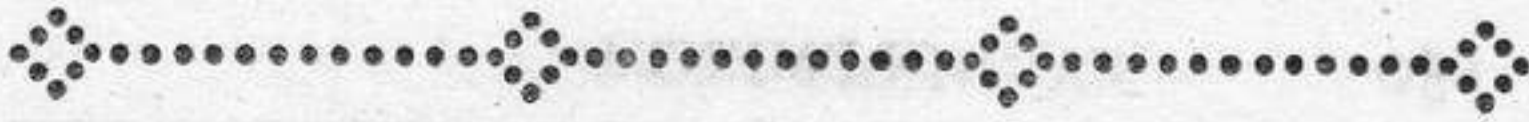
El modelo es de raso blanco, el alto forma una coraza medioeval de brochado del mismo color y guarnecida de terciopelo negro; algunos detalles del mismo completan la *toilette*.

En los peinados de actualidad han hecho su reaparición los tirabuzones como marco del rostro, cubriendo la oreja y parte del cuello; es una novedad que reemplaza con ventaja a los bucles, ya tan vulgares por el abuso. No cabe dudar que, si llegan a generalizarse en los peinados de las señoras, como me figuro, podremos copiar los de nuestras abuelas: y bien guapas que estaban con ellos, a juzgar por sus retratos.

Como adorno en la cabeza, las flores no go-

zan mucho favor ahora. Las plumas se usan mucho, tendidas en forma de abanico o en pompón, y resultan originalísimas y elegantes, aunque yo, a pesar de todo, como buena española, siempre daría la preferencia a las flores, que nadie sabe colocar con más arte y gentileza que la mujer de España.





UN PROBLEMA PARA LA MUJER

El matrimonio es el acto más trascendental de la vida y en el que menos se medita.

De cada cien mujeres que se casan, noventa y seis no conocen al hombre a quien se unen con lazo indisoluble.

Os parecerá exagerado el aserto, y sin embargo no lo digo yo, mis caras lectoras y sí un notabilísimo escritor y concienzudo sociólogo de cuya autoridad no puede dudarse.

A la mujer no se la educa para conocer al hombre; y se la deja expuesta al riesgo constante de su infelicidad.

Se la enseña a adornarse, a ser, o por lo menos a parecer bella, pero a distinguir de amores, a darse cuenta de lo que es galantería o cariño verdadero, nadie enseña a la pobre niña inexperta; ¿qué queréis que haga la pobre cilla sino equivocarse, la mayor parte de las veces?

Es un error lamentable que haya padres que desatiendan este deber para con sus hijas, a sabiendas, dejándolas en el riesgo de precipi-

tarse; de labrar su infortunio para siempre. Y sin embargo, esto es lo normal.

Por eso son tan frecuentes los matrimonios desgraciados, porque no se conocieron a tiempo.

Me causa profunda pena la triste condición de mi sexo; no le basta al hombre el derecho de elegir, y nos escatima el de aceptar.

Cuán pocas podrán decir en verdad que su matrimonio se realizó con todas las condiciones necesarias para que sea fiel trasunto de lo que se propuso Nuestro Divino Redentor al instituir tan sublime sacramento.

Unas lo hacen por imposiciones paternas; otras, por capricho e impresión; las más por no adquirir el título de solterona (como si esto fuese un estigma); algunas por lucir y figurar; de lo cual se desprende que la inmensa mayoría de las casadas son víctimas sacrificadas a su desatentado himeneo.

El problema es gravísimo, porque se trata de la felicidad o infelicidad de toda la vida y si por impremeditación nos equivocamos, las consecuencias pueden ser tristísimas e irrevocables.

Yo quisiera inculcaros, mis jóvenes lectoras, una profunda aversión al matrimonio impremeditado; tratad lo primero antes de comprometeros, de conocer a vuestro prometido, fijando vuestra atención en saber si os ama de cora-

zón o va a vosotras por fines bastardos o positivismos mezquinos.

Adquirir el convencimiento de que su moral y sentimientos religiosos son sanos; y si llegáis a convenceros de que su cariño desinteresado está en perfecta armonía con sus buenas ideas, amadle enhorabuena; no os importe que su posición no sea muy brillante, porque vuestro matrimonio resultará todo lo dichoso que cabe en lo humano.

Creer que en este valle de abrojos puede alcanzarse felicidad completa, es un error crasísimo.

Los observadores se lamentan del escaso número de matrimonios que se contraen en la clase media, y se lo explican por varias razones; una de ellas, esencialísima, a mi juicio la principal, es lo cara que la vida resulta en los tiempos modernos.

Los jóvenes casaderos se sienten retraídos, más aún asustados, ante el presupuesto necesario para vivir decorosamente una familia.

¿Cómo no aterrarse de las exigencias de muchas señoritas, bellas y elegantes, eso sí, con atractivos para ser amadas, pero con pretensiones que no pueden satisfacer sino los capitalistas?

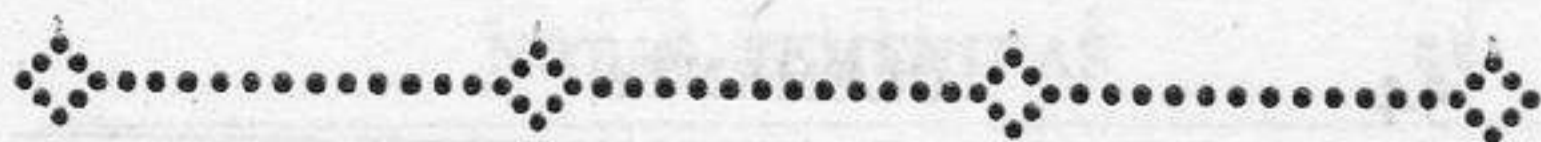
Se había considerado siempre por las *ma-*

más que tienen niñas en este estado de merecer, que un capitán del Ejército, un abogado, un juez, un catedrático, etcétera, eran excelentes partidos para sus hijas; hoy toda esa pléyade de muchachos con sus títulos profesionales retribuidos con un sueldo de entrada que no excede de 3.000 a 3.500 pesetas, no se atreve a declarrase a una señorita, por comprender no tiene bastante posición para crearse una familia al día.

¿Cómo extrañarnos haya pocas bodas en nuestra clase, y las que se realizan sea por mutuos positivismos?

No hace mucho oí lamentarse a un muchacho, que estando enamorado de una señorita buena y bella, pero pobre, no se atrevía a declararse, y añadía que, de casarse, lo haría con alguna *que tuviese algo* y no por él, que con su carrera le sobraba, sino como garantía de tranquilidad para su mujer. Por cierto que, el muchacho en cuestión, reúne todas las condiciones para hacer feliz a la mujer más exigente.

Ya lo sabéis: Sed económicas; no asustéis a los hombres (si no tenéis posición) con vuestro lujo exagerado; desechad ridículas pretensiones; la sencillez tiene más atractivo que las más deslumbrantes galas, y con ella resolveréis mejor el problema matrimonial.



UNA FIESTA DE LA INFANCIA

La más interesante y atractiva de las festividades consagradas a la Reina de los Cielos, es indudablemente la de su *Presentación en el Templo*.

Nada más encantador y simpático que la infancia. Por eso en la vida de Jesucristo, el Dios niño cautiva y subyuga al creyente, y la contemplación del nacimiento del Mesías es una fuente de delicadísima devoción.

La niña María presentándose a los tres años en el templo, es una figura magnífica a pesar de su corta edad, impresiona y causa admiración profunda en las jovencillas, dejando en su tierno corazón recuerdo gratísimo e imborrable.

Varias órdenes religiosas, entre ellas las de la Enseñanza, la tienen por patrona y maestra de sus colegios.

¿Y qué mejor institutriz que la Niña María, la privilegiada criatura concebida sin pecado, para ser madre del Verbo Divino, maestra de los apóstoles y evangelistas, preceptora de mu-

chos santos y regeneradora del linaje humano?

El fin es sublime, hermosísimo. ¡La Niña María enseñando a las niñas virtudes celestiales!

No hay duda que su eminente magisterio, ejerce influencia poderosa en las pequeñuelas educadas en colegios dirigidos por Ella, pues generalmente resultan jóvenes piadosas y discretísimas, para ser más tarde excelentes madres de familia.

¡Qué recuerdos tan gratos evoca en mi mente la fiesta de la *Presentación*!

Yo también, mis queridas lectoras, como vosotras, he sido educada en un centro de enseñanza en que la Niña María era su patrona y directora y por esto experimenté dulcísima emoción el otro día al presenciar la tierna ceremonia del ofrecimiento infantil.

Por cierto, debo confesar para satisfacción de las *mamás*, lo agradablemente que me sorprendió la novedad implantada por las ilustradas religiosas de la Enseñanza, al disponer que todas las niñas sin distinción de clases, desde la más pobre a la más rica, de la más pequeña en edad hasta la mayorcita, vistiesen trajes modestos, cubriendo sus risueñas y lindísimas cabezas con velos negros.

Aplaudo tan feliz iniciativa, que permite

una vez siquiera en el año, vestir casi lo mismo a las menesterosas y las potentadas, con la ocasión oportunísima de honrar a su sublime maestra en el acto de ofrecer su óbolo, representación de sus tiernos corazoncitos.

¡Qué encanto de rapazuelas! Vi algunas que apenas tendrían cuatro años, y sonreían muy satisfechas enseñando la mantilla que llevaban como su mamá.

Recuerdo que en mis tiempos la llegada de la *Presentación*, constituía un sacrificio y en ocasiones hasta un martirio; había criatura que en todo el año había sido sometida por el amor maternal al rizado del cabello, y que para esta función podía estar segura de verse convertida en un perrillo de aguas.

Algunas pobrecillas, por impericia de su *peluquera*, resultaban solemnes mamarrachos; pero no quedaba más recurso que resignarse con lo que era *de rigor*.

Esto y estrenar traje y sombrero para poner guapa a la nena, completaban el programa.

Ya podéis figuraros que a la mujercita en embrión, cuyo flaco es la pícara vanidad, no se la podía sufrir en ese día.

Como chico con zapatos nuevos se dice de la persona mayor que luce pretenciosamente su indumentaria.

¿Qué haríamos las pequeñas estrenando de una vez, botas, vestidos, sombreros y hasta fisonomía?

Este absurdo (dispensen nuestras honorables *mamás*) excitaba la coquetería precisamente en un acto tan opuesto al espíritu mundano, dado que se trataba de celebrar y honrar el abnegado sacrificio de los padres de María, entregando a su única hija en el Templo para mejor servir a Dios practicando las virtudes de la humildad, pobreza y castidad.

Mil plácemes a las iniciadoras de la novedad implantada en este colegio, extensiva a las *mamás* que la han secundado. María se les pagará con largueza.

Un ruego para terminar :

Bellas lectoras, aunque no seáis pequeñas, imitad este ejemplo.

La novena de la Inmaculada, de vuestra hermosa madre, va a comenzar : adoptad la clásica mantilla para asistir a esos actos en vez de concurrir a ellos con el antiestético sombrero.

Haced este pequeño obsequio, como homenaje a la sublime modestia de la Inmaculada.





EL 8 DE DICIEMBRE

La devoción a la Santísima Virgen, ha sido en todos los tiempos patrimonio de los españoles, hasta el punto de llamarse nuestra patria la nación de la Inmaculada. Y a fe que la Madre de Dios premiaba con creces el culto que se le tributaba, haciendo a España grande y poderosa.

¿Y cómo no, si los grandes guerreros y conquistadores llevaban la imagen de María hasta en el arzón de la silla de su caballo, para que les inspirase valor y no había empresa ni conquista que ella no presidiese?

Por eso las hazañas de aquellos héroes resultaban gigantescas. Desde Pelayo en la Reconquista y su victoria de Covadonga; Gonzalo de Córdova, el Gran Capitán, que era devotísimo de María; Colón, que para el descubrimiento del Nuevo Mundo bordaba en las banderas de sus carabelas la imagen de la Virgen, cambiando el nombre de la «Gallega» por el de Santa María; Hernán Cortés, que en la conquista de Méjico colocaba a la Madre de

Dios en los templos de los Aztecas, arrojando de ellos los monstruosos ídolos del paganismo americano, y hasta los poetas, celebrando su pureza y hermosura en brillantes composiciones poéticas y encontrando en ella siempre manantial inagotable de inspiración; todo en España está lleno de su culto.

Pintores como Murillo, immortalizan sus pinceles con las sublimes Concepciones: los escultores glorifican con el cincel su nombre, al trazar en el mármol la hermosísima figura de la Reina de los cielos; y la Infantería española, desde la organización de sus famosos tercios, eligióla por patrona y capitana.

Ante estos hechos, caras lectoras, ¿cómo ha de extrañarnos que no haya rincón, valle, ni collado, en donde no se venere una imagen de María, y, que desde las grandes ciudades a las pequeñas aldeas, se dé piadoso culto a la milagrosa imagen que la tradición, la leyenda o la historia colocó allí como portentosa aparición?

Es sumamente consolador para el alma de profundas convicciones católicas, observar que hoy, si no tan grande ni tan general como en los pasados tiempos, la devoción a la Inmaculada Virgen María, no se han extinguido en España, gracias a Dios, a pesar de vivir en el

siglo de las despreocupaciones religiosas y de la sensualidad; en que a diario se hace la apotheosis del libertinaje, rindiendo desvergonzado culto a la deshonestidad.

Es singular este contrasentido y se presta a profundas reflexiones, que hacen concebir risueñas esperanzas para el mañana.

Así pensaba yo, noches pasadas, al asistir a la solemne novena que vosotras, mis jóvenes lectoras, habéis dedicado a vuestra Madre, y mi corazón se llenaba de júbilo con justificadísimo motivo.

Veía el templo esplendoroso, adornado primorosamente; escuchaba las deliciosas y afinadas voces femeninas, que en coro entonaban preciosos cánticos a la Privilegiada entre las criaturas; contemplaba, después, a las simpáticas y bellas hijas de María, que por honrar a su Madre, llenas de fervor, ocultaban modestamente los rostros encantadores entre el tul y encajes de sus mantillas; a los innumerables fieles que llenaban la amplia nave, ávidos de escuchar la elocuente palabra del orador sagrado, y me decía: si en los pasados siglos fué España tan grande por la devoción a la Reina Celestial, ¿por qué no hemos de aspirar a su resurgimiento?

El medio es sencillísimo; procuremos incul-

car en nuestros hijos la fe que nos legaron los antepasados, y ella será la tabla de salvación.

Para conseguirlo, nadie mejor que nosotras. La mujer y sólo la mujer, puede realizar la obra y para ello, entre otras muchas, tenemos una poderosa razón: la gratitud.

No olvidéis nunca que por la Virgen fuimos rehabilitadas, y la consideración que se nos concedió en la sociedad y en el hogar, a ella se la debemos.

Seamos émulas de las madres de aquellos héroes, que nacidos y criados a la sombra benéfica de tan sublime devoción y culto, fomentaron maravillosamente el amor y reverencia a tan excelsa Señora.

Si así lo hacemos, podremos alcanzar mucho para el porvenir.





MODAS DE INVIERNO

Voy a dedicar hoy, lindísimas e interesantes lectoras, mi crónica semanal a las frivolidades de la moda, pues, a pesar de que han dado en llamarla intransigente, superficial, despótica y hasta ridícula, hay que confesar que es necesario a la mujer ocuparse de ella alguna vez, aunque sin abusar de sus caprichosas extravagancias: ya véis que no soy sistemática, pues no me aparto de lo justo y natural.

En el medio en que vivimos, una señorita cursi y mal vestida incurre en un *crimen* de lesa... distinción.

¿Y hay cosa más odiosa a una dama que excitar por mal vestida la hilaridad?

Por esta razón, nadie es capaz, ni el mismo padre espiritual (por austero que sea), de oponerse a que las jóvenes (y las que no lo son) usen *toilettes* modernas y de exquisito gusto; lo que sí anatematizan, con muchísima razón, es el figurín inmoral, las exageraciones deshonestas de los descotes y desnudos de los brazos; los trajes ceñidos e indecorosos y el lujo

desbordante, escandaloso, que ostentan muchas señoras de la clase media, de problemática fortuna, que, cual plaga social, acarrea la bancarrota de algunos pobres padres y maridos.

Estas demasías han llegado hasta a escandalizar a las damas menos timoratas en esta materia (a las parisienses), que pretenden de los grandes modistos de allende el Pirineo supriman de sus *confecciones* todo lo atrevido y deshonesto, pues consideran denigrante para su dignidad esos atavíos modernistas, propios de cierta clase de mujeres.

Sin querer, lectoras mías, me he dejado llevar de mi tendencia sociológico-moral, y, en lugar de hablaros de modas y sus *ideales fantasías*, os he lanzado un sermoncito; dispensadme.

A pesar de faltar todavía algunos días para que haga su apertura oficial el glacial y aterido invierno, ya nos ha avisado este año con sus escarchas y brumas; por este motivo, las modas invernales están en su apogeo.

Los más afamados modistos europeos han expuesto sus maravillosas creaciones ante los ojos de las privilegiadas hijas de Eva, favorecidas por la fortuna.

Los colores predominantes recorren toda la gama del *beige* y sus matices suavizados; el amarillo, desde el naranja hasta el oro pálido; el rojo y las mezclas de blanco y negro.

El rojo ya no nos parece tan audaz; nos vamos connaturalizando con su viveza, y no puede negarse que la originalidad del adorno de piel de colores claros, le sienta perfectamente.

Son muy lindos y armonizan a maravilla los vestidos de terciopelo blanco con drapeados de raso gris de tono suavísimo. Se usa mucho para estos trajes semi fantasía la chaqueta forma *mujick*, la cual constituye la última palabra de la elegancia.

El terciopelo de lana se utiliza en la mayor parte de las *toilettes* de invierno; este tejido es muy favorecido, pues abriga y satisface, a la vez, nuestra vista; su aspecto suave se presta a toda clase de formas drapeadas o fruncidas.

He visto un modelo de esta clase, en terciopelo gris ratón; la falda cierra por delante con botones de la misma tela; un lado es plano y otro drapeado; la chaqueta, larga y amplia de cintura, y para recoger esa amplitud, empleáanse frunces formando cinturón. Crúzase la prenda por medio de botones, también de terciopelo; el cuello es del mismo tejido, y las

solapas, de raso blanco bordadas de *oro* y *plata*; una chorrera de encaje rízase con gracia, rematando el borde del cruzado.

También el muaré se combina con la estival *marquissette*, y resulta lindísima la alianza.

El audaz contraste de la pana blanca y el terciopelo negro ofrece una simpática combinación que goza gran favor entre nuestras elegantes.

La alianza del paño y el terciopelo también se usa mucho en este invierno, y ya sabéis por experiencia su bonito efecto.

Los descotes son cada vez más exagerados; nuestras beldades se ríen, sin duda, de las bajas temperaturas; puede en ella más el afán *vesánico* de exhibir las morbideces de sus gargantas, a trueque de contraer una larangitis de mal carácter.

No imitéis vosotras, lectoras mías, esas ridiculeces, tan peligrosas para el organismo como perjudiciales a la honestidad.

Las estrecheces de las faldas, que en el último verano tendían a desaparecer, vuelven de nuevo, entrando en los dominios de lo caricaturesco.

Hace dos años nos asustaba embutirnos en una falda de metro y medio de circunferencia, por temor a no poder andar; pues hoy—¡pas-

maos!—se las hace de un metro diez centímetros. Claro que con ello se dificulta por completo el movimiento, teniendo que abrirse la *funda* hasta la rodilla a fin de poder mantener el equilibrio.

Es un abuso intolerable de la caprichosa tiranuela, de esa deidad veleidosa y frívola, imponer a sus adeptas con despótico mandato semejantes extravagancias, para burlarse después de sus esclavas.

Por eso no me cansaré de repetir que es de mal gusto y hasta cursi acatar ciegamente las modas que atentan al pudor, a la estética y a la salud.

Para terminar: los pendientes largos, que hace tiempo salieron de los guardajoyas, a donde los relegaron nuestras abuelas, alcanzan cada día mayores dimensiones, pues los hay tan largos que llevan pendeloques que descansan en el hombro.

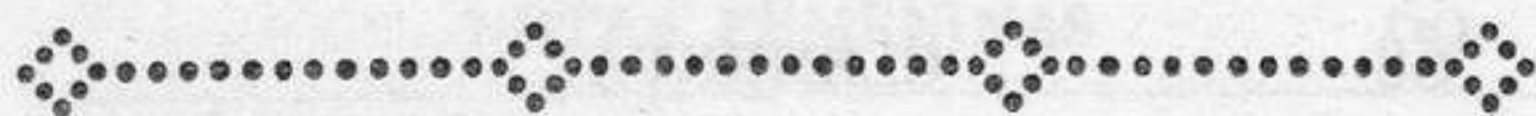
La novedad en este adorno es el azabache negro; esta resplandeciente bisutería va teniendo gran aceptación, acaso porque con ello resalta la blancura mate de la tez. La longitud, por otra parte, favorece mucho, sobre todo a los perfiles griegos, dándoles sabor de belleza clásica.

Los collares de *perlas* que adornaban poco

há el cuello de las damas, se colocan ahora en el cuerpo de los vestidos, formando girándulas.

En fin : ¡fantasía! ¡mucho fantasía! ¡todo fantasía!





UN PECADO... SOCIAL

Simpáticas lectoras mías :

Tenía yo un palomo blanco monísimo : ¡qué encanto de animalito! Las horas se me pasaban deliciosamente contemplando sus giros, oyendo los armoniosos arrullos con que requería a su gentil compañera : por cierto que ella no era blanca, pero poseía un plumaje elegantísimo ; sus alas matizadas artísticamente de blanco y negro parecían pintadas, y la pechuga y el cuello tenían bellísimos reflejos tornasolados con las gamas todas del verde y morado : en fin, que resultaban una pareja deliciosa, que me entusiasmaba.

Muchas veces me sugerían aquellos singulares animalitos profundas reflexiones a propósito de su rara belleza y más aún de su excepcional instinto, pues no podéis imaginaros los rasgos de *ingenio* que descubría a cada paso en mis lindos colombinos.

¿Qué extraño es, me decía, que en la raza humana se observen caracteres, inteligencias y bellezas tan diversas, si hasta en los irracionales se distinguen, y sobresalen tanto unos de otros?

Un día el palomo de mi cuento, sin saber por qué, se puso muy malito; el pobrecín no podía volar ni comer; daba lástima verle con su diáfano plumaje erizado, jadeante y hasta ensangrentado por los picotazos que sin compasión le prodigaban sus compañeros cruelmente: pues reiros vosotras, caras mías, de las frases «paloma sin hiel» e «inocente paloma»: he podido comprobar por la observación, que tan graciosos pájaros tienen los perversos instintos desarrolladísimos como los que más.

Al ver a mi favorito en tan lastimoso estado, despertóse en mí la conmiseración y temiendo me le matasen le cogí para colocarlo en un abrigado y confortable cestillo, lleno de suaves algodones: después le tuve a mi lado y merced a los delicados remedios a que le sometí, logré hacerle reaccionar y a los pocos días estaba totalmente curado.

¡Cuán bonito y alegre surgió de su grave enfermedad mi *blanquito*! El, como si quisiera demostrarme su gratitud (pues me debía la vida), acudía solícito a mi voz, comía encima de mi falda, haciéndome mil monerías. Pero un día, he ahí que aprovechando una impremeditación de la muchacha, el picarón, viendo la ventana de la galería abierta, huyó del techo hospitalario para refugiarse en el palo-

mar de donde yo lo había sacado expirante...

La ingratitud del colombino, en un principio me entristeció algún tanto, mas pronto reconocí mi ñoñería al considerar que los animales no tienen conciencia de sus actos y, por consiguiente, son irresponsables de sus malas acciones.

Sin embargo, este hecho sencillísimo me hizo reflexionar sobre el egoísmo humano, que es la esencia concentrada de la ingratitud, y la gran semejanza que ofrece con el de mi palomito (sin duda por la parte deleznable que llevamos dentro de nuestra vil naturaleza), pero del que como seres racionales somos responsables ante Dios.

Cierto es, que el corazón desagradecido incurre más bien en un defecto social que en falta pecaminosa de las comprendidas en el Decálogo, pero ello no obstante, creo firmemente, que el desagradecido, el que desconoce los sacratísimos deberes de la gratitud, es un ser accesible a toda acción perversa y capaz de las mayores abominaciones.

¡Cuán general y arraigado se encuentra este feísimo defecto en nosotras! Lastima el ánimo y acongoja el espíritu ver que desde pequeñas nos acostumbra el egoísmo a ser ingratas con nuestras profesoras e institutrices; a mirarlas como enemigas, porque nos repre-

den, en vez de reconocer sus desvelos y sacrificios en pró de nuestra instrucción.

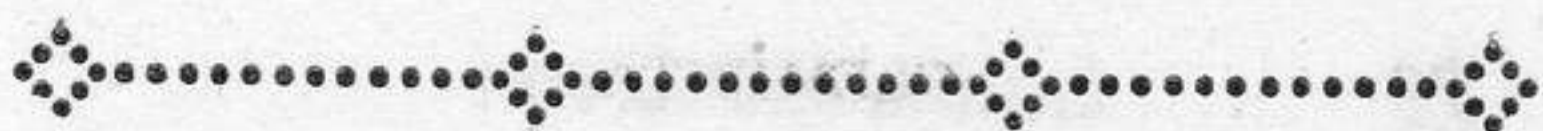
Somos ingratisimas con los que nos dieron el ser, desatendiendo sus consejos, muchas veces, y abandonándolos, sino moral, materialmente en su vejez y cuando más necesitan de nuestro cariño y cuidados, y tal vez los dejamos por seguir a quien ha de hacernos infelices.

También con nuestros bienhechores, pagándoles en perfidias sus beneficios.

Finalmente; el colmo del desagradecimiento y perversidad la reservamos para el Dador de todo bien; para el acreedor de un cúmulo inmenso de beneficios; para Dios Nuestro Señor, al que ofendemos con la más monstruosa ingratitud, pecando.

Si a esto añadimos que una de las derivaciones de este defecto, es juzgar injustamente a nuestros semejantes, considerándoles iguales o peores que nosotros por acallar los gritos de nuestra conciencia, con ello faltamos también a la caridad y esto produce el mal concepto del prójimo, engendrador no pocas veces de la aversión y hasta del odio.

Huyamos, pues, bellas lectoras, de la ingratitud, que además de ser patrimonio de almas ruines y de mal nacidos, es una enfermedad social, feísima y denigrante.



UNA CONFIDENCIA Y UN CONSEJO

No sé de qué hablaros hoy, amables lectoras. Mi esfera de acción es limitada, por no querer ocuparme más que de vosotras: todo por la mujer y para la mujer, ese es mi lema; y aunque fértil y amplio, algunas veces me resulta algo difícil, porque no me gusta repetir los temas, y, por otra parte, el plagio me crípa los nervios: malo o mediano, prefiero siempre que lo que escribo sea mío, dentro de lo posible, sin que nadie pueda decirme que he *fusilado* a ningún autor, ni tan siquiera a don Severo Catalina, a pesar de ser gran admiradora de su precioso libro dedicado a nosotras y que casi sé de memoria.

En diferentes artículos me he ocupado de la educación religiosa, literaria, moral y social de la mujer; de la caridad cristiana, de la vanidad, del matrimonio, de la devoción a María, de modas, de teatro; os he dedicado cuatro cuentos y ahora voy a tener que recurrir a descubriros mis intimidades: mas me encuentro

tan identificada con mis lindas lectoras, que no veo inconveniente en que seáis mis confidentes.

Hace algunos años vivía yo en una hermosísima capital levantina de las más importantes. Entre los mil atractivos con que cuenta, posee un magnífico bazar digno de figurar entre los más famosos del extranjero.

La víspera de la noche de *Reyes* la animación en el citado establecimiento era extraordinaria, hasta el punto de no poder circular por sus atrayentes secciones : yo también me encontraba allí, más que por disfrutar de sus encantos, que ya me eran conocidos, por el de adquirir un obsequio para una deuda mía.

Desde que los monarcas orientales *introdujeron la moda* de los presentes y regalos al Niño Jesús, ha sido tan bien acogida la idea por todos los mortales, que ya no sólo los pequeños ponen esa noche el consabido zapatito en el balcón, sino también las personas mayores, sin exceptuar a la cónyuge mimosa y *caprichuda* y hasta alguna anciana de plateados cabellos.

Los espectadores que acuden sólo por curiosear, deben pasar ratos deliciosos al presenciar algunas escenas graciosísimas : yo ví a una simpática abuelita, que tuvo que solicitar

los servicios de un mozo de cuerda, para poder transportar el vagón de juguetes que había comprado para sus nietecitos, y a un marido *guasón* que regaló a su mujercita una cocina económica portátil, ignoro si con intención de aficionarla al arte culinario.

Dispensadme la digresión y volvamos a mi historia.

Después de haber contemplado mil caprichosas preciosidades, de dudosa aplicación, para mi piadosa amiga, detúveme en la sección de esculturas religiosas (por cierto, la menos concurrida de todas). Un encantador *Niño Jesús* llamó mi atención poderosamente: vestía túnica blanca plegada y recogida graciosamente por un ceñidor azul; su preciosa carita era un poema de melancólica y sublime belleza; sus expresivos y hermosos ojos miraban la cruz que tenía delante, y su mano extendida parecía invitarnos a que le ayudásemos a soportar su excesivo peso. Tanto me interesó aquella imagen, que inmediatamente y como obedeciendo a inexplicable impulso, pagué sin regatear lo que por ella me pidieron y con el mayor entusiasmo marché a casa con mi adquisición, en la creencia de que no podía hacer regalo más bonito a mi amiga.

Al siguiente día, festividad de los Santos

Reyes, me preparé para ir en persona a llevar el Niño a la interesada, mas antes quise saborear el placer de verle por última vez : y... ahora, tachadme de visionaria, de romántica, de todo lo que se os antoje; tal vez tengáis razón, pero yo puedo aseguraros, que experimenté algo tan hondo y extraordinario, que me hizo desistir de desprenderme de la imagen bendita.

El Niño Jesús me pareció afligido, más aún, disgustado : creía verle reconviniéndome con la mirada, a la vez que dentro de mí sentí que lo hacía también, diciéndome : ¿por qué quieres separarme de ti? ¿es que me amas menos que tu amiga? ¿por ventura te molesta mi presencia o no cabe en tu corazón culto para el mío?

Profundo pesar entristeció mi alma; amargas lágrimas surcaron mis mejillas y en un raptó de gratitud prometí solemnemente a Jesús que nunca lo abandonaría, como hasta la fecha ha sucedido; y a fe que el Santo Niño ha premiado con creces mi devoción y culto, en los casos más arduos y difíciles de mi vida. Él ha sido mi inspirador y guía, mi consultor y consejero, mi protector y sostén y mi constante favorecedor.

Vosotras, amigas mías, que gastáis un dineral al año en cintas, gasas y perfumes, todo

superfluidad y fantasía, seguid mi consejo: ofreced al Niño Jesús sacrificarle esas bagatelas, y haced algo parecido a lo que yo hice: tened imagen suya a quien dedicarle y rendirle culto exterior y veréis que bien lo recompensa y os inspira en todos los problemas de la vida, pero en especial en el de la elección de estado, tan importante y difícil en estos tiempos; ya veréis como el Divino Infante os ayuda y aconseja en tan delicada resolución, pues Él no puede equivocarse ni engañarnos.





JUEGOS FLORALES INFANTILES

Oportunamente el cronista de *Diario de la Rioja* escribió una bonita y gráfica reseña (por cierto muy bien hecha), de los «Juegos Florales Infantiles» verificados el domingo pasado en nuestro coliseo, y puedo asegurar a las que no tuvieron la satisfacción de asistir a tan interesante y simpática fiesta, que con sólo leerla pueden hacerse la ilusión de que realmente la presenciaron.

Huelga, pues, ocuparme de la grandiosidad que revistió el acto, ni del brillante aspecto que ofrecía la sala del Teatro Bretón, ni siquiera de la primorosa labor que ejecutaron los prodigiosos infantiles poeta-laureado, mantenedor y demás precoces artistas que prestaron su inspiración y excepcionales aptitudes, rayando a una altura que para sí la quisieran muchos adultos.

Me propongo solamente daros a conocer algo de la impresión que me ha producido ese torneo literario y del origen y fin de esas fiestas.

Mas antes de entrar en materia permitidme felicitar con toda la efusión de mi alma al simpaticuísimo intelectual, Luisito Nájera, notable vate y honra del Instituto de Logroño; al *petit* orador Angelín Bello, que me pareció en aquellos momentos encarnando en su diminuta personalidad el espíritu de un hombre de privilegiado talento y de colosales dotes oratorias, y a todas las niñas y niños que cooperaron maravillosamente a que la fiesta resultase una verdadera solemnidad.

Caras lectoras mías; sabido es, que los primeros *Fuegos Florales* y las llamadas *Cortes de amor* y los *Consistorios de la gaya ciencia* o *gay saber* fueron instituídos y protegidos en España por el rey don Juan I de Aragón, llamado el Cazador, gran admirador de la *Literatura Provenzal*, a pesar de lo cual esta clase de fiestas no echó raíces en sus estados, por ser nacidas e importadas de Francia y repulsivas a las severas costumbres de los aragoneses.

En Cataluña, Valencia e Islas Baleares, tomaron carta de naturaleza, sin duda por hablarse en estas regiones dialectos del Lemosín o lengua de Oc que se hallaba extendida por el Mediodía de Francia (Provenza), donde tuvo origen y de donde toma nombre dicha literatura.

La musa de aquellos poetas, era pronunciadamente erótica y sensualista, por vivir y nutrirse en la atmósfera licenciosa de las costumbres cortesanas; entre ellos, existían gerarquías designadas con los nombres de *felibres*, *trovadores*, *juglares* y *ministriles*, y llevaban en general vida errante y libre. Entre los más célebres se cuentan, al valenciano *Mosen Jordi* y a los catalanes *Guillén de Bergedán*, *Berenguer de Rabodella* y *Luis de Vilarasa*: pero el rey de la gaya ciencia es *Ausias March*.

En Tolosa de Francia, existían los *Juegos Florales* desde el año 1323; por cierto, lectoras mías, que una mujer, Clemencia de Isaura, los instituyó: ¡siempre y en todas partes ha imperado el feminismo!

Como en los actuales, el premio adjudicado al poeta vencedor, consistía en una flor natural: únicamente en algunas ocasiones era de oro o de plata.

Sin duda, don Juan I de Aragón, al ver el fracaso de las tentativas en su reino, fundó un *Consistorio* en Barcelona, con recursos pecuniarios que fueron ampliados por el rey don Martín: aquí tampoco fué muy afortunado, porque luego desapareció, hasta que el célebre marqués de Villena (gran amante de las letras), en el reinado de Fernando I, los restableció en

toda Cataluña, y se conservaron por tradición hasta el año 1859. En dicha fecha, el Ayuntamiento de Barcelona, a instancia de los señores Balaguer, Rubio, Milá, Cortado, Pons y otros, las estableció finalmente, adoptando para dichos *Fuegos* la trilogiada divisa *Patria, Fides, Amor*, que es la que desarrolló elocuentemente en su discurso nuestro monísimo mantenedor.

Ya veis, bellas lectoras, cual es el origen de esta clase de torneos de la inteligencia.

No debe extrañar, pues, sufriesen tantas vicisitudes hasta generalizarse en nuestra patria en aquellos tiempos en que la nobleza española se distinguía por sus piadosos sentimientos y costumbres austeras, mirando con prevención todo lo importado de allende el Pirineo, entre otras muchas razones, por la muy importante de que el español Santo Domingo de Guzmán empleó su ardiente caridad y elocuencia, en convertir a duras penas, a los herejes Albigenses, extendidos por el Mediodía de Francia desde principios del siglo XI, y cuyos errores procedían de las licenciosas costumbres y desmoralización de las cortes francesas.

Yo no sé si resultará demasiado atrevido exponer mi humilde sentir en este punto: pero he de manifestar, que encuentro pueriles e ino-

centes los Juegos Florales entre personas mayores, por considerarlos impropios de hombres sesudos y de razas vigorosas (perdonadme si he dicho una heregía).

Si el fin de estas fiestas es estimular la inteligencia y avivar la emulación, en mi concepto se llena y cumple mejor fomentando las solemnidades infantiles, porque los niños de hoy son los hombres del porvenir; los que han de formar la sociedad del mañana; y no cabe duda de que la emulación se acrecienta y aviva poderosamente con nobles aspiraciones.

¿Qué niño de los que asistieron la otra noche a la función, no hubiera deseado convertirse en Luisito Nájera o Angelito Bello?

¿Habría alguno que no formase propósito de presentar trabajos en lo sucesivo? ¿Y qué niña no desearía cosechar las ovaciones tributadas a las heroínas del monólogo y el diálogo?

Animo, pues, señores iniciadores del último festival; persistid en la empresa y con discreción para elegir los temas, no cejéis en organizar torneos de esta índole.





¡ EL CARNAVAL !

¡El Carnaval ha degenerado lastimosamente!

¡El Carnaval ya no es ni sombra de lo que fué!

Estas palabras las estoy oyendo repetir hace muchos años, primero a mis abuelitos y después a mis padres y demás señores mayores; y a pesar de tales augurios subsiste, mal que nos pese, en la peor de sus fases; en la más innoble de sus actitudes; en la más inmoral y repulsiva de sus concupiscencias: en sus *lupercales* y *saturnales* presididas por *bacantes* descocadas y escandalosas que reproducen las degradantes orgías de la Roma decadente y envilecida en los últimos tiempos del paganismo.

Los antiguos Carnavales, según las descripciones de nuestros ascendientes, tenían carácter propio (aunque no carecían de algunos lunares o puntos negros), y ofrecían bastantes entretenimientos agradables, honestos e ingeniosos.

No hace muchos años, en cierta población que no hay para qué nombrar, presencié una costumbre carnavalesca muy bonita y de delicada galantería para las señoritas; la recomiendo por si algunos jóvenes quieren ensayarla; consistía en lo siguiente:

El martes de carnaval se reunían en el casino los muchachos más distinguidos y de mejor posición; después de tomar café se disfrazaban con caprichosos *dominós*, y provistos de una bolsa de gran tamaño colgada en el hombro por medio de tirantes, la llenaban de cartuchos de yemas finas y frutas escarchadas, que iban reponiendo a medida que se consumían; un *boto* de cuero hinchado de aire, con el cual pegaban en el suelo y apartaban a la turba de chiquillos que les seguían por el afán de atrapar alguna golosina, completaba la indumentaria.

Damas y damitas nos reuníamos en las casas de las calles más céntricas de la población, y aguardábamos impacientes en los balcones de los pisos bajos a la *dulce y almibarada* comparsa, la cual avisaba su proximidad con el ruido característico del *boto*, que a nosotras nos parecía sonoro y hasta armonioso. Entonces comenzaba lo más interesante de la divertidísima fiesta; ¡el tiroteo de los dulces a

los balcones de las muchachas bonitas! Había señorita que recogía, según la esplendidez de sus admiradores o amigos, 20 ó 25 paquetes; era de ver cuando la impericia del tirador no alcanzaba a introducir los sabrosos proyectiles en el balcón, a los chicuelos que por apoderarse de los dulces aguantaban impertérritos los *botazos* del despechado máscara.

La broma costaba carita a los *pollos*; pero ya veis, lindas lectoras, que era un obsequio fino y delicado tributado a la mujer, y que sabíamos agradecer en lo mucho que significaba.

Pero en los carnavales de hoy, ¿qué ha quedado para nosotras? El insípido tiroteo de *confetti* y serpentinas, cuatro bailes de problemática animación y muchos, muchísimos, de reconocida y escandalosa inmoralidad, por sus excesos y demasías: afortunadamente, mis lectoras no asisten a estos últimos y ¡ojalá! no fueseis a ninguno.

Ya sé, no os hará mucha gracia que yo repruebe en absoluto esta clase de espectáculos; pero os diré con San Francisco de Sales, que los bailes son como los hongos, que pueden no hacer daño, pero a veces ocasionan la muerte de quien los come.

A las jóvenes contraría en extremo, ordinariamente, que se les hable así de una de sus

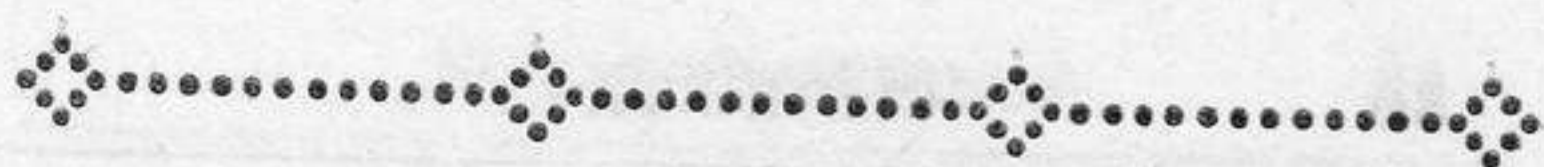
diversiones favoritas; pero, hijas mías, aun a trueque de que me torzáis el gesto, quiero cumplir la misión que me impuse de ser vuestra cariñosa e infatigable predicadora, diciéndoos lo que conviene, tanto en el orden moral como en el social.

Ya sé, por experiencia, que casi todas vais al baile por el placer que os proporciona lucir una *toilette* que realce vuestra linda carita, a la vez que por expansionar con cuatro piruetas vuestra juvenil alegría, bien ajeno el ánimo de todo pensamiento pecaminoso; mas... a pesar de ello... os recomiendo frecuentéis lo menos posible esta clase de expansiones, peligrosas siempre para el alma, y hasta para el porvenir, aunque ello os parezca raro.

Resulta, por otra parte, un peregrino contrastado el encontrarse las mismas fisonomías muy compungidas al pie del altar de Cristo, apareciendo luego entre las grotescas locuras del Dios *Momo* descubriéndose alborozadas al desprenderse del antifaz en pleno salón de fiestas *enmascaradas*.

Todo esto, creedme, no tardará mucho en considerarse... hasta ridículo.

Y basta por hoy, pacientísimas amigas.



QUALIDAD INESTIMABLE

Los espléndidos prematuros días primaverales que disfrutamos han anticipado la vegetación, hasta el punto de que las perfumadas violetas, precursoras de la poética estación, engañadas por las suaves y halagadoras caricias de *Febo*, han abierto en abundancia sus cálices, obsequiándonos con su delicioso perfume.

¡Qué flor tan encantadora! Miradla, caras lectoras, tan pequeñita e insignificante en comparación con sus hermanas, y, sin embargo, cuán bella y apreciada es de todos.

Su simbólico color morado parece querer recordarnos el ayuno y abstinencia que debemos observar en este santo tiempo cuaresmal.

Insignes poetas y literatos se han inspirado en ella para cantar en sentidos versos o elocuente prosa sus atractivos, comparándola con la modestia de la joven cristiana, y a fe que no cabe semejanza más perfecta.

Selgas desarrolló este pensamiento, lindísimo por cierto, en una composición poética titulada «La Modestia», cuyo asunto es el siguiente :

Un día las flores de una pradera proclamaron rey a un magnífico clavel rojo; mas le impusieron la condición de que eligiera esposa entre las más hermosas que allí crecían : las había preciosísimas y variadas, y todas se engalanaron, abriendo el arcano de su belleza con el fin de enamorar al soberano. Descollaban, como arrogantes beldades, rosas fragantes y de preciosos matices, camelias rojas y blancas, orquídeas de diferentes tonos, cándidas magnolias y azucenas, begonias, dalias, jazmines, madreselvas y... ¿a qué citar más? Con decir que allí se reunió la flora toda en el apogeo de su belleza, basta.

El rey, asombrado de tanta hermosura, dudaba en la elección, cuando descubre, ocultándose entre la fina hierba, una tierna y menuda florecilla. Temiendo el regio pretendiente que su esplendor la hubiera asustado, le preguntó con galantería :

—¿Cómo te llamas?

Y ella, temblorosa y ruborizada, le contestó:

—Violeta, señor.

—¿Por qué te ocultas, hoy que el rey va a elegir esposa entre las flores? ¿Es que tú no eres flor?

Pero la bella y simpática florecilla le contestó suspirando dulcemente : — Señor, yo no

puedo merecer, por mi insignificancia, tan distinguido favor, y por eso me ocultaba.

La modestia y sencillez de la interpelada cautivó al *encendido monarca*, el cual, aspirando con fruición el delicioso aroma de la violeta y alborozado al descubrir sus atractivos, se vuelve a su corte y dice :

« Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta,
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta ».

Las arrogantes flores se retiraron de allí, despechadas y envidiosas.

* * *

¿No es verdad, lectoras mías, que os ha gustado la acertadísima elección del clavel? Yo creo que vosotras, en su lugar, hubieseis hecho lo mismo, pues la violeta, a pesar de su pequeñez y obscuro matiz, atrae y seduce con su exquisita y perfumada esencia.

Apropiaos, pues, mis buenas amigas, la moraleja de la poesía de Selgas.

La bellísima virtud de la modestia sienta bien a todas las mujeres, pero especialmente a la joven cristiana; con ella subyuga y atrae los corazones, al mismo tiempo que presta una

aureola de irresistible encanto a los ojos del hombre de verdadero talento.

Muchas veces habrá llamado vuestra atención encontrar matrimonios en que el marido brillaba por su talento, elevada posición y hasta mejor figura que su esposa, y, seguramente, habréis exclamado: ¿de qué se habrá enamorado ese hombre, si su mujer vale tan poco?

Pues, indudablemente, de lo que el flamante clavel admiró en la violetilla: de su modestia y humildad; por eso la prefirió entre las más espléndidas beldades y fastuosas elegancias que Dios adornó con misteriosos efluvios a la verdadera humildad.

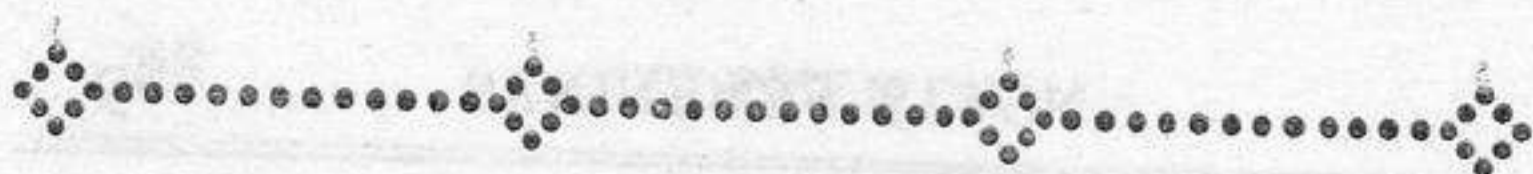
¿Qué soy yo en medio del océano? decía una gota de agua que cayó al mar, procedente de una nube que cruzaba el cielo.

Al verse tan pequeña, arrastrada por las airadas ondas que se agitaban imponentes y majestuosas, exclamaba: esta inmensidad me espanta; soy un átomo insignificante en medio de este insondable abismo. Pero Dios, que la escuchaba, complacido de su modestia, la recogió y guardó en el fondo de una concha, convirtiéndola en valiosísima perla, que fué más tarde a brillar en la real diadema de un emperador.

Nuestra tierna Madre María fué en la tierra la iniciadora de la modestia cristiana, y tan maravillosamente y con tal sublimidad la practicó, que no ha habido nadie, ni los más esclarecidos santos, que pudieran igualarla, alcanzando apenas un reflejo de imitación.

Aprendamos, pues, de ella y pidámosle sea nuestra celestial maestra, para copiar la más preciada de sus virtudes y hacernos dignas de ser engarzadas como perlas en la gloriosa corona que ciñe su frente.





LA MAYOR PLAGA SOCIAL

La envidia es la más monstruosa de todas las pasiones y digna sólo de anidarse en almas viles e innobles; el pesar del bien ajeno y sufrir con la dicha de sus semejantes, constituye el *alimento* esencial del envidioso.

¿Cabe mayor ni más negra maldad?

Los demás vicios combaten a la virtud que se opone a ellos; pero la envidia peca contra el Espíritu Santo, y llegaría, si le fuese posible, hasta a detener las gracias y mercedes por Él derramadas sobre los demás.

El codicioso, en medio de su antipática mezquindad, merece alguna pequeña disculpa por el placer que debe experimentar cuando logra esconder el oro que ha centuplicado por sus vergonzosas especulaciones.

El vengativo, al saciar su feroz rencor, también halla compensación, aunque insana, por creer el infeliz, como afirmaba el proverbio pagano, que «la venganza es el placer de los dioses».

El ambicioso de gloria, laureles y poderío

goza soñando con estos bienes, y, aunque a veces estén teñidos en sangre, tienen sus aspiraciones cierto vislumbre de fines nobles.

Por último, el licencioso anhela satisfacer sus impuros goces en medio de los placeres sensuales, y, aunque sus extravíos constituyen pecado gravísimo, sólo atenta, principalmente, contra sí mismo, material y espiritualmente.

Empero, el envidioso, ¿qué se propone con su satánica pasión, sino aniquilar la ventura de los demás y sembrar la tristeza y el pesar en el hogar donde descubre la felicidad y la paz?

Los mortíferos efectos de esta pérfida pasión son más antiguos que el hombre.

¡Cuántos crímenes, caras lectoras, se han cometido por la envidia!

Los ángeles rebeldes fueron arrojados por Dios a los abismos infernales, por haber cometido un pecado de soberbia que no reconocía otro origen que la envidia. El pecado de nuestros primeros padres fué producido por la misma pasión. Idéntico defecto ocasionó el homicidio de Caín. Los hijos de Jacob vendieron a su hermano José por envidia. A Saúl, aquel rey en un principio tan virtuoso y amado de su pueblo, le convirtió la envidia en un malvado. Por último, en los hipócritas

fariseos, envidiosos de la sublime doctrina de nuestro Divino Redentor y de los prosélitos que hacía en todas partes, produjo el horrible Deicidio consumado en el Gólgota.

¿No os aterra, bellas lectoras, el siniestro cuadro que acabo de poner ante vuestros ojos? Ya sabéis por la historia que no exagero y que es pálido ante la realidad.

Y si de la antigüedad se nos han transmitido todos estos horrores, ¿cuánto no podrá decirse de nuestros días?

Desgraciadamente, lejos de disminuir en estos tiempos la enfermedad, aumenta en colosales proporciones, pudiendo asegurarse que no hay crimen social, ni delito grande o chico, ni suceso escandaloso, que no reconozca como *factotum* tan infame pasión.

Por ella, se despedazan en jirones las más límpidas y prestigiosas reputaciones : por ella, se desbaratan, antes de contraídos, los más ventajosos matrimonios y se desunen los lazos más sacrosantos : por ella, se escarnece a la religión y sus ministros : por ella, se quedan sin pan y posición muchos honrados padres de familia.

Aterrada ante las funestas consecuencias de este vicio social, quisiera inculcar en la niñez horror al mismo.

Al árbol recién nacido es fácil darle buena inclinación.

Piadosas y discretas madres, poned especial cuidado en desarraigar de los tiernos corazoncitos de vuestros pequeños el germen embrionario de la envidia, y plantad el de la noble emulación. A esa edad os será fácil poner remedio; después resultará tarde.

Si lográis conseguirlo, obtendréis un triunfo maternal, tan hermoso para la sociedad en general, como meritorio ante el cielo, en vuestra delicada y sublime misión.





BOCETO... ¿FILOSÓFICO?

Todos los días veo pasar desde mi *galería* varios trenes de viajeros, y no podéis figuraros, lectoras mías, el efecto que producen en mi soñadora imaginación.

Su marcha majestuosa e imponente, al entrar en agujas, subyuga mi ánimo haciéndome reflexionar acerca de la inmensidad de afectos heterogéneos, cobijados dentro de sus angostos vagones.

De niña me impresionaba deliciosamente la salida a la estación para aguardar el regreso de alguno de mi familia, y cuando oía silbar la locomotora y sentía cerca de mi al monstruo de hierro, como han dado en llamarle los poetas, mi entusiasmo era indescriptible, sobre todo viendo lucir el farolillo de colores que lleva la máquina, porque en mi cerebro infantil me forjaba el hada misteriosa portadora de los juguetes y golosinas para los niños.

Si nos paramos a filosofar acerca de un tren de viajeros, veremos que consigo lleva un mundo de ilusiones, de añoranzas, de alegrías,

de amorosos ensueños, de tristezas y desilusiones, de esperanzas y desencantos, de abnegaciones y de hondísimos dramas.

Yo lo comparo con la humanidad: como ella, camina vertiginosamente hacia su fin, conduciendo todo género de sentimientos, desde los más risueños y fascinadores hasta los más negros y descarnados por la horrible realidad de la vida.

El farolillo de color se asemeja a la lucecita misteriosa que alumbra los senos más recónditos de nuestras almas, haciéndonos ver nuestras buenas o malas acciones.

Si os fijáis detenidamente en los viajeros, los veréis de todos los sexos, edades y condiciones sociales. Allí, una señora triste y enlutada, regresa de cerrar los ojos a un ser queridísimo; contrastando con ella, ved esos jóvenes recién casados, llenos de amor y de ilusiones, que marchan a disfrutar de los encantos de su luna de miel, que tal vez la esperan eterna, cuando acaso su regreso les traiga llenos de mutuos desencantos.

Mirad a esa pobre madre; viaja con seis chiquillos como diablejos; agobiada por las travesuras e impertinencias de los nenes, sufre las de *Cain* en su larga odisea; pero las necesidades de la vida la obligan a soportar tales mo-

lestias, para reunirse con su marido que es militar.

Observad a esa elegantísima y distinguida muchacha; sonríe a todo el mundo, se asoma a la ventanilla, se retira, vuelve y vuelve a asomarse; no hay más que mirar su risueño y lindo semblante, para leer en él la satisfacción rebosante de su alma; lleva en perspectiva tres meses de veraneo en una playa francesa, en donde posee una deliciosa *villa*.

¿Será tan alegre la vuelta? ¡Dios lo sabe!

En un rincón del mismo coche va una dama en cuyos ojos se notan lágrimas. ¿Qué le sucede? Acude a presenciar la muerte de sus ancianos padres, si llega a encontrarlos vivos.

¿Y aquélla otra que lleva reflejada en su semblante tan honda preocupación? Según me han dicho, marcha a salvar algo de su capital, que corre inminente riesgo por haberse declarado en quiebra la casa donde le tenía colocado.

Tampoco aquel caballero parece muy satisfecho; el buen señor va a la Corte en pretensión de un destino con pocas esperanzas de éxito; por cierto que le hace suma falta para soportar las cargas que le ocasiona su dilatada familia.

En un coche de segunda van dos Hermanas de la Caridad. Y esos ángeles, ¿a dónde se dirigen? La santa obediencia y sublime abnegación las lleva: la una, a cuidar heridos en Melilla; la otra, a embarcarse para la isla de los leprosos con el fin de prestar su asistencia a esos *parias* desgraciados.

Los dos religiosos que van con las monjitas en el mismo vagón se encaminan a un puerto, en donde embarcarán para las misiones de países remotísimos, y tal vez alcancen la palma del martirio.

¿Y esa joven tan bella y modesta que acompaña a las religiosas? Tomará el hábito en Madrid en un instituto de caridad; hermosa, de buena posición y en la flor de su edad, deja mundo, casa y familia para ser esposa de Jesucristo que tanto amó la pobreza y la mortificación y dijo: «el que quiera venir en pos de mí, deje todas las cosas y sígame».

No terminaría, caras lectoras, si hubiese de continuar describiendo los diversos afectos y emociones que se albergan por algunas horas en los departamentos de un tren de viajeros. Porque si de los coches de primera y segunda nos trasladásemos a los de tercera, allí sí que nos encontraríamos con la elocuente desnudez

de los dramas de la miseria, del crimen pasional, de la indigencia y de toda clase de desdichas: criminales huyendo disfrazados de la acción de la justicia; mujeres de vida airada; pobres mendigos que viajan sin billete por su penuria; matrimonios honradísimos cargados de hijos; en fin, un cúmulo de toda clase de calamidades sociales.

Ya veis, pues, si hay motivo para filosofar ante la presencia de un tren de viajeros.

* * *

Al terminar el anterior bosquejo me encuentro con la preciosísima composición poética que publica *Diario de la Rioja* dedicada a «Clementa» y firmada por «X».

Inmerecidos son los elogios que en ella se prodigan a mi pobre e insulsa prosa; mas, a pesar de estar convencida de lo poco que valen mis escritos, los inspirados y sentidos alejandrinos de sus hermosas estrofas me han conmovido hondamente, consiguiendo purificar más y más la intención que me propongo al escribir.

De todos modos, doy gracias expresivas al galantísimo vate que ¡ojalá! tuviera razón,

aunque sólo fuese en una pequeñísima parte de sus alabanzas : en lo que con el fruto de mi labor se relaciona. (1)

(1) Por gratitud, más que por satisfacer una vanidad femenil que realmente no siento, copio la bella composición, que dice así :

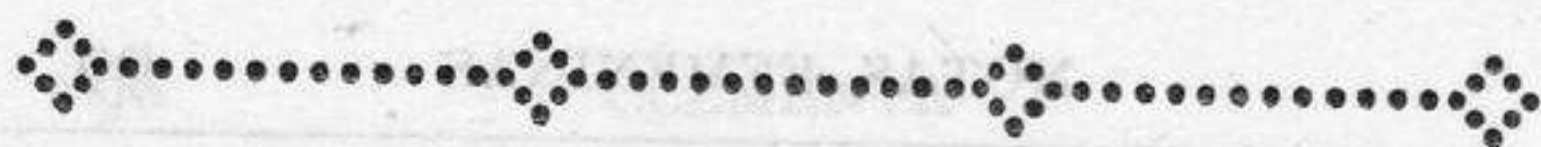
A « CLEMENTA »

En todos tus escritos, cultísima « Clementa »,
Se ven tiernas imágenes henchidas de candor,
Y en todos aletea juguetona y contenta,
Cual inquieta libélula, la Musa del Amor.
Tu pluma es elegante y llena de dulzura,
Y el alma se adormece en armonioso son
Apenas nuestra mente se empapa en la lectura
De tu poética prosa, modelo de dicción.
Quisiera que las notas de mi modesta lira
Llegasen brillantísimas tu mérito a cantar;
Quisiera que mis versos, que la verdad inspira,
Tu preclaro talento llegasen a expresar.

Tus *Notas femeninas* colores son que entonan
El monótono cuadro del prosaico escribir;
Tus *Cuentos* son luceros que un cielo azul tachonan
Haciendo más alegre, más hermoso el sentir.
Y en *Crónicas*, *Leyendas* y en todo cuanto escribes
Pura moral y santa se ve resplandecer;
Y es que del Cielo mismo la inspiración recibes...
¡Tu numen de cristiana Dios hace florecer!

¡Dichoso el pueblo culto que, cual Logroño, cuenta
Cronista entre sus damas de tan genial sentir,
Y dichosas las madres que, leyendo a « Clementa »,
A su doctrina ajustan la moral del vivir!

X.



«STABAT MATER DOLOROSA»...

Jamás he deseado, mis queridas lectoras, con tanta vehemencia como en esta ocasión poseer un raudal inmenso de inspiración para describir elocuentemente los dolores de la Heroína del Calvario, haciéndoos sentir amor y compasión a la vez hacia la Madre de Dios.

Mas, ¿qué podrá decirnos mi desaliñada pluma que se salga de lo vulgar y sea capaz de haceros derramar lágrimas? Nada que vosotras no hayáis considerado ya. Pues con ser este sacro drama tan conmovedor en sí, nos hemos connaturalizado con él a fuerza de saberlo desde niñas y no nos impresiona lo que debiera.

¡Un Dios crucificado por amor a sus criaturas y éstas consumando el horrible Deicidio! ¿Cabe en nosotras más monstruosa ingratitude?

Esta reflexión es para los gentiles un prodigio inexplicable, y, para el perfecto cristiano, abismo insondable de amorosa bondad.

Contemplad, lectoras mías, a la Virgen Santísima al pie de la cruz, como imagen del más sublime dolor que jamás ha sentido corazón de madre en este valle de abrojos; transfi-

gurado su pálido semblante por la más angustiosa congoja; sus divinos ojos empañados por continuas lágrimas; cubierta de negro manto salpicado con gotas de sangre de su amado hijo, y decidme si hay dolor como su dolor.

Esta doliente y desolada figura de la Madre de Dios, la cándida y hermosa azucena de Nazaret, que, como roca incommovible, no se separa de su hijo, ¿qué hacía ante el siniestro drama de Jerusalem? ¿Cómo no murió de dolor siendo todo amor y sensibilidad?

Por un milagro de la Omnipotencia Divina, porque convenía así para ser después nuestra corredentora.

Dicen que la mujer ha nacido para amar y sufrir; pero ninguna, como María, ha poseído tesoros inagotables de ternura y sentimiento en su celestial corazón; y, como su hijo era Dios, la Divina maternidad sintió y sufrió en grado infinito la *Pasión de Jesús*.

Al perder a su unigénito, pierde todo el bien que poseía, y, sin embargo, continúa sufriendo dolores indecibles por la humanidad, que en la cruz renace a costa de indescriptibles sufrimientos.

Para que nuestra limitada inteligencia pueda alcanzar algo de la intensidad de estos padecimientos, hemos de considerar que la unión

de Dios con María es tan íntima y estrecha, que al Omnipotente no le fué dado hacerla más perfecta.

Nada, pues, existe en este mundo a que se la pueda comparar. Es hija, es madre y es esposa de Dios; y esa triple alianza, lejos de proporcionar a María la felicidad terrenal, le produjo un cúmulo de infortunios y sufrimientos tan indecibles, que la naturaleza humana es incapaz de concebir.

¡Madre del amor y del dolor incomparable! ¿Quién podrá consolar tu aflicción? ¿Quién podrá apreciar la más pequeña parte de tus sufrimientos?

¡Stabat Mater Dolorosa!...

Si por tus divinos dolores no ha pasado ningún nacido, ¿cómo nos ha de ser fácil participar espiritualmente de ellos?

Yo me declaro impotente para explicarlos.

¡Noche negra y siniestra la que precedió al sangriento drama!...

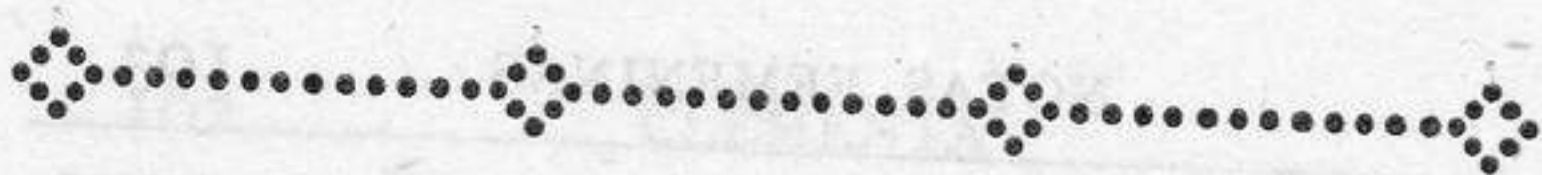
Yo quisiera, madre mía, acompañar tu soledad y conseguir que todas mis lectoras lo hiciesen también, sacrificándote algún afecto de nuestros corazones, sobre todo si él es de los que, como humano, te proporciona algún dolor.

.....

En la pasión de Nuestro Divino Redentor, llama poderosamente la atención el valor intrépido de aquellas mujeres que tan piadosamente se distinguieron. El sexo débil no abandonó a Jesús hasta el fin, a pesar de la huída de sus discípulos. Las hijas de Jerusalem tratan de consolarle; la Santa Verónica limpia con su toca el desfigurado rostro del Redentor y las Marías permanecen al pie de la cruz con inquebrantable adhesión (a pesar de los denuestos de los verdugos) acompañando a la Virgen en su soledad.

Meditemos en estos días que tanto se prestan al recogimiento y a la oración llorando con la Soledad la muerte de su Hijo y, emulando a las compasivas mujeres de Jerusalem, no nos separemos de nuestra Madre María hasta la muerte.





DE AYER A HOY

¡Cuánto han cambiado los tiempos, lectoras mías, en el espacio de 80 años!

Os decía en una de mis crónicas, hablando del matrimonio, lo caro y difícil que resulta el problema de la vida actualmente, y yo creo consiste casi todo, no lo dudéis, en las superfluidades que nos hemos creado haciendo de ellas una imprescindible necesidad.

El mal avanza progresivamente de un modo alarmante y precisa poner remedio, pues es un error suponer que sin ciertos refinamientos no se puede vivir.

He leído recientemente una serie de artículos del año 33 (por cierto graciosísimos), referentes a las costumbres de aquella época, y no podéis figuraros las poquísimas necesidades de nuestras bisabuelas; lo mismo en el *comfort* doméstico que en la indumentaria interior y exterior, comidas, espectáculos, etc.; las buenas señoras eran tan sobrias y tan morigerados sus gastos, que así se explica que una numerosa familia pudiese vivir con tan modesta fortuna.

Un matrimonio, con varios hijos, de la clase media resolvía entonces perfectamente su situación financiera con seis mil u ocho mil reales de sueldo; y ahora necesitamos que los reales se conviertan en pesetas, y todavía no alcanzan a cubrir nuestras necesidades.

¿Y cómo no? Hagamos un parangón y comparemos el hogar de antaño con el de ogaño.

Los muebles de la casa del primero se reducían a un comedor con sillas de paja, una mesa sencilla y un brasero; esta pieza tenía a la vez los honores de gabinete de confianza. Una salita que servía para recibir en las grandes solemnidades con sillas y sofá de caoba, sin muelles, tapizada de *resp* o damasco de lana; unos cuantos cuadros con asuntos bíblicos; un diminuto espejo con marco dorado encima de la cómoda, y unas alcobas con camas de madera lisa y lavadores portátiles completaban todo el menaje.

Las *toilettes* (aunque no se llamaban así) se reducían a modestos vestidos de lana o varés, mantillas guarnecidas, a excepción del traje de *muaré* o *gro*, la manteleta de terciopelo y la mantilla de *Almagro* o *Blonda* que se guardaba en el fondo del *cofre* para los días clásicos, después de haber servido de traje nupcial de la esposa. Mas como no existían las fan-

tasías de la moda de hoy, duraba con la misma forma toda la vida, y hasta se legaba a la nieta mayor.

La ropa interior corría parejas con la descrita; camisas, chambras y enaguas de telas irrompibles con festoncitos sencillos; y he oído decir que señoritas de campanillas no usaban botas hasta casarse, calzando su suave y lindo pie con zapatos de tela que costaban (reiros, jóvenes elegantes modernistas) ¡12 reales!

Las comidas, frugales en extremo, consistían en *sota, caballo y rey*; la cena, sopa como primer plato y patatas con carne o arroz con bacalao; los postres o entremeses no se usaban a diario, sino en los acontecimientos domésticos, y el arroz con leche y las natillas eran los más selectos y delicados.

A los niños se les alimentaba problemáticamente; en una ocasión oí decir a cierta anciana que sus cuatro hijos pequeños cenaban un huevo, para todos, en tortilla con patatas o pan rallado.

Los viajes no se prodigaban por efecto de lo molestos que resultaban los vehículos, y sólo se hacían por necesidad urgente.

En cuanto a los espectáculos, reducíanse a las tertulias caseras, al amor de la lumbre en invierno y al aire libre en verano.

También los alquileres eran económicos, y por todo esto deduciréis que con tan exiguo presupuesto fuese posible sostener una casa decorosamente.

No ignoro, como vosotras, que del año 33 a nuestros días se ha alzado considerablemente el precio de todos los artículos; pero no es esto, en mi concepto, lo que grava y produce el déficit, sino los exagerados refinamientos modernos que la clase media se ha creado, como segunda naturaleza, juzgándolos necesarios para la vida.

Principiemos por el mobiliario y detalles de las habitaciones : ahora, aun las más modestas, han de constar de comedor, gabinete, sala y dormitorios con muebles y sillerías adecuados a los distintos objetos a que se destinan : comparemos el capricho y la fantasía de su decorado, de sus cortinajes y *estores*, plantas raras, *filtros*, *Schubesquis*, aparatos de luz, *bibelots* y los mil y mil cachivaches con la sobriedad de las de nuestros antepasados.

Ved ahora los elegantes *trousseau* con sus delicados y finísimos encajes, cintas, bordados y calados que guarnecen nuestras camisas, camisones, batas, *desabilles*, cubrecorsés, pantalones, enaguas, refajos, las ricas mantelerías y juegos de cama y suntuosas sobrecamas, y

tendréis que confesar que casar una hija en esta forma produce quebrantos pecuniarios imposible de reponer.

La alimentación y gastos extraordinarios de ahora cuestan un dineral: los médicos no prescriben a sus enfermos como base de ella sino carnes escogidas, extractos de las mismas, y *Ferez* y leche a todo pasto: a los niños no les basta con la nodriza y necesitan la *fosfatina*, emulsión *Scott* y toda clase de reconstituyentes: ¡tanto ha degenerado la humanidad!

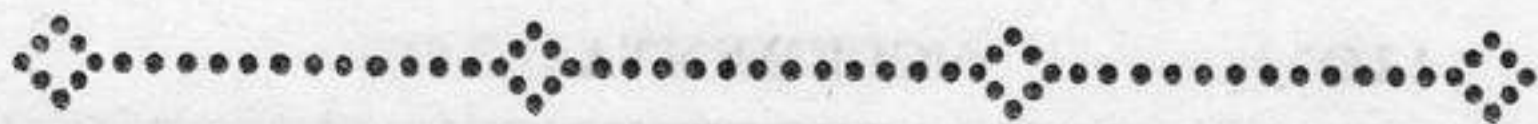
Los medios de locomoción han facilitado los viajes y se considera imprescindible el veraneo en playas o montañas pintorescas.

Los espectáculos recreativos se suceden y multiplican, precisando frecuentar los teatros, *cines*, toros, *variettes*, frontones, etc.; pero a costa de no poco dinero.

Mucho más podía ampliar mis comparaciones; mas temo resultar pesada. Con lo dicho basta para demostrar palmariamente:

- 1.º Que la vida de hoy es carísima.
- 2.º Que se abusa de lo superfluo.
- 3.º Que sin muchos de los refinamientos llamados detalles se puede vivir.
- 4.º Que nuestros bisabuelos sostenían sus casas con la cuarta parte que nosotros, criando a sus hijas robustas y hermosas.

Apropiaos la moraleja, e imitadles.



LA REINA DEL AMOR

El mes de mayo, tan simpático y bello que ofrece al artista manantial perenne de fecunda inspiración por sus apacibles y hermosos días primaverales, por sus florestas perfumadas, por el suave murmullo de los arroyuelos, armoniosos gorjeos de ruiseñores y golondrinas y demás encantos incomparables que presta a la naturaleza la estación precursora del estío, este año se ha desacreditado hasta el punto de retroceder a casi los rigores del invierno.

La vegetación suspende su desarrollo; las pobres flores, asustadas de la cruel temperatura, han cerrado sus corolas, y los altares de la Virgen del Amor Hermoso se ven tristes y mustios sin las perfumadas galas de plantas naturales.

¡La Madre del Amor Hermoso! ¿Cabe, lindas lectoras, nombre más sugestivamente sublime? ¿Qué título puede expresar con más seductora poesía el amor casto y puro que inspira la Virgen sin mancilla, la cándida paloma de Nazaret, en las almas de los que se acogen a su acariciadora protección?

La mujer, durante la vida, experimenta varios amores, o mejor aún, aspectos varios del amor; mas no todos engrandecen y ennoblecen a quienes los sienten, sino que algunos más bien envilecen y degradan nuestro ser.

Entre los más nobles deben contarse el amor divino, el maternal, el filial; el amor a la verdad, a la bondad y belleza, a la patria y a los menesterosos; y todo este cúmulo de sublimes afectos los inspira y purifica, mejor que nada, la devoción a la madre de Dios, porque ella es un piélago inmenso de los más delicados y tiernos amores, y nos conduce deliciosamente hacia Dios, que es la verdad misma, y a honrar a nuestros padres, que son sus representantes en la tierra. Nos impulsa, igualmente, con su ejemplo y enseñanzas celestiales, a cumplir nuestros sacrosantos deberes filiales y maternales.

La bondad de esta Madre del amor se opone a toda malicia; es enemiga de todo pecado que daña a la caridad para con Dios y con el prójimo, y la bondad suya es tan inmensa, que la induce hasta ser la corredentora del género humano, aun a costa de la sangre de su Hijo, que le es propia; y todo, por la salvación de los pecadores.

Sólo en la Madre del Amor Hermoso cabe

este exceso sublime de misericordia, que sobrepuja a la comprensión humana.

María posee igualmente el arquetipo de la belleza exquisita; pero no de la sensual idealizada por el paganismo, sino la espiritual y perfecta que ocasiona opuestos resultados. La primera produce muchas veces amargos frutos; con la segunda elévanse las almas hacia el cielo, se compendian en ella los amores que inspiran : la virgen, la esposa y la madre cristianas, encarnándose en María el ideal de todos, en grado infinito, al unir la virginidad con la fecundidad; siendo a la vez madre de Dios y esposa del Espíritu Santo y manantial de toda belleza. Este último atributo lo posee en grado tal, que su hermosura asombra a los ángeles y bienaventurados del Cielo.

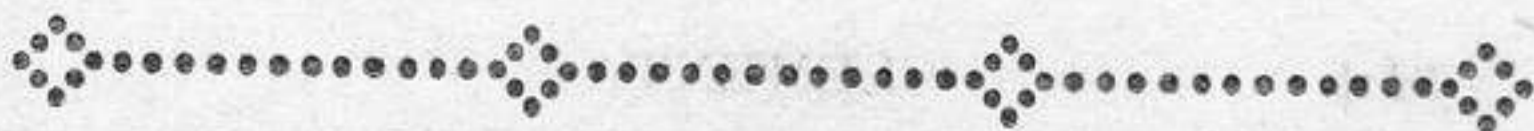
La Madre del Amor Hermoso ha sido siempre la inspiradora del más puro y acendrado patriotismo y ha formado de sus devotos héroes épicos, que llevaron a cabo las más nobles y elevadas empresas.

Finalmente, el amor a los pobres desvalidos es patrimonio exclusivo de la Insigne Señora, y, por eso, los preclaros artistas que inmortalizaron sus nombres con el cincel o la paleta, al ejecutar las sublimes Concepciones, la representan cobijando bajo los pliegues de

su manto protector a los infelices menesterosos.

Ofreced, mis buenas amigas, a tan excelsa Señora, en este mes consagrado a su tiernísima devoción, flores, muchas flores naturales, pues ella las ama y agradece la ofrenda como emblema de las espirituales que nacen del corazón.





POR LAS OBRERAS

He leído estos días una preciosa fábula de un conocido escritor ruso (1) que me ha llamado la atención por la profunda filosofía que encierra. Titúlase «El Halcón y el Gallo» y dice así:

«Un halcón se familiarizó tanto con su amo, que tan pronto le llamaba éste, acudía solícito colocándose encima de sus hombros.

—En cambio, un gallo, propiedad del mismo dueño, huía de él apenas lo veía acercarse.

Cierto día el halcón dijo al gallo:

— Vosotros, los gallos, no sois agradecidos; pertenecéis a una raza servil, y sólo os acercáis a vuestros dueños cuando el hambre o la necesidad os acosa.

¡Cuán diferentes de nosotros! Aves salvajes, somos fuertes; nuestro vuelo es más raudo que el vuestro y, no obstante, no huímos de los hombres; al contrario, nos posamos en sus manos cuando nos llaman, pues nos acordamos

(1) León Tolstoï.

siempre de que a ellos les debemos el alimento que nos dan.

A lo que el gallo replicó :

—Si vosotros no huís de los hombres, es porque jamás habéis visto un halcón asado, mientras que nosotros vemos continuamente gallos en el horno».

¿No es verdad, lectoras mías, que la fabulita encierra gran filosofía, aplicable al tan discutido problema obrero? A mí así me lo parece.

Mucho preocupa en la actualidad asunto de tanta transcendencia a sacerdotes, estadistas e intelectuales de todo género; unos y otros crean sindicatos, agrupaciones y sociedades varias, para conjurar el pavoroso peligro social que nos amenaza y que cada día presenta peor cariz.

También a mí me hace pensar lo que tanto preocupa en los modernos tiempos, sobre todo en lo que afecta a las obreras, que, como mujeres merecen mi más cariñosa predilección.

¡Pobrecillas! ¿No os parece, amigas mías, que esta simpática clase es dignísima de que nos ocupemos de ella con amor y caridad?

Antiguamente las clases populares se distinguían por su sólida piedad y acendrado catolicismo.

Hoy los oradores modernistas, con las ideas que ellos llaman redentoras y su decantado progreso y libertad, en mitines y conferencias, auxiliados por la prensa impía y novelas inmorales, han arrancado la fe del corazón del pueblo, sembrando en su alma el odio y desconfianza hacia las otras clases.

Por eso hoy ha disminuído tanto el número de obreras de profundas convicciones católicas, y las que las tienen, van perdiéndolas por la influencia de sus compañeras. ¡Las infelices, sin duda, como el gallo de la fábula, en todas partes ven el asador! No conciben que haya en el mundo maestras o patronos de sentimientos cristianos, que por amor a Dios las estimen, procurando su bienestar o mejoramiento; y acostumbradas a ser explotadas vilmente para que otros se enriquezcan a costa de la anemia de las pobres artesanas, no pueden confiar, ni menos saben agradecer los beneficios desinteresados que les desea prodigar la caridad cristiana, y huyen escarmentadas, como el gallo, temiendo a cada momento al horno y al asador, representados por las clases sociales que ellas juzgan explotadoras.

¿Por qué las señoras no hemos de tomar por nuestra cuenta la sublime misión de con-

vencer con pruebas constantes a esas desdichadas, de que el Cristianismo, la doctrina de Nuestro Divino Redentor, es diametralmente opuesta a los procedimientos que emplean con ellas quienes, sin Dios ni fe, no persiguen más fin que el indigno lucro?

Entiendo que de las obreras, como de la mujer en general, depende la regeneración social, porque son o han de ser las esposas y las madres de los obreros, y ha de estarles encomendada la tarea educadora de sus hijos, así como la de inspirar ideas sanas a sus maridos, y según ellas sientan y piensen, así sentirán y pensarán sus hijos y esposos, o sea, los hombres de ahora y del porvenir.

Daría lo más caro de mis afecciones por poseer medios para conseguir que las obreras se percatasen de que, por convencimiento, deben huir de talleres y fábricas *laicas*, agrupándose y prefiriendo los que ostenten noblemente el carácter típico de verdadera religiosidad, y podrían apreciar la gran diferencia que existe entre aquéllos y éstos.

Otro de los defectos de que adolecen las cuitadas es la ignorancia; muchas no saben ni leer, y las que leen, no tropiezan sino con hojas y libros envenenados; por eso el mal es tan hondo, y no sorprende ver estrellarse

los sobrehumanos esfuerzos de cuantos se ocupan en ponerle remedio.

Desgraciadamente existe en la clase obrera escasísimo número de *halcones* confiados, tal vez porque el destino les deparó muchas decepciones e ingratitudes viendo sembrado su camino de enemigos que les tienen como a los gallos en el asador, en vez de sentir los halagos positivos prodigados por su amo al halcón del cuento; y de ahí el odio y antipatías que sienten latente hacia la sociedad.

Precisa, pues, amadas lectoras, que todas contribuyamos a la conquista y domesticación de *halcones*, y, según la medida de nuestras fuerzas, aportemos iniciativas y medios oportunos para conseguirlo.

Los sindicatos y escuelas de obreras son indispensables, y se necesita fomentar tan nobles instituciones, practicando la catequesis por amor y caridad cristiana, procurando atraer al mayor número de esas almas. Es necesario, asimismo, que hagamos sacrificios de toda clase para educarlas e ilustrarlas moral y literariamente; y con dádivas, cariño y constancia inquebrantables, podremos conseguir mucho; pero la labor tiene que ser perseverante, si hemos de alcanzar que el triunfo corone nuestros esfuerzos.

Propiaos la fabulita también vosotras, patronas y maestras de fábricas y talleres; y haced amar de vuestras obreras para que sean *halcones* sumisos y confiados, y no *gallos* desagradecidos y prevenidos contra vosotras por temor al horno y al asador.





DEVOCIÓN DE JUNIO

Incurriría en un crimen de lesa ingratitud para con el Deífico Corazón, si este mes no consagrarse una de mis *notas* exclusivamente a hablaros de las excelencias de su consoladora devoción.

¿No es verdad, lectoras mías, que vosotras tampoco me lo perdonaríais?

La mujer ha nacido para sentir y amar lo noble y lo bello, y en la tierra nada existe más hermoso y sublime que el amor y culto dedicado al adorable Corazón de Jesús.

Por eso, sin duda alguna, en todos los tiempos se ha distinguido nuestro sexo por su ferviente culto y vehemente afecto hacia Jesucristo; y Él lo ha recompensado con creces, derramando a manos llenas sus tesoros y exquisitas finezas sobre sus privilegiadas esposas.

Díganlo Santa Teresa, que no quería llamarse sino de Jesús; Santa Gertrudis, Santa María Magdalena de Pazzis, Santa Matilde, Sor María Jesús de Agreda, la beata Margarita de Alacoque (escogida por el Señor para

víctima expiatoria y su apóstol) y mil y mil más esforzadas heroínas, propagadoras infatigables de su nobilísima devoción, por ser la escuela del más exquisito y purísimo amor.

En esta escuela celestial y divina, en ese santuario del verdadero amor, aprendieron innumerables almas la vida de sacrificio y el conocimiento de la tierna y generosa caridad del corazón de Jesús, que por un esfuerzo de amor hacia nosotros ha fijado su morada en la tierra para endulzar con su presencia las penalidades de este valle de amarguras y desencantos.

De ahí han resultado esas esposas suyas, celosísimas apóstoles que han consagrado sus existencias en holocausto y como víctimas propiciatorias de un Dios que dió la suya por amor a sus ingratas y desleales criaturas.

La primera esposa enamorada del Corazón de Jesús en la tierra fué la penitente de Magdalo. Sí, lectoras mías, la Magdalena siente por intuición divina el amor espiritual ante la presencia material de Jesús, ¡tan delicado! ¡tan purísimo! con sus éxtasis y raptos delirantes, con sus transportes arrobadores, como los que algunos siglos después habrán de experimentar las Teresas, Catalinas, Margaritas, Gertrudis y demás almas privilegiadas.

Tengo a la vista un librito, que es una preciosidad, compuesto por una apóstol del Sagrado Corazón, religiosa del mismo instituto, la muy reverenda madre, Ana Rousier. En dicha obrita transcribe 33 biografías de las almas más enamoradas del Divino Corazón y que más se han distinguido por su encendido amor y devoción hacia Él. Pues bien; me satisface consignar que, de este número, 23 son mujeres.

Este dato que someto a vuestra consideración no es para que nos engriamos, pues ello constituiría una falta, sino para que nos sirva de estímulo y saludable ejemplo.

¡Qué de santas hazañas! ¡Qué de prodigiosas empresas y sacrificios llevadas a cabo por corazones femeniles! ¡Qué, en fin, de portentosas maravillas realizadas por inermes mujeres!

Y todo por gratitud, por amor, por efecto de la gracia divina, que opera esos milagros, y aun mayores, en las almas que se entregan a Jesús sin reservas.

Leyendo la historia o biografía de esa pléyade de heroínas del Corazón de Jesús, he sentido profunda tristeza al considerarme incapaz de emular ni el más insignificante de los hechos de esas admirables mujeres.

Pero ya que nuestra limitada piedad y escasísima devoción no es susceptible de tan sobrenaturales empresas, animémonos a trabajar, fomentando ese importantísimo culto y valiosa devoción en nuestras familias, siquiera con nuestros deudos y amigos, a fin de que todos conozcan el deseo que tiene Jesucristo de su reinado social y de comunicarse con los hombres.

Él mismo pidió el establecimiento y propagación de su culto, ofreciendo «benedicir las casas donde su sagrada imagen fuese expuesta y venerada», y prometiendo las más consoladoras y halagadoras ofertas a quienes lo practicasen.





IMPRESIONES

¿He soñado cosas tan bellas, o es, por ventura, real y efectivo cuanto he visto y saboreado en estas clásicas y deleitosas fiestas de San Fermín?

El sublime arte musical, elevado casi hasta lo infinito en los famosísimos conciertos celebrados en el Teatro Gayarre, en los que no sabe una qué admirar más, si las portentosas e inspiradas composiciones de los insignes maestros o la maravillosa interpretación de los artistas, en su mayoría navarros y vascongados.

La magistral ópera vasca del joven compositor Guridi, titulada «Mirentxu», es un poema idílico delicadísimo; su inspirada y hermosísima partitura hace sentir emociones dulcísimas e inefables. Al éxito brillante de la obra han contribuído talentos privilegiados, con mágica interpretación, haciendo que resultaran verdaderos acontecimientos musicales, cada una de las tres audiciones del lírico poema.

¡Qué derroche de belleza, elegancia y distinción en las expectadoras, enriqueciendo con esta nota característica y esencial el conjunto

armónico del arte más hondamente exquisito!

He admirado también la desbordante, franca y espontánea alegría de la gente del pueblo, que, como ningún otro, sabe asociarse unánime a los regocijos de las demás clases, contribuyendo poderosamente a la inusitada animación de todos los festejos.

¡ Bendita tierra de mis amores y dulces ensueños! Todo en ti resulta grandiosamente típico; todo en este noble solar de las grandes tradiciones posee carácter propio; los artistas que toman parte en las fiestas son nuestros; absolutamente nuestro es el ambiente estético que se respira y que en todo tiempo hizo surgir eminencias musicales que han esmaltado y dado gloria imperecedera a este rinconcito querido.

Propio de esta tierra es la innata belleza y distinción de sus mujeres, la hidalguía y nobleza de sus hijos, el heroico patriotismo de los vasco-navarros, y todo, en fin, lo que constituye el ser y la vida de nuestra región.

Parece que fué ayer cuando, forzosamente, me alejé de ti, Iruña querida, y, sin embargo, cuántas veces he anhelado volver a verte, cuántas he añorado la contemplación de tus montañas y sierras coronadas de brumas y nieves, deseando volver a ti.

Y a fe que, al contemplarte, te encontré más hermosa y atractiva de lo que mi mente soñadora se forjaba. Estás convertida en magnífica capital; me has producido gratisima sorpresa y dulce impresión; has ganado notablemente en importancia y caserío; por tus más hermosas vías circulan majestuosos, soberbios tranvías eléctricos, prestándote animación, vida y movimiento. Las empresas e industrias importantes que se desarrollan dentro y fuera de tus muros te van convirtiendo en grande urbe; pero no creas que por eso tienes hoy para mí más atractivos y bellezas, pues te amé tanto como ahora cuando todavía eras ciudad dormida; cuando tus estacadas y fosos te defendían por todas partes; cuando tus puentes levadizos cerraban tus históricos portalones, como en fortaleza de siglos medioevales; cuando todavía no existía tu bello y alegre ensanche, ni tu poético reposo era turbado, sino por la simpática campana del templo, llamando a los fieles al recogimiento y la oración.

Repito que estoy deslumbrada ante los mil proyectos prácticos de vida moderna que se elaboran en Pamplona, todos a cual más beneficiosos para su engrandecimiento y esplendor; pero no por ello te admiraré más, pues en mi corazón anidan dulcemente recuerdos de otros

tiempos, en que se deslizaron deliciosamente mis días en medio de tu plácida calma de inexplicable encanto que tan feliz me hacía.

Y al volver a verte; al respirar la frescura de tus montañas; al cobijarme bajo tu entoldado cielo de suave y tibia luz, siento en el alma deseo irresistible de dirigir un cariñoso saludo a lo viejo y a lo nuevo; a lo pasado y a lo presente; a mis cultos paisanos y a cuantos han visitado a mi querida Iruña, capital y encanto de mi amado terruño.





RECTO MODERNISMO

Por capricho casi pueril he querido, lectoras mías, tomarme por mi mano vacaciones estivales, como si fuera un escolar; el soplo caliginoso del ambiente que respiramos me había privado hasta el placer que experimenta mi alma al dedicaros estos modestos artículos.

He ahí el por qué os he dejado sin mis *notas* por espacio de algunas semanas.

.....

Vivimos, queridas mías, en el siglo de las más grandes y geniales despreocupaciones, y aun de las mayores excentricidades, las cuales más de una vez escandalizan a la gente timorata; y, sin embargo, es de notar el peregrino contraste que aquéllas ofrecen con el inmenso número de personas que incurren o pecan por el lado contrario: por el de las preocupaciones.

Existen en nuestro sexo, desgraciadamente para ellas, muchas, muchísimas señoritas que pegadas (como el marisco a su concha) a insanas y absurdas preocupaciones, viven con ellas

tan arraigadas, que no logran en toda la vida desprenderse de su influencia perniciosa.

¿Que a qué me refiero? Voy a decíroslo.

Las exageraciones, en todos sentidos, son perjudiciales y viciosas, resultando deplorable incurrir en ellas sean de la índole que se quiera.

En la educación moderna, por ejemplo, es asaz reprobable el que la bella mitad del género humano se convierta en antipático marimacho al pretender inmiscuirse en los derechos, atribuciones y prerrogativas hasta ahora sólo concedidas a los hombres, queriendo ejercer en la vida social el dominio y libertad masculinos.

Empero, la excesiva pasividad de la mujer de antaño no encaja en la existencia moderna: educada exclusivamente para el hogar; esperándolo todo del marido; arrostrando dentro de su casa las mayores privaciones y hasta la miseria (ante la preocupación y el rubor de que el vecino se entere de su penuria), y asustada en la lucha por la existencia, al no ayudar con su actividad a sostener las cargas de la familia, no tiene razón de ser en pleno siglo XX.

En nuestros tiempos, la clase media sigue empleando en su mayoría los mismos procedimientos como herencia transmitida de antaño:

da lástima verla representar una falsa posición financiera llena de pretenciosas exterioridades, de vergonzante oropel, y todo por las pícaras preocupaciones sociales, cuando tan hermosa y simpática resultaría la adquisición noble y digna de los medios para vivir, sin esas penurias ni privaciones, por medio del trabajo.

Crean, las cuitadas, que engañan a la sociedad, y no lo consiguen; porque lo mismo la abundancia que la escasez se descubren por sí solas, siendo inútil pretensión disimularlas, pues flotan en la superficie a despecho de los esfuerzos que se realicen por ocultarlas.

La mujer, que a pesar de su abolengo y exquisita educación, utiliza las aptitudes de cualquier género, recibidas de Dios y se lanza en la necesidad al honrado trabajo para vivir, tiene más mérito ante la humanidad que piensa y siente con recto criterio, que la más esforzada heroína; y mucho, muchísimo más que la que se dedica sólo por *sport* a las más brillantes especulaciones científicas.

¿No es verdad que vosotras mismas admiraríais a aquella señora o señorita que con noble esfuerzo contribuyese por medio de su honrado y lucrativo trabajo al sostenimiento de su familia necesitada?

¿Os atreveríais a ridiculizar, ni menos a re-

bajar, a la joven que con tan sublime denuedo se comportara en favor de sus ancianos padres o desvalidos hermanos?

No os supongo tan superficiales e irreflexivas: por el contrario, os hago la justicia de creer que admiraríais su mérito.

¿Aplaudiríais, acaso, a la mujer que por querer aparentar una posición ficticia dejase morir de anemia e inanición a sus hijos, someténdolos a las mayores privaciones, sólo ante el temor y la preocupación de que se supiera que trabajaba para vivir?

Quisiera poseer la elocuencia más persuasiva para inclinar a las que no tienen fuerza de voluntad para desechar necias preocupaciones impropias de este siglo, procurando seguir el ejemplo que nos dan las naciones más cultas y adelantadas, en donde la mujer se pone en condiciones de aportar, en un caso dado, dentro de la familia, casi tantos medios para la vida como el cabeza, que de ordinario está obligado a sostenerla.

A nuestro sexo se le debe educar para que dentro de sus condiciones físicas, intelectuales y morales, se encuentre en disposición de lucha por la existencia, deshechando las antiguas preocupaciones, cual conviene a las necesidades de la vida moderna, a fin de que des-

aparezca, más tarde o más temprano, la tristísima situación en que viven muchas familias de nuestra desdichada y sufrida clase media, sobre todo cuando faltan los brazos, la inteligencia o el sueldo del varón, que levanta las cargas del hogar.





A DIARIO

Cándida era el nombre de mí protagonista y no cabía más perfecta armonía entre el nombre y la persona que lo llevaba

Bella, con hermosura sin artificio, naturalísima y con un candoroso pudor que guardaba en su corazón como en artístico relicario, poseía tal atractivo, que las flores y los pájaros parecían creados para adornarla, y los hombres celebraban unánimes su casta inocencia y singular donosura.

La fantasía popular había la bautizado con otro nombre más poético: con el de *Azucena*, sin duda por la nitida blancura de su tez y el oro de su rica cabellera, que ofrecía gran semejanza con los pétalos y estambres de la flor. La peregrina beldad corría parejas con su virginal sencillez y rara modestia de su corazón.

Dotes tan extraordinarios y excepcionales, granjeábanle el más profundo afecto de los sencillos moradores de la montañosa comarca en donde residía la encantadora muchacha, y desde el anciano sacerdote del valle, que en to-

das ocasiones la presentaba como modelo y ejemplo moral a las jóvenes de su edad, hasta el último labriego que la miraba como a ser sobrenatural, todos a una voz celebraban las cualidades de Cándida. Los jóvenes casaderos la estimaban como a la compañera soñada; las madres se disputaban el honor de llevarla a su hogar, y hasta la maledicencia parecía respetar a la linda jovencilla, sin atreverse a clavar su inmundo aguijón en tan perfecta criatura.

Los padres de Cándida, *Azucena*, se miraban, como es natural, en ella y ésta cifraba su ventura en el amor filial y en el que profesaba a la Virgen del Valle, su única confidente y protectora. El puro ambiente de aquellos elevados picachos de la sierra, parecía acrisolar más y más el inocente candor de *Azucena*.

Pero he ahí que el enemigo de la pureza, que no descansa hasta cubrir de negras manchas su manto de armiño, envidioso y despedido de tan diáfana belleza, no cesó hasta poner a prueba la virtud de la aldeanita.

En cierta populosa capital tenía la joven una próxima pariente y, por circunstancias imprevistas, fué a pasar unos días a su casa.

¡Probrecilla! ¡Infeliz niña! Su singular belleza, su encantadora sencillez, su rara modestia, no podían menos de atraer al inmundo

reptil de la impureza que destila letal veneno y lo infiltra en las almas inocentes y candorosas con sus pérfidos halagos.

¡Desdichada flor silvestre! Ese brillo esplendoroso a que no estás acostumbrada, las promesas falaces de eterna dicha, el lujo deslumbrador, todo en fin, contribuye a fascinarte como a incauta mariposa.

¿Tendrás valor para sustraerte a su deleitosa influencia? ¡Pobre criatura, abandonada a sus propias fuerzas!

La linda *Azucena*, de pétalos blancos y estambres de oro, es débil fuera del ambiente refrigerante de recato y castidad que se respira en la montaña y las salutíferas auras que despiden los tomillares en las breñas.

La caliginosa y agobiante temperatura de la gran ciudad, con hábito impuro, marchitó por fin la delicada *flor*; evaporó su deliciosa esencia y del relicario de su alma huyó avergonzado el pudor con los blanquísimos cendales de su inocencia.

¿Qué hará la cuítada en este trance? Aunque ella ha sucumbido a su pesar, la montaña y la aldea la rechazan y repudian tanto cuanto la amaron y adoraron cuando era pura y sencilla flor, ornato de su embalsamada campiña y no puede vivir allí.

La ciudad le asusta porque la maldad le cerca, viéndose asaltada por un enjambre de seducciones peligrosísimas que la empujarían a vender su honra, perdiendo su fe y su alma.

¿Dónde se refugiará? ¿Quién podrá salvar a la desdichada Cándida? ¡Sólo la religión del Crucificado, que inspira e instituye los más grandes y sublimes patronatos sociales!

A las señoras que componen la nobilísima y hermosa institución contra la trata de blancas, se dirige, pues, por ser las encargadas de amparar estos infortunios y defender las extraviadas ovejas contra la jauría de lobos hambrientos que las asedian y persiguen encarnecidamente.

La probrecilla acude a esas abnegadas señoras con la amorosa confianza con que el niño se refugia en el seno materno huyendo del peligro; y la benéfica institución, alentando su quebrantado pudor y fortaleciendo su flaqueza, la devuelve a la sociedad y a la Virgen del Valle, ornada la frente, si no con la diadema de candidas azucenas, con la de bellas rosas rojas, emblema y representación del arrepentimiento y la penitencia.

¡Triste, aunque consoladora historia de todos los días!



LA FE DE UN TORERO

Todos los periódicos y revistas de estos días, sin distinción de matices, se ocupan del extraordinario y sorprendente suceso acaecido al diestro sevillano *Gallito*, en el cual desempeñó papel importantísimo una preciosa medalla de la Virgen de la Esperanza. (La Macarena) que pendía del pecho del torero.

La divina imagen se interpuso entre el cuerpo del lidiador y el cuerno de *Saltillo*, evitándo una herida gravísima que acaso hubiera producido aciaga muerte. La medalla, como sabéis, quedó combada, y rota la cadena por el horrible pitonazo de la fiera.

Los *rotativos*, en su mayoría, atribuyen el hecho a algo sobrenatural y milagroso, con lo cual se demuestra que todavía existe no poca fe en España; pero algunos periódicos, afortunadamente los menos, pretenden tomar el caso a broma, permitiéndose *confeccionar gracias* de pésimo gusto, deslizando conceptos neciamente desdichados.

Los que como estos últimos discurren, me-

recen más que nada compasión, porque la hermosísima virtud de la fe, además de salvar el alma, es una dulce y deliciosa esencia, tan exquisita y consoladora, que aunque no reportara al mortal más beneficios, el sentirla sería suficiente recompensa a que debíamos aspirar insistentemente, hasta alcanzarla, por las inmensas satisfacciones que en la vida proporciona.

¡Qué hermoso es creer, lectoras mías! y ¡cuán consolador el esperar! ¡Infeliz el escéptico que en nada cree, ni nada espera! ¿Qué hará sin ideales, sin abrigar creencias para ésta y la otra vida?

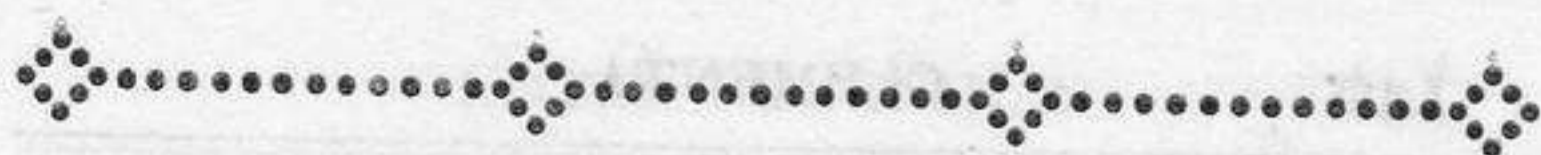
La fe y esperanza del afortunado torero Joselito, *El Gallo*, le salvaron del inminente peligro que ha corrido en San Sebastián, pues la imagen milagrosa, cual invulnerable coraza, le sirvió de defensa. Por la primera virtud, llevó en el pecho a la patrona de la segunda; y la Reina Celestial premió la esperanza y fe de su devoto de manera tan maravillosa.

La piadosa madre del famoso matador así lo cree y afirma: en su hijo tampoco queda la menor duda. Que Joselito no abandone jamás la antorcha de la fe y ella le servirá de talismán en su arriesgada profesión, para que la Virgen le defienda de todo peligro, especialmente de los del alma.

La encendida fe de María, contribuyó al sublime misterio de la redención del género humano: por la vivísima de los apóstoles, se consumó la fundación de la Iglesia Católica: por la fe de los mártires, sellando con su sangre la religión de Cristo, fructificó la semilla del Evangelio; y la de Constantino descubrió el Lábaro Santo que derrumbó la Roma pagana. La fe de los grandes hombres, finalmente, ha alcanzado millones de conquistas y empresas gigantescas, asombro del mundo civilizado.

No tengo que esforzarme mucho para convencer e inspirar a mis lectoras la virtud de la fe, pues la mujer es creyente por naturaleza, e intuitivamente siente afecto y predilección singular hacia la Virge sin mancilla y confía y espera en esta Gran Madre.





LAS DOS JUVENTUDES

Habréis oído decir, lectoras queridas, que la mujer durante su vida es dos veces joven.

A mí me intrigaba tanto, cuando era pequeña, esta especie de sentencia, que un día me dirigí a mi abuelita para que me lo explicase, porque casi siempre ella era la encargada de resolverme las dudas.

La buena anciana se rió de mi pregunta, y respondió: todavía no estás en condiciones de comprenderme; pero yo te aseguro que se puede ser joven teniendo la cabeza plateada, el talle deformado y surcado el rostro de arrugas.

—¿Cómo puede ser así?—dije con sonrisa de incredulidad.

Mas mi abuelita repetía: no lo dudes, tu mamá, sin ir más lejos, está ahora en plena edad dorada, porque se ve rodeada de tres hijas, la menor de diez y seis años, y vive en un ambiente que la rejuvenece.

Como podéis comprender, la explicación no podía satisfacerme; es más, me pareció una solemne tontería (perdóneme el agravio la honorable señora). Bien es verdad que entonces

era yo demasiado joven para desentrañar la *profunda psicología* que encerraba semejante afirmación. La experiencia de la vida y la madurez de la edad me han dado a conocer la gran verdad que encierran todas estas sentencias populares.

La mujer, al convertirse en esposa y después en madre de familia, se despoja gustosísima de todas sus ilusiones juveniles, de todas las fantasías de color de rosa que por algún tiempo acarició su mente soñadora abriendo sus sentidos a las crudas y descarnadas realidades de la vida; y gracias a que en aquella ocasión se le presentan inefables por el delicado perfume de la maternidad, con sus purísimos y suaves encantos. A esas realidades consagra su existencia llena de sublimes sacrificios y de las más denodadas abnegaciones; y cual si no existiese otro mundo que aquél, se dedica en cuerpo y alma al cumplimiento de sus deberes sacratísimos.

¿Cómo ha de sorprendernos que a los cuatro o cinco años de su himeneo nos encontremos muchas veces a jóvenes casadas tan poco cuidadosas de su persona, que aparecen desconocidas y disfiguradas hasta el punto de costarnos trabajo saber quiénes son?

Las preocupaciones, los disgustos conyu-

gales, las desgracias de familia o enfermedades inherentes a su estado, y hasta en muchos casos la penuria, las envejecieron prematuramente: el gusto para arreglarse ha desaparecido, y agobiadas de penas, viven muchos años en el sacrificio desterradas de ese mundo que se divierte, hasta que su hija mayor se convierte en mujercita.

En este crítico momento es cuando suele acaecer la más peregrina de las transformaciones; de aquí surge la segunda juventud de la mujer, la mágica metamorfosis de la madre: vedla rejuvenecida no sólo moral, sino hasta físicamente: de huraña y retraída se convierte en comunicativa y sociable. ¿Quién operó esta resurrección? El ambiente que respira y de que hablaba mi abuela, las auras juveniles que le transmite su hija. Por ella se viste y peina con esmero y distinción; por acompañarla, se presenta en todas partes y goza lo indecible con los triunfos de su heredera; la casa parece otra en todos sus detalles; se oyen risas juguetonas; el piano, que permaneció mudo sin arrancársele jamás una armonía, ahora no cesa de sonar unido a voces argentinas que llenan de simpática algazara el doméstico recinto.

Las más gratas y dulces emociones que experimenta la hija ante una declaración amo-

rosa, parece que repercuten en el corazón de la madre que siente y piensa al unísono con la linda y risueña cabecita de la muchacha.

La dicha y felicidad que embarga el corazón de la desposada al ser conducida al altar, hace latir el de la madre con la misma vehemencia que si ella fuese la que pronuncia el sí ante el sacerdote.

Finalmente: identificada la mujer por el amor maternal, con su adorada hija, comparte todas las alegrías y satisfacciones de ésta; y así como asimila su dicha y felicidad, de igual suerte participa de sus tristezas y adversidades; y si la ve desgraciada, le alcanza a ella misma igual y a veces mayor dosis de amargura.

Yo deseo, lectoras mías, que vuestra segunda juventud sea discreta y sin exageraciones: pues acontece alguna vez que la madre pierde su carácter de tal por rejuvenecerse y hasta aññarse demasiado, pretendiendo aparecer más joven que su hija, con grave riesgo de que ésta dé los primeros pasos en la vida guiada erróneamente, en forma que pueda perjudicarle en su educación y porvenir; esto, sin contar con el ridículo en que se incurre.

Seamos prudentes en todas ocasiones y, sobre todo, procuremos no confundir los caracteres de las edades.



LA FELICIDAD

¡ Felicidad ! ¡ Cuántos te anhelan y cuán pocos logran alcanzarte ! ¿ Será que no existes en la tierra, o es, por ventura, que no se te busca sino en las utópicas regiones donde no vives ?

Los mortales nos forjamos a la felicidad cual deliciosa y bellísima *ninfa*, circundada de suavísima luz, envuelta en diáfanos cendales y adorada cabellera, y que, con voz dulce y acariciadora, nos brinda a satisfacer las ansias, los deseos y aspiraciones en que se agita nuestra alma.

¡ Fantástica y vana quimera ! El corazón humano, además de ser un abismo insondable de pasiones y sentimientos complejos, cuando llama a la encantadora deidad para que satisfaga sus deseos de dicha y placer, sufre la más amarga de las desilusiones.

¿ Y cómo no, si en la tierra no existe la felicidad completa, y además de ser muy relativa no queremos convencernos de que sólo se encuentra en la paz del corazón y el cumplimiento de nuestros deberes ?

Si examinamos detenidamente nuestros actos, veremos que siempre van encaminados a proporcionarnos algún bien, y a evitarnos todo lo adverso : por otra parte, nuestra sensibilidad anhela el placer y odia el dolor : jamás estamos satisfechos de los bienes que poseemos, sino que nos afanamos por adquirir otros nuevos, sin que veamos colmadas nuestras ansias de felicidad.

Varias son las definiciones que han dado los autores, de la felicidad humana; pero todos convienen en que es un estado plácido de completo descanso de nuestras facultades, producido por la satisfacción de todas sus tendencias. Otros la suponen como la satisfacción que causa el cumplimiento del bien. Otros, en fin, dicen que consiste en un placer puro e inalterable e inamisible o en la plena realización de las aspiraciones racionales del espíritu humano.

Pero el caso es que muchos, muchísimos, se alejan de ella por afanarse en buscarla en las riquezas, en los placeres, en las conquistas de la inteligencia, en los honores, en el esplendor del poderío; pero como no existe ni reside ahí, es inútil porfía la de esos pobres obcecados, al querer alcanzarla por medios tan erróneos como irrealizables.

La caprichosa jovencilla cree que la va a

hallar en la posesión del amor imposible con que sueña, y derrocha a manos llenas un capital en galas deslumbrantes que presten más encanto a su belleza, a fin de enloquecer a su desdeñoso pretendiente.

El joven caballero, en los placeres y en la ambición. El sabio, en sus investigaciones científicas que han de proporcionarle gloria. El poderoso, en aumentar su capital. El político, en el mayor esplendor de su encumbramiento. Otro, en fin, en un matrimonio ventajoso.

¿Mas a qué seguir? Basta con decir que casi todos los mortales perseguimos a la felicidad por distintos derroteros, y casi ninguno por el camino que conduce a ella.

Desalentados, pues, al no encontrar más que el áspero y amargo sedimento en el fondo de la dorada copa en que bebemos el licor de nuestras ya marchitas ilusiones y desencantos, no queda más remedio que exclamar:

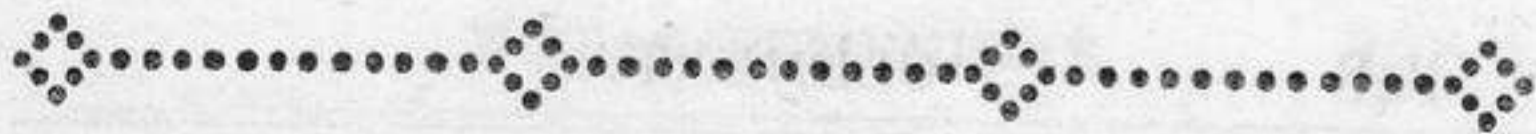
¿Dónde estás, hermosísima deidad de dorada cabellera, vaporosos cendales y nimbada de luz celestial? ¿Dónde te ocultas que te llamo y no vienes, que te persigo sin lograr alcanzarte? Alguna vez creí aspirar tu delicioso perfume, pero bien pronto pude convencerme de que me engañaba.

En la posesión de las riquezas encontré la inquietud y desasosiego que acibaró mi existencia. En las conquistas intelectuales, siempre limitadas e imperfectas, probé decepciones y pesares (y eso que se trataba de la más noble y pura de las aspiraciones). En los placeres tampoco existes, felicidad, pues la dignidad de mi ser se resiente con las satisfacciones de los sentidos, indignas de criaturas racionales.

En los honores y ventajoso matrimonio tampoco encontré la realización de mis deseos de felicidad, pues constituyen más bien la infelicidad.

En vista, pues, del general descontento de la vida, que persigue la felicidad sin conseguirla, no tenemos más remedio que confesar paladinamente que sólo existe en nuestro perfeccionamiento moral, que se alcanza aproximándonos a Dios por la virtud, mediante el amor y cumplimiento de nuestros sacratísimos deberes.

Con lo cual se consigue la paz del corazón y la perfecta conformidad con la Divina voluntad, que es la más pura satisfacción del mortal en la tierra, o sea la felicidad relativa y única que se puede aspirar en este destierro.



EL ADORNO MAS BELLO

Cierta noche dormitaba dulcemente en un poético jardín, junto a una bellísima rosa, su *genio* protector: el saludable rocío adornó con clarísimos brillantes los aterciopelados pétalos rojos, refrigerándolos a la vez para que pudieran soportar al siguiente día las ardientes caricias de *Febo*.

El *geniecillo* al despertar, sonriente y lleno de placer, percibió los enervantes efluvios del delicioso perfume que exhalaba la flor, y, enamorado de la engalanada rosa, en un raptó de entusiasmo y agradecimiento, le dijo cortésmente: «Me has hecho feliz; dime si deseas algún don, y te lo otorgaré al instante».

La rosa, que, como hembra, era insaciable por aumentar sus bellos atractivos, aceptó en seguida la tentadora oferta, y respondió: «Yo quisiera obtener algún nuevo encanto para ser, sin disputa, la flor más bella de los jardines».

Ante tan pueril y ambiciosa pretensión, el *Silfo* del rosal no contestó; pero ella, insistien-

do en tono insinuante, preguntó : ¿Os he ofendido? ¿Es que no queréis cumplir vuestro ofrecimiento?

Entonces el *genio*, algún tanto contrariado y mohino, exclamó : ¡eres la reina de las flores, y todavía no estás satisfecha de los dones que la madre naturaleza te concedió! ¡Merecías un castigo!, pero por esta vez te perdono y voy a adornarte con una modesta y sencilla corona de musgo, que es lo que mejor te sentará.

La purpurina rosa sonrojóse más ante el apóstrofe llena de confusión y gracia encantadora, e inclinó la corona para recibir el humilde presente.

A vosotras, monísimas jovencitas, que lleváis un tesoro inagotable de juventud y belleza, y con todo ello no estáis todavía satisfechas, cuadra perfectamente la historia de la rosa y la lección que recibió del *Silfo* del rosal.

Es muy frecuente en la edad de las doradas ilusiones despreciar como cosa baladí e insignificante ese cúmulo de atractivos que poseéis, y cual la rosa, connaturalizadas con la hermosura, queréis aumentarla con costosos trajes y adornos cuyo brillo os seduce y encanta. ¡Vana porfía! ¡Error crasísimo! Absurda creencia es suponer que los atavíos, por lin-

dos y lujosos que se estimen, son insignificantes comparados con el valor intrínseco que representa vuestro nacarado cutis, el ondulado natural del cabello y la distinción y gentileza.

Tened en cuenta que los sombreros y trajes ostentosos, los afeites y postizos, más bien sirven de medio artificioso para encubrir defectos y estragos del tiempo, y que la linda joven-cita, como la flor de mi historia, debe amar la sencillez como el adorno más bello.

Ya lo sabéis, pues; el *Silfo* del rosal coronó de modestísimo musgo la *cabeza* de su flor favorita, a fin de que ofreciera bello contraste su obscuro color con los purpurinos y aterciopelados pétalos: y ella, a pesar de ser flor, acató y reconoció el sabio y sincero consejo del *geniecillo*.

No seáis vosotras menos discretas, y cuantos más dones y atractivos hayáis recibido de la Providencia, sedle más agradecidas y no os engriáis; por el contrario, que la sencillez y el pudor sean vuestro más lindo adorno y que a estas virtudes sirva de marco la belleza física.

Por otra parte evitaréis a la vez los sacrificios que en muchas ocasiones se imponen ciertos padres al tener que satisfacer las caprichosas exigencias de sus hijas, incompatibles con modestas posiciones.



GLOSAS A UN APÓLOGO

La verdad y la mentira paseaban una tarde por cierta población. La primera, noble y hermosa matrona de severo continente, se envolvía, discreta, en obscuro y austero cendal, caminando por entre una multitud, en la que abundaban personas sensatas, prestigiosas y de gran probidad.

No obstante lo cual, debía ser poco conocida de algunas, a juzgar por las miradas despectivas que le dirigían, o tal vez fuese porque sus justísimos procedimientos no agradasen a todos por aquello de que la verdad es amarga...

La mentira, en cambio, marchaba triunfalmente por todas partes, ostentando un traje deslumbrador, recargado de oropel y fantasía, con el que disfrazaba burdamente su horrible deformidad y repulsiva figura.

Paseaba de un lado a otro, conversaba con sabios e ignorantes, nobles y plebeyos, con damas de suma distinción, con caballeros de abolengo, políticos empingorotados y hasta

con príncipes ilustres. Decíase, también, que penetraba en los salones más aristocráticos, en los hogares más tranquilos, en los tugurios, garitos y teatros; en fin, no había rincón social, grande ni chico, que ella respetase, y, por cierto, muy agasajada y bien recibida de la mayor parte de sus moradores.

En el momento crítico en que la *embustera señora* acababa de obtener uno de sus más ruidosos éxitos, se encontró con la verdad a la puerta de un suntuoso palacio. La noble matrona quiso penetrar en la señorial mansión; pero la mentira se interpuso, y el portero de la gran casa, hombre vulgar, incapaz de distinguir lo bueno de lo falso, la despidió groseramente, abriendo el portal de par en par para que entrase la ficción.

Al saborear su victoria el horrible monstruo, no pudo contener una irónica carcajada, y exclamó: ¡pobrecilla vieja aburrída!, ¿cómo te atrevías a cerrarme el paso? ¿Ignoras, por ventura, que voy cruzando la tierra por caminos varios, sembrados de flores, y perfumados derroteros? ¡Y tú, en cambio, no puedes andar, sino por uno sólo y erizado de espinas!

La hermosísima matrona, al oír esto, se irguió noblemente, y le replicó: tienes razón; yo no sé más que un camino para cruzar el

mundo, y está cubierto de abrojos; pero los que me siguen por él no se pierden ni extravían jamás. Por eso el que conoce mi único y verdadero sendero me venera y adora; pero tú, hija de Satanás, monstruo execrable, eres aborrecida de todo el que descubre tus mentirosas tretas y tus falaces encantos.

Y con tan elocuente vehemencia se expresó la Verdad, que doña Mentira huyó luego de allí, confusa y avergonzada. Al oír el portero esta polémica, en la que tan mal parada había quedado la flamante damisela, salió con una escoba a despedir a la farsante, disfrazada de señora, y pidiendo perdones a la Verdad, la hizo mil cortesías, introduciéndola en el palacio.

.

Carísimas y bellas lectoras : el apólogo que acabo de someter a vuestra discreta consideración es fiel trasunto de lo que actualmente pasa en los pueblos del mundo, porque la mentira, ese repulsivo defecto social, está encarnado en la mayor parte de la humanidad, que le rinde culto ferviente amando la farsa, vestida con el traje seductor de los más absurdos y ridículos convencionalismos.

¡Los convencionalismos sociales! ¿Habréis considerado alguna vez lo en moda que se ha

puesto la dichosa palabrita y lo acomodaticio que resulta su uso para algunas conciencias, en el fondo poco timoratas?

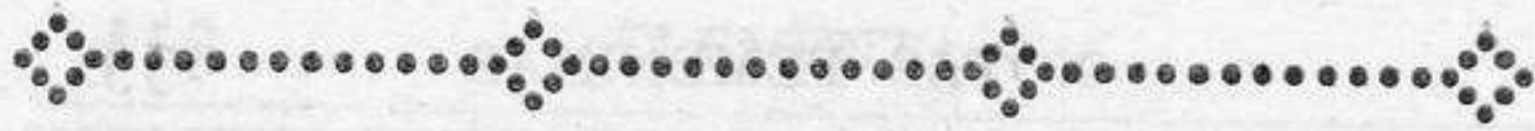
Como la mentira es en sí tan innoble y bellaca, quiéresela revestir, artera y falazmente, con una forma menos repulsiva, adornándola con deslumbrantes galas para mejor encubrir su horrible deformidad moral.

Las dudosas reputaciones, las más ridículas e irrisorias debilidades, las indignidades más vergonzosas, todo se pretende cubrir, hipócritamente, con la farsa y la ficción, con los acomodaticios convencionalismos modernos.

Pero, ya lo sabéis, Cristo, Señor Nuestro, dijo en varias ocasiones: «Yo soy la verdad», y, de consiguiente, esa bellísima realidad es de emancipación divina.

La mentira, por el contrario, procede, directa y absolutamente, de Satanás, que es el más astuto de los embusteros y no tiene más misión que engañar a los mortales, pues ni al Divino Salvador le excluyó, con sus tentaciones en el desierto. Tiene declarada guerra sin cuartel a la verdad, que es Dios mismo.

Conque, amigas mías, no os dejéis sugerir jamás por la mentira.



SALPICADURAS

En un tranquilo y delicioso lago, sombreado por flores varias, *navegaba* un cisne acariado por auras frescas y perfumadas. El precioso pájaro abría sin cesar sus alas diáfanas sobre las ondas con gracia tan sugestiva, con tan atrayente majestad, con tan graciosas y flexibles gallardías, que daba gloria verle.

No hacía mucho tiempo que había abandonado el azulado espacio de los cielos, donde fúlgidas huellas trazó su vuelo luminoso para descender a la tierra, cobijándose en el ameno paraje donde estaba situada su poética mansión dentro del lago, y desde allí, a fuer de agradecido (pues en esto hasta los animales nos dan ejemplo), daba gracias al *Creador*, en su lenguaje especial, por aquellas maravillas que le recreaban deliciosamente.

Un hediondo cuervo que salía en aquel instante de su *fatídica* caverna descubrió la ventura del cisne, y como pajarraco siniestro y de mal agüero, experimentó hondísimo despecho al contemplar la hermosura del simpático y bello animalito; no obstante, se aproximó ha-

cia él todo cuanto pudo, y exclamó envidioso de la dicha ajena :

—¿ Pero qué mérito encuentra el vulgo en esa blancura tan extremada, en tan insulsa bola de nieve ? Por otra parte, pasa la vida bañándose y no debía extrañar su exagerada pulcritud. Yo voy a probarles que, haciendo lo mismo, a pesar de ser tan negro, conseguiré ponerme como él...

Y dicho y hecho; el insensato se zambulló neciamente en un cristalino arroyuelo : la ligera espuma que produjo con sus continuas y rápidas abluciones hicieron creer al mentecato que su plumaje se había vuelto blanco, y a punto estuvo de graznar *¡ eureka !* Pero ¡ oh decepción ! ¡ poco tiempo pudo saborear su ficticia alegría ! La cruel realidad se encargó de disuadirle: en vez de blanquearse su plumaje, mojado, resultaba más negro y pavoroso.

Lección tan saludable, lejos de calmar las ruines y bastardas pasioncillas del ridículo avechucho, se las exacerbó, y en el paroxismo de su indignación, prorrumpió en denuestos contra el cisne, llamándole simplón, pretencioso, necio, bellaco e hipócrita, que con su largo cuello se asemejaba a la sierpe; y poseído de rabia delirante, voló precipitadamente hacia un inmundo cenagal, y allí se revolcó en el

fango; y, cuando más sucio estaba, se lanzó sobre el cándido cisne, salpicando cruelmente su blanquísimo plumaje de infecto lodo.

¡Vana porfía!... Triunfo momentáneo el conseguido por el cuervo... pues inmediatamente el cisne se hundió en las transparentes ondas del lago y en breve surgió más bello, diáfano y blanco que antes de enlodado...

Pobrecitas lectoras mías que os halláis como el cisne, combatidas por crueles cuervos, representados por gran parte de la humanidad que se subleva contra las que logran remontarse a esferas inaccesibles para ella.

La diáfana blancura, el vuelo luminoso que trazó vuestra huella en el azulado espacio que ella no puede alcanzar, le produce *mal de ojo*, y por esto no os faltarán salpicaduras de todo género para manchar de infecto lodo vuestra reputación y empequeñecer vuestra virtud, talento, belleza y demás condiciones que poseáis.

Contra ellas saldrán en tropel para arrollarlas las más insanas concupiscencias, y todas, al unísono, sin discrepar un ápice, tergiversarán vuestros generosos sentimientos y os proclamarán intolerantes, pretenciosas, afectadas, entrometidas; que no tenéis virtud, sino hipocresía: si os humilláis ante ellas, no sabrán

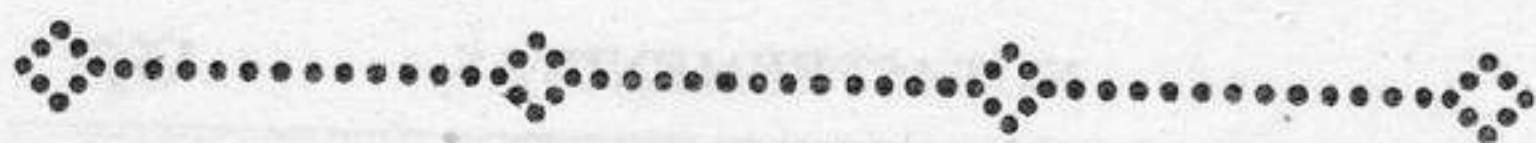
comprender vuestra abnegación, y llegarán a sentir más repulsión hacia la que ha sido generosa; no os concederán ni talento, ni belleza, ni nada; pero no os importe, amigas mías, despreciad esas miseriucas.

En un principio todo ello hace sufrir al alma noble y sensible; ¿cómo negarlo? pero sobreponeros a esas mezquinas pequeñeces y acudid al Médico Celestial, que posee el bálsamo más eficaz para curar toda clase de heridas...

¿Sabéis cuál es? ¡La oración! Eleve-
mos, pues, nuestro espíritu hacia ese Foco ce-
lestial y divino. ¡Al corazón de Jesús! Ca-
balmente nos encontramos en el mes consagra-
do a rendirle culto y adoración.

Refugiémonos en la llaga de su agosto
costado y presto saldremos de ese alcázar ine-
fable y preciosísimo, de esa saludable y bené-
fica piscina, completamente metamorfoseadas,
sintiendo amor y caridad compasiva hacia esos
desdichados, que utilizaron con ensañamiento
la negrura de sus almas, para combatirnos ar-
teramente.

Y, a la vez, demos gracias a nuestro Cria-
dor por habernos formado susceptibles de
perdonar generosamente a nuestros enemigos,
ejerciendo en la tierra una de las más sublimes
virtudes cristianas.



TAMBIÉN LOS NIÑOS SUFREN

Después del inmenso cúmulo de sangrientos horrores porque Europa atraviesa, y que son el pasto cotidiano que nos suministra la prensa toda, lo mismo la de España que la extranjera, supongo, amigas mías, que vuestros delicados y tiernos sentimientos no rehusarán un pequeño refrigerio que, aunque pueril y ñoño, ejerza en vuestro ánimo, agobiado por tanta desolación, el efecto de plácido sedante, centralizando las ideas que nos sugiere este caos aterrador que por doquier nos circunda de fatídicas visiones.

Voy a hablaros de los niños; de esa lindísima porción del género humano, tan sugestiva como encantadora.

Cuando veo algunas tardes en el Espolón esa pléyade de preciosos chiquillos reunidos en amoroso y poético haz, semejando un lindo ramillete de capullos de rosa, que juguetea y canta con sus vocecitas de cristal las típicas cantinelas infantiles, no puedo sustraerme a la atracción que ejercen sobre mí los niños, y

me detengo a contemplarlos, embelesada ante aquel cuadro lleno de poesía y suave luz, repitiendo *in mente*: ¡dichosa edad en que todo sonríe porque se desconocen las penas!

Y, sin embargo, esta general creencia me parece errónea; pues, como los pesares son patrimonio ineludible de la humanidad en este valle de amargura, abrigo la convicción de que todos probamos a diario el áspero y desabrido licor de los desengaños y pesadumbres, sin excluir a los rapazuelos.

Sí, queridas mías; aunque os parezca aventurado mi aserto, yo me atrevo a afirmar que también los corazoncitos infantiles son susceptibles de sufrir hondísimos pesares.

Claro que, como todo es relativo en este pícaro mundo, a ellos les parece horroroso lo que, por su escasa importancia, nos haría reír a nosotros; pero esto no obsta para que lo más baladí les acongoje mortalmente.

A través de los años recuerdo perfectamente (pues aun perdura la dolorosa impresión que me produjo) la víspera del día de mi entrada en el colegio.

Era yo muy chiquitina, pero asaz traviesa y voluntariosa; tanto, que mis padres determinaron ponerme a media pensión en un colegio. ¡Cielos santos, qué horroroso despertar el mío!

¡Qué día tan aciago el en que se me comunicó la fatal resolución! Hasta entonces, había vivido en el mejor de los mundos, siempre inventando diablescios y atrevidos entretenimientos...; mis deseos y aspiraciones, realizados con holgura..., y, en un momento, desbaratados, teniendo que someterme a una antipática reclusión...

De víspera, ya se dieron órdenes a la muchacha para que me despertase temprano, a fin de que asistiese a la pensión por primera vez. El sueño huyó de mis ojos toda la noche, que la pasé llorando y suspirando silenciosamente, por evitar la reprimenda y hasta una cachetina de los autores de mis días, que dormían cerca de mí; y cuando la criada me condujo a la *tenebrosa* reclusión (no me tachéis de hiperbólica, amigas mías,) os aseguro que experimenté tan honda aflicción, tan horrible congoja, que entonces me parecía sólo comparable a la que debe sentir el condenado a muerte cuando le llevan al patíbulo.

Lamento no saber expresar gráficamente lo que sufrí aquellos días; el colegio me parecía un *antro* horrible; la profesora, repulsiva, deforme y feísima; mis compañeras, desagradables; protesté ante mis padres de su crueldad para conmigo; lloré hasta ponerme afónica; hice

cuantas *mañas* poseía en el repertorio infantil; pero mis padres se mostraron inflexibles, y, por fin, mis energías se rindieron, dando paso a una depresión parecida al ensimismamiento, que me tuvo días y días sumida en la mayor tristeza.

Y después de lo que acabo de relatar, ¿habrá quien ponga en duda los sufrimientos de los pobres *pitusines*, decantando su completa felicidad?

Convengamos, pues, en que no es oro todo lo que reluce en la vida, y que si cada rapazuelo supiese expresar sus pesares, habría para llenar un extenso volumen; y en adelante, cuando contemplemos a esos bellos querubines, rubios y sonrosados o morenillos traviesos y graciosuelos, que nos subyugan con su inocente candor, no les juzguemos tan dichosos; la única diferencia que existe entre ellos y los demás, es que los sufrimientos en la niñez duran poco tiempo y son como nubes de verano, tormentosas, negruzcas y aterradoras; pero en breve se disipan, iluminándose el paisaje de nuevo con rosados reflejos, poéticos y bellísimos, coloreados engañosamente por el ansia de vivir.

cuando vamos a posar en el repertorio familiar
 pero esta palabra se usaba en contextos
 por las palabras se usaban dando paso
 a una especie de parábola al enunciamiento
 por me gusta y las cosas en la mayor
 tranquilidad o cuando en un momento
 y después de lo que se ha de volver, las
 por quien ponga en duda los sentimientos de
 los que se quieren, de manera que se complica
 la vida de los que se quieren en un momento
 de la vida, en que se es un todo
 lo que se está en la vida, y que se es un todo
 como se quiere expresar las palabras para
 hacer un examen y volver, y en adelante
 cuando se encuentran a esos seres que
 son seres y momentos o momentos que
 y gracias a los que nos ayudan con su
 este cambio, no los juzgamos tan buenos
 la vida de los que se quieren en la vida
 donde es que los sentimientos en la vida
 un poco de tiempo y con como much de ver
 momentos, y que se es un todo
 por eso se dispersan los sentimientos al pasar de
 uno a otro, y se es un todo y bello
 más, y se es un todo y bello
 de los que se quieren, y se es un todo y bello
 para los que se quieren de se es un todo y bello
 con los que se quieren de se es un todo y bello

UN IDILIO MÍSTICO

LA HISTORIA QUE PARECE CUENTO

CUENTOS Y LEYENDAS

CUENTOS Y LEYENDAS



UN IDILIO MÍSTICO

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Lo que voy a relataros, caras lectoras, es perfectamente histórico: he conocido a la protagonista, con quien me unía verdadera amistad...

Muy risueña se hallaba aquella mañana Purita Peláez, preciosa y picaresca morenilla, muellamente reclinada en una marquesita de su alegre y coquetón gabinete.

Todo le sonreía: sus veinte años, hermosura, posición, nombre distinguido; y para que nada le faltase, el entrañable cariño de sus padres y de su prometido Fernando Mendoza, capitán de artillería, por más señas.

Acababa de recibir una atenta invitación para dirigir un cotillón con su deudo Pepe Carvajal en un baile que se iba a verificar en breve.

Tan delicada atención fué aceptada con el beneplácito de sus *papás*, que la agradecieron muchísimo.

Lo que más preocupaba en aquellos mo-

mentos a la niña, era la elección acertada de su *toilette*, que había de lucir la noche del baile.

El rosa no sentaba bien a las morenas; el azul era bonito y favorecido; mas se había hecho tan vulgar... Una combinación de gasas malva veladas por otras de color marfil resultaría lindísima y elegante; pero nada más delicado que el traje blanco. Decididamente encargaría a su modisto uno de muselina de seda con incrustaciones de encaje de *Chantilly*. Eso sí, le recomendaría que el escote fuese moderadito; la garganta sólo al descubierto, porque educada por monjitas no consentía ella descotarse como sus amigas tan atrevidas... tan despreocupadas...

Su mamá, le dejaría el collar de perlas y broche de brillantes, y con su cabecita bien peinada, vamos, que no resultaría tan mal...

* * *

Las hijas de María de la pintoresca capital de Z. se disponían a comenzar los santos ejercicios espirituales: el padre Martínez era el encargado de darlos, y Purita Peláez frecuentaba casi a diario los sacramentos.

Uno de aquellos días anteriores al baile fué a confesarse con su director espiritual.

¿Vas a hacer los ejercicios?

Esta pregunta de su confesor la desconcertó; el cotillón y su traje de muselina con encajes *Chantilly* absorbían todas sus actividades, y no había pensado en tal cosa. Contestó con evasivas; pero el padre insistió diciéndole que como celadora de la asociación, estaba en el deber de dar ejemplo, no existiendo causas que se lo impidiesen.

¿Qué hacer? No tuvo más remedio que acceder, pero no desistió por eso de dirigir el cotillón, pues había tiempo para ambas cosas.

* * *

Brillantísimo aspecto ofrecía aquella noche el salón de fiestas del casino Z.

El baile estaba en su apogeo.

Las más lindas muchachas de la capital vestidas con primorosos trajes y artísticos tocados, se habían dado cita en él, constituyendo una nota característica de belleza y poesía indescriptible.

El cotillón había comenzado ya, y sus directores, por verdadero alarde, derrochaban el ingenio inventando multitud de originales figuras que tenían encantadas a las cuarenta parejas que tomaban parte.

Los regalos eran preciosos y de gusto ex-

quisito : figuritas de porcelana finísimas, abanicos pintados, sombrillas japonesas, caprichosísimos ensencieros, bandas de rica seda *pompadour*, y hasta *boas* de plumas y pieles.

En un ángulo de la sala, un grupo de *mamá*s, ya que no disfrutaban de los encantos de *Terpsícore*, se entretenían en charlar de lo lindo : oigámoslas, caras lectoras, pues nos interesa lo que dicen.

—Qué sorpresa dirigir el cotillón Carmencita Díaz en lugar de la Peláez.

—¿Es que está enferma Pura?

—¿Qué le pasa?—exclama una de ellas.

—No por cierto, bien tempranito la ví esta mañana en la iglesia.

—Se lo habrá prohibido su novio—agregó la primera.

No lo creo—dijo otra de las comentaristas—pues sería una ridiculez, y Mendoza tiene buen sentido para no incurrir en ella.

—Pues no me negarán ustedes que su falta de asistencia, en esta ocasión, resulta rarísima y hace sospechar cualquier cosa.

—Y ¿qué me dicen de la orgullosuela de Carmen Díaz prestándose a suplir faltas?

—Vamos que esto es muy extraño.

Por fin, una que permanecía callada rompió el silencio, y dijo :

—Ni Purita, a Dios gracias, tiene novedad en su salud, ni su novio le ha prohibido venir al baile, ni tampoco sus *papás*: precisamente ayer recibió su vestido para lucirlo esta noche, y, por cierto, yo lo ví y es una idealidad. Pero a pesar de todo ello, hace cuatro días celebraron los Peláez una entrevista con su pariente Pepe Carvajal, y Purita se negó rotundamente a asistir autorizándole para que buscara quien la hubiera de sustituir.

Calculen ustedes la contrariedad del muchacho ante este conflicto, pues no se le ocultaban las dificultades que ofrecía el caso.

Al verle su prima tan apurado, habló con su íntima amiga y no sé de qué medios se valdría; pero el hecho es, que consiguió que Carmen aceptase la dirección.

También se dice que Fernando Mendoza ha escrito muy apurado preguntando por su novia, pues no le contesta.

—¿Y todavía dudarán ustedes que hay otro novio *de por medio*?—dijo la más atrevida:—yo así lo creo y que ese es el que se ha opuesto a que venga.

* * *

Una hermosa mañana del mes de octubre, plácida y templada, las campanas del convento

Colegio de Z. volteaban alegremente, como en sus grandes fiestas: inusitado movimiento se notaba por los alrededores de la iglesia y una gran multitud de todas las clases sociales, predominando la alta, acudía al templo.

¿Qué sucedía? Una vieja comadre de las que nunca faltan en estos casos, explicaba el acontecimiento.

La preciosa y elegante Purita Peláez, el encanto de la buen sociedad, tomaba el hábito religioso aquella mañana.

El público se agolpaba a las rejas del coro bajo por donde había de aparecer nuestra heroína; todos los circunstantes expresaban en su actitud los diversos sentimientos.

Sus amigas llorábamos sin consuelo; sus admiradores (que eran muchos) se sentían conmovidos ante la grandiosidad del acto, el cual resultó emocionante: Al aparecer Purita en medio de una fila de religiosas con sus severos hábitos negros y velas encendidas, estaba bellísima; una aparición celestial: no se me olvidará jamás su recuerdo en aquel día.

Vestía el traje blanco de muselina de seda con incrustaciones de *chantilly*; un vaporoso velo la envolvía como una nube; y pequeños grupos de azahar salpicaban su diáfano vestido.

Para mejor desprenderse de todo lo humano

había querido que el vestido que encargó al modisto, llena de espíritu mundano para dirigir el cotillón, le sirviese en el acto de su toma de hábito.

Lectoras mías, no puedo expresaros lo que experimenté al ver a mi querida amiga vestida de monja, y cuando desapareció por aquella puerta que la separaba del mundo y de mí. Purita profesó dos años después, vive todavía y es una religiosa admirable por sus virtudes y talento.

* * *

¿Qué había motivado la metamorfosis de Purita?

No tengo que esforzarme mucho, caras lectoras, para explicarlo.

Comenzó los santos ejercicios bien ajena a los efectos que habían de producir en su alma las meditaciones de ese admirable libro de San Ignacio, escrito en la cueva de Manresa y dictado por la misma Reina de los Cielos, que tantas conversiones ha realizado.

¿Qué extraño os ha de parecer que mi amiga, espíritu delicado, saliese de ellos completamente transformada?

Hasta entonces había sido buena, pero a lo mundano; rezando por la mañana y frecuen-

tando por las noches los bailes y teatros, y aficionada a estas diversiones y satisfecha de sus triunfos sociales, hasta el punto de no oír la voz de Dios que la reservaba para él; y aunque sentía anhelos inexplicables que le hacían exclamar como a Salomón «todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu», no se dió cuenta hasta entonces de que el Señor le llamaba para sí.

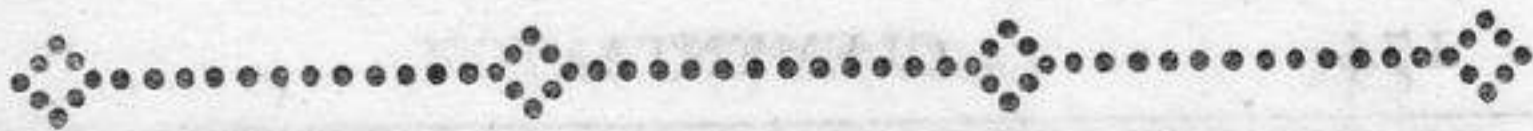
Mucho se esforzó el enemigo en robar a la gracia esta su hermosa conquista; pero en vano: nuestra heroína opuso una voluntad inquebrantable.

Su prometido, que la amaba mucho, celebró con ella una entrevista emocionante, desgarradora, tratando de disuadirla de su vocación por todos los medios.

El cariño de sus queridos padres influyó también poderosamente en su ánimo; pero su resolución fué irrevocable y por fin venció con la gracia de Dios todos los obstáculos.

* * *

Muchas veces he hablado con ella después de su profesión y me ha manifestado, que en el claustro consiguió la paz del corazón y saciar la sed que no podía satisfacer en medio de los falsos placeres del mundo.



LA VIRTUD RECOMPENSADA

(CUENTO HISTÓRICO)

Julieta se educaba en el Colegio francés de la calle de Las Tres Cruces, de la Villa y Corte.

Las buenas madres estaban encantadas de aquella linda muñeca de catorce años, por su perfecta aplicación y docilidad, unida a su discreción y claro talento, considerándola el modelo del colegio, lo mismo de las *medio-pensionistas*, a cuyas clases asistía, que de todas las educandas en general.

La precocidad de la niña, había decidido a sus profesoras a que cursase la carrera mercantil, pues su pobre madre tenía intención de colocarla de tenedora de libros en un comercio conocido.

Todas las tardes, una señora, joven todavía, y que donotaba haber poseído gran belleza, a juzgar por los rasgos finísimos de su fisonomía, aguardaba a Julieta a la salida de la pensión.

No había duda de que era su madre, por el gran parecido con la pequeña y las miradas de ternura que la dirigía : tanto la madre como

la hija, llevaban impreso en su semblante un no sé qué de amarga tristeza, que les prestaba interesante simpatía.

Vivían modesta, aunque decorosamente, en un pisito de la calle de la Abada; vestían con gusto, pero sin pretensiones lujosas; y la vida sencilla y cristiana que llevaban, les atraía la consideración de toda la vecindad.

Una tarde que, como de costumbre, esperaba a la niña, descubrió la madre al verla que había llorado y que algo anómalo le sucedía.

¿Qué tienes hijita? la preguntó: pero Julieta, esquivando la contestación, trataba de ocultar la verdad.

A fuerza de caricias y ruegos obtuvo la respuesta ahogada por desgarradores sollozos.

Las otras niñas del colegio hablaban de sus *papás*: unas decían eran magistrados o generales; otras, médicos o abogados; le preguntaron a ella qué profesión ejercía el suyo, y no pudo contestarles porque no lo sabía, ni lo había conocido... ¡qué pena tan grande, mamáita mía, decía llorando Julieta! ¡Háblame de él!, sería también muy bueno ¿verdad?

Algo muy hondo y muy triste debió recordar la madre que palideció de emoción.

Afortunadamente para ella, pasaban a la sazón por la iglesia del Carmen, y allí se re-

fugieron por ocultar su pena; y delante de la Vigen, entre lágrimas y oraciones, rogó a la niña que jamás volviera a hablarle de aquello hasta que fuese mayorcita, que le contaría una cosa muy triste que le hacía sufrir mucho.

* * *

Milagros Suárez era hija segunda de un honrado matrimonio, que vivía decorosamente con los productos rendidos por una fonda bastante acreditada que poseían en una capital de provincia.

La hermana mayor casó con un empleado, siguió a su marido y resultó tan olvidadiza de la familia, que no escribía a sus padres más que una vez al año.

A Milagros la educaron pésimamente, con sintiéndole todos sus caprichos vanidosos y un mimo exagerado: con esto, unido a su total falta de instrucción y carácter voluntarioso, llegó a los diez y ocho años, sin más ocupación que acicalarse y coquetear con sus pretendientes.

La mala fortuna hizo tropezar en su camino con un ser depravado, a pesar de ostentar dos títulos: uno nobiliario, pues era conde, y el profesional que ejercía como ingeniero de minas.

Engañada la cuitada vilmente, se vió en el deshonor y abandonada por el conde, que se casó con otra.

La vida costó a sus padres la afrenta, y sola quedó en el mundo la pobre víctima del desatentado devaneo; porque su hermana Carmen siempre lo ignoró todo, por no haber venido a cerrar los ojos a los autores de sus días.

Tan profundo desengaño y dramáticos sucesos hirieron cruelmente a la desgraciada muchacha; la cual se dedicó en absoluto a educar lo mejor posible a su Julieta, moral e intelectualmente, formándole el corazón sólidamente cristiano, por medio de la práctica de la virtud y de la verdadera piedad.

Y ya hemos visto que lo había conseguido a maravilla; la niña había resultado un encanto por todos conceptos.

* * *

Seis años han transcurrido desde que las dí a conocer a mis amables lectoras, hasta que volvemos a encontrarlas nuevamente en su aseado y lindo pisito, una fría y desapacible noche de diciembre.

Julieta se ha convertido en una bellísima muchacha de veinte años, de delicadas facciones, de blanco y sonrosado cutis; sus dorados

cabellos contrastan con sus ojos negros y expresivos; su elegancia innata presta singular encanto a su sencilla *toilette*.

La pobre madre ha envejecido prematuramente de un modo alarmante.

Los muchísimos sufrimientos físicos y morales la han acarreado una lesión cardíaca gravísima que mina su existencia rápidamente, y la ciencia se muestra impotente para salvarla.

¡Qué cuadro tan interesante ofrecen aquellos dos seres identificados por el cariño y la virtud!

Julieta es un ángel de abnegación y de bondad.

Se multiplican sus actividades para acudir al comercio, donde lleva la contabilidad; ella cuida y mimaba a la enferma, se ocupa de los trabajos domésticos, esmerándose en proporcionar a su madre el *confort* compatible con su penuria; y, por último, tampoco descuida sus deberes religiosos: ¡que Dios agradece más la breve oración del que sufre, que todos los cultos del dichoso!

En medio de su infortunio, el Señor, que compensa todo en la tierra, ha deparado a la pobre muchacha el cariño puro y desinteresado de Mauricio Durán, abogado distinguido e inteligente, que se prepara para la carrera

jurídica, y, una vez que obtenga plaza, ofrecerá a su prometida, ya que carece de nombre, el suyo honrado y digno.

Porque la madre no ha querido ocultar a Mauricio el origen bastardo de su hija, y él, con muy buen sentido, no hace responsable de la falta a Julieta; al contrario, se promete hacerla tan dichosa como merece.

Los pronósticos de la ciencia no tardaron en cumplirse, por desgracia; y una noche triste y glacial de aquel mismo invierno, confortada por los sacramentos y resignadísima con la voluntad Divina, dejó de existir la pobre víctima que había expiado su falta con una vida fervorosa y penitente.

* * *

Julieta experimentó un dolor cruel; su madre era todo para ella, y, al perderla, quedaba sola en el mundo.

Viéndose en tal infortunio, tuvo una feliz inspiración; escribir a su padre porque en sus últimos momentos, Milagros la enteró de su pasado, sin ocultarle nada de la horrible tragedia en que había sido protagonista.

Tan elocuentemente, con tal sublimidad describió Julieta su triste y desoladora orfandad, que aquel corazón duro, que no se había

conmovido ante las lágrimas y la deshonra de la madre, se rindió ante el inocente candor de la hija.

El buen señor, profundamente afectado, no encontró mejor solución que hacer una confesión de su vida a su esposa; y como ésta era buena y de gran corazón, compadecida de la huérfana en un arranque nobilísimo de generosidad que sobrepujaba a las esperanzas de su marido, se ofreció a servir de madre a la hija natural, y hasta acogerla en su casa: lo último no fué aceptado, por temor al «qué dirán».

Lo esencial consistía en encontrar una persona de ciertas condiciones que se hiciera cargo de la joven; pero, cabalmente, una señora amiga, acababa de perder en dos meses a su marido y a su única hija: esta coincidencia, tan extraña, les pareció de buen agüero, y recurrieron, con gran instancia, a la viuda, que aceptó con gusto el encargo, por encontrarse sola en el mundo; y a esta casa fué a parar nuestra simpática heroína.

* * *

Dadas las excepcionales condiciones que concurrían en la joven, no tardó en hacerse amar de doña Carmen, que así se llamaba la señora: en breve se estableció gran confianza

entre ambas y no había secretos entre ellas.

Un día de mutuas confidencias, mostró la niña a la protectora el retrato de su madre; y cuál no sería la sorpresa de Carmen al reconocer en él a su hermana Milagros; todavía dudaba de la realidad; pero los antecedentes de su familia la confirmaron plenamente.

Los designios inescrutables de la Providencia arreglaron las cosas mucho mejor de lo que los hombres podían prometerse.

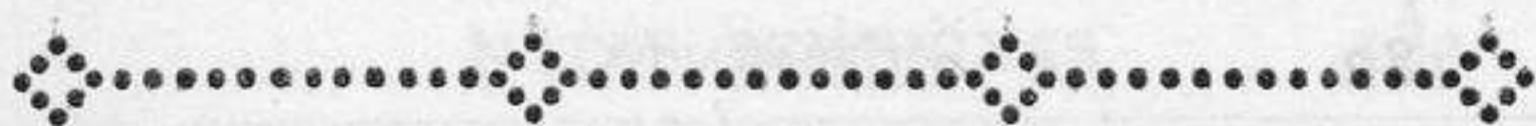
Por un cúmulo de circunstancias a cual más extraordinarias, Julieta fué a vivir con su única pariente, con la hermana de su madre, con aquella Carmen que siempre se mostró olvidadiza y retraída de todos los suyos.

* * *

Mauricio consiguió, por fin, plaza en las oposiciones, y cumpliendo caballeramente su palabra, casó con Julieta, haciéndola tan feliz como cabe en este valle de lágrimas, con la dicha relativa a que se había hecho acreedora por sus virtudes y abnegación filial.

* * *

Este cuento, que parece una ficción, es, sin embargo, rigurosamente histórico.



ABNEGACIÓN

(CUENTO QUE NO LO ES)

¡Esto es intolerable!

En un trimestre han gastado nuestros hermanos, según la cuenta que acaba de recibirse del apoderado, tres mil pesetas en matrículas, libros y extraordinarios. ¡Sobre todo en extraordinarios!

Agreguemos a ello los uniformes de Mariano, a su salida de la Academia, que suben un dineral, y dime, querido Pablo, si la modesta fortuna de nuestros padres pueden sufrir estos quebrantos.

Mamá ignora esta última factura, y temo enseñársela, pues va a disgustarse sobremanera.

¡Pobrecilla! bastante sufre con los múltiples reveses que le acongojan esta temporada.

Quien así se expresaba, era Margarita Latorre, lindísima muchacha de diez y nueve años, blanca y rubia como la flor que lleva su nombre.

Pablo, su hermano mayor, la había escu-

chado en silencio, asintiendo a sus palabras con gestos y ademanes.

Por fin, salió de su mutismo, exclamando : tienes razón, Margarita; nuestra madre debe ignorar, a todo trance, los exagerados gastos de esos mal aconsejados muchachos. Yo les escribiré los sacrificios que tenemos que imponernos para pagar sus despilfarros; les contaré los prodigios de economía doméstica que llevas a cabo tú, ¡bondadosa y digna criatura!, todo por ellos, y veremos si consigo que refrenen sus demasías.

¿Cómo pagar el trimestre? murmuraba la joven.

No te apures, dijo Pablo; he cobrado unas consultas de gente rica, y con mis economías podré abonar, gracias a Dios, esa cuenta.

Margarita y Pablo eran el consuelo de sus padres; la antítesis moral de los otros hijos, calaveras, desaplicados y viciosos.

Habían comenzado sus carreras hacía muchos años, y siempre estaban al principio; profetizando sus maestros que jamás las terminarían. El militar era la única excepción entre los tres pequeños, pues pocos días antes había alcanzado las estrellas de Teniente, no sin abrir enorme brecha en la fortuna paterna, por ser un jugador impenitente.

Los padres sufrían lo indecible, y, tal vez por esta causa, don Benito Latorre, médico distinguidísimo, se encontraba enfermo e imposibilitado para ejercer la profesión hacía algún tiempo. Gracias a que su excelente hijo Pablo, también Doctor en Medicina, sustituía al autor de sus días, profesionalmente, entregando con puntualidad cuanto ganaba.

Una tarde del mes de enero, la señora viuda de Morales recibía a sus íntimas en suntuoso gabinete, estilo Imperio.

La primera visita que apareció fué la de Margarita Latorre. Venía elegantemente ataviada con traje de paño obscuro de irreprochable corte inglés y sombrero de flexible fieltro, recogido en un lado, sin más adorno que un graciosísimo lazo.

Los cinco años pasados, desde que la conocimos, lejos de restarle atractivos, se los habían aumentado.

Fué recibida por la señora de la casa afectuosísimamente, y, tras los saludos y cumplidos de rigor, entablaron cariñosa conversación.

En lo más animado de ésta, la de Morales preguntó a Margarita. ¿Es cierto que te casas?

Como no tenemos secretos para usted, res-

pondió la joven, me ha encargado mamá le comunique, aunque en reserva, que ha pedido mi mano el Registrador de la Propiedad, Enrique Sandoval, que, como usted sabe, es persona de recomendables prendas.

La noticia causó inmensa alegría en la distinguida dama, que amaba a la joven como a una hija.

¿Y cómo no? Margarita, por su sólida virtud, por su abnegación filial y condiciones de carácter, era digna del aprecio de cuantos la conocían, y merecedora de los más ventajosos partidos.

Con estas cualidades y las sesenta mil pesetas de dote que su abuelito le había legado, se hallaba en disposición de labrar la felicidad del más exigente.

Me parece muy bien, replicó la señora. Ya era hora que tu buena madre experimentara alguna satisfacción entre tantos sinsabores como le proporcionan tus hermanos y la triste situación de tu excelente padre, desahuciado en su enfermedad.

Cierto, que tu separación le entristecerá; pero tu dicha lo exige y se resignará gustosa.

Margarita suspiró, pues tampoco a ella le satisfacía nada, teniendo que abandonar a sus padres.

Su director espiritual y Pablo le aconsejaban aceptase la mano de su prometido, que poseía sentimientos cristianos, caballerosidad, recto criterio, y la amaba entrañablemente.

¿Cómo rechazarle?

La llegada de nuevas visitas dejaron en suspenso las confidencias.

* * *

Tristísimos acontecimientos se han sucedido en el transcurso de algunos meses. El bondadoso padre de nuestra heroína dejó de existir, y, por tan justificado motivo, la boda de Margarita había tenido que suspenderse.

En el momento que volvemos a encontrarla, se halla como la primera vez que la presenté a mis lectoras, en compañía de su hermano Pablo: los dos jóvenes son presa de desgarradora emoción: ella llora sin consuelo, estrujando nerviosamente una carta que acaba de recibir de Melilla.

La misiva en cuestión es del Capellán del Regimiento a que su hermano pertenece como Capitán cajero. Las noticias que les comunica no pueden ser más aterradoras: el sacerdote, a vuelta de muchos rodeos, manifiesta que Mariano, aunque arrepentido de su locura, se halla gravísimamente comprometido, por haber

perdido en el juego cincuenta y ocho mil pesetas, y suplica con vivo interés, en nombre del desdichado, le salven a toda costa (antes de que se aperciban sus jefes) del deshonor y la prisión.

Anonadados, perplejos, los pobres muchachos, ante esta catástrofe, no saben qué partido tomar.

Su aflicción es indescriptible. ¿De quién echar mano para resolver situación tan apurada?

Enterar a su madre sería matarla. ¡Dios nos inspirará! dice con acento profético Margarita : confiemos en Él.

Después de una noche de insomnio y angustias mortales, nuestra simpática joven sale de casa a primera hora de la mañana.

¿A dónde va tan presurosa? A recibir el pan de los ángeles, que infunde fortaleza a los débiles y conforta a los atribulados : allí, después de tener a Jesús en su corazón, concibe un pensamiento heroico, sublime.

A las pocas horas, Margarita, con el rostro demudado por el pesar y la horrible lucha que acaba de sostener en su espíritu, y sin que nadie se entere de su contenido, deposita en el correo dos cartas certificadas : una contiene en valores del Estado cincuenta y ocho mil pe-

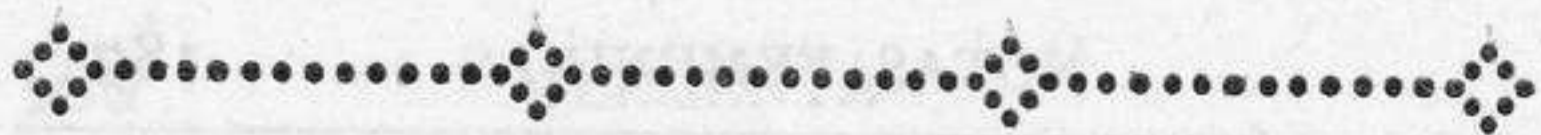
setas, es decir, su propio dote, y va dirigida a su hermano; la otra es para su prometido, rompiendo las relaciones irrevocablemente, y perdiendo con ello lo que la sociedad estimaba felicidad de toda la vida.

Y a fin de salvar la de su madre, la honra de su familia y conseguir acaso la regeneración de su hermano, oculta a todos el inmenso sacrificio que acaba de realizar.

Sólo Pablo lo conoce, pero cuando ya no tiene remedio.

* * *

Margarita no se casó, consagrándose al servicio de Dios, en el seno de la familia, endulzando la vejez de su anciana madre y practicando obras de misericordia; pero tuvo la gran compensación de ver regenerado a su hermano Mariano, que fué toda su vida un perfecto caballero cristiano, viviendo sólo para sostén y apoyo de su bienhechora y el guía de todos sus hermanos, a quienes colocó en empresas que acometió con fortuna, alcanzando en ellas pingües ganancias.



« PIRRIRRI »

(CUENTO DE NAVIDAD)

¡Pobre « Pirrirri »!

Todavía sonaban en sus oídos las fatídicas amenazas de la tía « Pañota » : « quita day, so arrastrao, holgazanote; vete a pedir limosna, que esta noche es Navidad; cuidiau con zanganear ni quedarte dormido en las iglesias, como acostumbra; si no me traes dos pesetas, lo menos, no te daré de cenar, y dormirás en el arroyo ».

El infeliz niño tiritaba de miedo y de frío, pues sabía por experiencia que aquella harpía era capaz de cumplir lo prometido.

La Noche Buena se preparaba desapacible, glacial; espeso manto de nieve blanqueaba las calles y asientos de plazas y paseos.

A pesar del intensísimo frío, una animación inusitada notábase en lo más céntrico de la capital de España.

Al anochecer, las grandes vías estaban animadísimas : multitud de personas de todas clases y sexos circulaban con dificultad por la excesiva concurrencia : demandaderos, llevan-

do presentes de un lado a otro; lacayos de grandes casas, con cestas surtidas donde se veía desde el delicado faisán hasta las frutas tropicales y las más deliciosas golosinas; sesudos *papás*, portadores de interesantes baterías de figuritas de nacimiento; distinguidas señoras, llevando de la mano a sus pequeñuelos, cargados de envoltorios voluminosos, todos parecían rebosando alegría y bienestar.

«Pirrirri» había alargado su escuálida manita por centésima vez a los transeuntes con la acostumbrada petición, *una limosnita por amor de Dios*, y nadie había socorrido al infeliz niño.

En pleno siglo XX, se estaba reproduciendo la escena de Belén, cuando el santo matrimonio de Nazaret iba, de puerta en puerta, demandando albergue, y nadie se prestó a dar alojamiento al Niño Dios.

El infortunado rapazuelo, acosado por el hambre y el frío, se refugió, huyendo de la nieve, en el dintel de un lujoso portalón.

* * *

José María López, conocido por «Pirrirri» (extraño diminutivo que le impuso el amor maternal), era un ser endeble y raquítico; su miseria social había engendrado la fisiológica;

tenía siete años cumplidos, y no representaba más de cuatro.

Hijo de honrados trabajadores, quedó huérfano y solo, pues sus padres murieron en pocos días. La vecina, tía «Pañota», perversa y viciosa criatura, se prestó espontáneamente a prohijarle; este rasgo, al parecer, noble, reconocía como causa el más refinado egoísmo; mendiga profesional, se proponía la explotación del pequeño para vivir a su costa, y ya hemos visto en qué forma lo había logrado.

La madre de «Pirrirri», había sido cristiana modelo, inspirando a su hijo tierna devoción al Niño Jesús, y no pasaba día sin que al levantarse y acostarse dejara de recitar la conocida e inocente plegaria,

«Jesusito de mi vida,
eres niño como yo;
por eso te quiero tanto
y te doy mi corazón»

* * *

La noche de nuestro relato, el pobrecito huérfano recordaba más que nunca al Niño de Belén, echando de menos el regazo maternal y suave calor del hogar; este recuerdo le hacía derramar amargas lágrimas.

Como las penas duran poco en los corazones infantiles, el sueño cerró los párpados del angelito, que, apoyado en la puerta, se durmió profundamente.

«Pirrirri» soñó cosas muy bellas; vió a su madre sonriente y él le contaba que tía «Pañota» era muy mala; que le pegaba mucho y no le daba de comer; que tenía hambre y mucho frío: la aparecida llamó entonces al Niño Jesús y le refirió todo lo que a «Pirrirri» acontecía; en seguida el Divino Infante, ordenó a los Angeles que le trajeran una cesta de riquísimas golosinas; ¡todo lo que el infeliz vió en los colmados y confiterías!

El niño sació su hambre y creyó sentir que un delicioso calor templaba su atérido cuerpecito, experimentando bienestar indecible.

De este sueño encantador le despertó una fuerte sacudida y una voz desagradable diciendo: «fuera de aquí, so golfo; ésta no es cama de vagos»: era el portero de la mansión señorial, refugio del pobre desheredado: como el estupor le privase de movimiento, el *cancerbero*, indignado, le empujó brutalmente con tanta grosería como poca caridad.

El niño lloraba tan sin consuelo, que llamó la atención de una distinguida señora que acababa de dejar un lujoso caruaje y con-

ducía a un pequeñuelo, bello como un serafín, y ataviado con elegante sencillez.

—¡Mamá, ¿por qué llora ese pobrecito?, interrogó el niño del carruaje; mírale, va casi desnudito y tiene mucho frío.

¡Tomás! ¿por qué le riñes? insistía el precioso interpelante.

La señora llamó a «Pirrirri» con cariño y preguntóle la causa de su llanto.

El afligido, con una explosión de dolor y entrecortadas palabras, contestó que tenía frío y hambre; que tía «Pañota» le pegaría y echaría al arroyo, porque no le llevaba dinero de las limosnas que nadie le había dado; que él no tenía padres; en fin, con tan elocuente sencillez pintó el drama de su miseria, que conmovió a los oyentes.

Luisito quería darle su gabán y sus juguetes todos; además, instaba a su mamá, muy apenado, que no despidiese a aquel pobrecillo, que debía ser el Niño Jesús, que aquella noche venía a la tierra, según ella muchas veces le había contado.

Ante el cristiano y simpático ruego de su hijo, la dama, que era tan piadosa como aristocrática, y se esforzaba en educarle con el mayor esmero, tomó al mendigo de la mano y, con los dos pequeños, atravesó el gran-

dioso vestíbulo penetrando en la solariega mansión.

* * *

La baronesa viuda de Torrejón, dueña del suntuoso palacio teatro de las escenas relatadas, era abuela de Luisito.

Aquella Noche Buena, la anciana señora había organizado una fiesta infantil para obsequiar a su nietecito y amigos con regalos, dulces y solemne *Misa del Gallo* en el oratorio de su palacio.

El magnífico salón de recepciones estaba deslumbrador; la dama recibía con exquisita distinción a sus íntimos, que acudían acompañados de los chiquitines.

Cuando la animación llegaba a su apogeo, sorprendió a los invitados la aparición de la mamá de Luisito con éste y el demacrado «Pirrirri».

¿Quién es ese niño?, preguntó la baronesa, procurando dar explicación a sus asombradas amigas.

La recién llegada describió gráfica y sencillamente lo sucedido, y mil plácemes salieron de todos los labios, ensalzando aquella hermosa obra.

El inesperado *huésped* fué obsequiado a

porfía por todos, resultando el héroe de la noche.

El infeliz se restregaba los ojos, creyendo que todavía le duraba el sueño de primera hora, y nadie le quitaba la idea de que Luisito era el Niño Dios.

* * *

«Pirrirri» pasó la velada en el palacio de la de Torrejón, y cuando al otro día un lacayo galoneado le condujo a su inmundo tugurio con *expresivo encargo* de su señora para que la tía «Pañota» no le castigase, se encontraron a las vecinas ante el cadáver de la vieja, que había secumbido víctima de un ataque de alcoholismo.

La baronesa, al saberlo, se hizo cargo del huérfano, ingresándolo en un asilo benéfico, en donde se le enseñó un oficio honrado, como lo tuvo su padre.

* * *

Lindísimos rapaces que disfrutáis de la abundancia y del más refinado *comfort*; la historia de «Pirrirri» es muy frecuente; existen, desgraciadamente, en todos los grandes centros de población, millares de niños infortunados,

que carecen de ropas, de calor, de golosinas; más aún, que tienen hambre.

El Niño Dios os demanda caridad para estos seres: privados de lo superfluo, por ellos, y contribuiréis a la más hermosa y sublime obra social, protegiendo a la infancia desvalida.





« COMO SE TRIUNFA »

—¿ Con que estás decidida a casarte con Mauricio Quirós ?,—dijo con tono enfático Carmen;—pues, mira, Leonor, tú eres de más talento y más reflexiva que yo; pero si te he de hablar con el corazón, ese muchacho es guapo y hombre de mundo, pero tiene un no sé qué desagradable, y creo no ha de hacerte feliz.

Leonor se hechó a reir, y exclamó : te desconozco, encantadora loquilla; si las Madres de nuestro colegio te hubiesen escuchado en estos momentos, a fe no hubiesen juzgado de tan superficial a la linda Carmen Ponce : así me gustas, hablando con tanta discreción como seriedad; pero dime tú, picarilla, ¿ es verdad que pronto vas a ser señora de Alberto Núñez ?, porque todos lo aseguran, y tú bien callado te lo tienes.

—No es verdad más que la mitad, — contestó la aludida,—o sea que Alberto me hace la corte; y como a mí me gusta el chico y a mi familia también, yo le correspondo, y en cuan

to se declare ¡ zás ! a la vicaría; ¡ porque yo estoy loquita por él !

—Calla, torbellino, eres incorregible,—dijo Leonor, y añadió : — ya que tú me has dado tu autorizada opinión referente al juicio que te merece mi prometido, ahora, favor por favor, voy, a mi vez a decirte cuatro palabras respecto de tu pretendiente.

Alberto es un buen muchacho, listo, de brillante carrera y buen porvenir; pero tiene, el defecto de ser algo ligero de carácter y un poco de indiferentismo religioso; si no fuera por esos dos lunares, lo estimaría perfecto.

—Pues mira,—contestó Carmen;—para mí no implican nada, pues ya sabes tú muy bien que la iglesia no se me caerá encima, y en cuanto a lo de ligero, me alegro, pues así no podrá motejarme que soy informal; a mí, con que me deje patinar, jugar al *tennis*, guiar el carruaje y lucir bonitos vestidos y sombreros, lo demás poco me importa.

Así discurría la pobrecilla, y ésta era la idea que tenía formada del matrimonio.

* * *

Las dos amigas resultaban completamente antitéticas, tanto en lo moral como en lo físico :

mientras Leonor Martos era feílla y de bajita e insignificante figura, Carmen Ponce poseía tan exquisita belleza, como distinción en su esbelta silueta; la primera vestía siempre con trajes sencillos y elegantes, pero sin la menor coquetería; la segunda era fanática por la *dernier*, y las modas más exageradas y exóticas la entusiasmaban: educada e instruída con un barniz de conocimientos superficiales y frívolos, sin noción siquiera de los deberes religiosos, su imaginación corría parejas con la educación, pues la madre se había encargado de borrar de su corazón lo que le inculcaron las monjitas durante la infancia.

Era, pues, un bello pájaro incapaz de nada serio; pero muy a propósito para lucir sus brillantes alas en un salón o en los campos deportivos, a que tenía grandes aficiones.

La madre de Leonor, por el contrario, piadosa y discreta señora, educó a su hija, lo primero, sólidamente cristiana, y reconociendo en la joven más talento que imaginación, la hizo estudiar idiomas, ciencias y literatura, conocimientos práctico-domésticos, y hasta algo de sociología; y como las condiciones intelectuales de Leonor se prestaban maravillosamente a estas materias, resultó una discípula aventajadísima, que no brillaría cual astro de

primera magnitud en sociedad, pero, en cambio, hacía concebir las más halagüeñas esperanzas de ser un tesoro para el hogar.

La señorita de Martos había tenido varios pretendientes, atraídos, no tanto por su magnífico dote como por las relevantes prendas y prestigio de sus virtudes; mas ella no les correspondía por estar muy interesada, como sabemos, por Mauricio Quirós.

Este muchacho era un enigma moral; ostensiblemente, resultaba inmejorable; más aún, su conducta parecía irreprochable; y, sin embargo, había quien aseguraba que no era oro todo lo que relucía.

Los padres de Leonor atribuían estas hablillas a algún despechado, y al ver la predilección de su hija por él, accedieron gustosos a que se casasen; y, efectivamente, un año después, con intervalo de unos meses, se celebraron las bodas de las dos amigas, bajo los mejores auspicios: Carmen con Alberto, y Leonor con Mauricio.

* * *

—Noticia sensacional,—dijo Paco Sana-
drián, entrando en el salón cuando más anima-

da se encontraba la reunión del señor magistrado, López Salazar.

—¿Qué es ello?—dijeron todos a una voz.

—Carmen Ponce se ha separado judicialmente de su marido, y ha salido en el rápido para Barcelona, donde piensa fijar su residencia con su madre y sus dos niños.

La noticia causó general sorpresa en los concurrentes, a excepción de algunos que ya estaban apercebidos.

—Para mí,—dijo una joven recién casada (por cierto bastante maldiciente),—no es nueva la noticia; ya sabía que ese matrimonio estaba desquiciado: Carmen, con sus escandalosos despilfarros, ha contraído deudas de bastante consideración; su madre contribuía, por otra parte, con su mal carácter y desacertados consejos, a que el matrimonio se tirase los trastos a la cabeza con frecuencia; allí no había ni orden ni concierto; ella, haciéndose la *duquesa*, encontrándose en todas partes, menos en su casa; el marido, por otro lado, desde que se lanzó a los *mitins* de librepensadores, ni trabajaba, ni hacía nada práctico; hasta que, por fin, ha cometido la última calaverada... y cuando su suegra o su *enemigo capital* se ha enterado... se lo ha *espetado* a Carmen y aquello era un infierno, hasta que se han separado.

—Y lo peor del caso, —añadió una señora de edad,—es que Carmen está gravísima, pues, según me ha dicho mi médico, padece una tuberculosis bastante avanzada, y estos disgustos le ocasionarán pronto la muerte. ¡Qué drama, Dios mío! ¡lástima de muchacha!

—La madre tiene contraída una gravísima responsabilidad,—agregó un caballero:—sin gran posición educó a su hija para el salón e inútil para el hogar, y hé ahí las consecuencias; no podía hacer feliz a su marido!

Hay que desengañarse,—insistía el buen señor;—en la perfecta educación está comprendida la religiosidad, la economía doméstica, conocimientos prácticos, y todo esto, reunido, constituye la felicidad conyugal, de la que se deriva la paz del matrimonio.

—Señor de Galbán,—dijo una picaresca jamaona,—¿y qué tanto de culpa le reserva usted al marido?, porque la conducta de Nuñez no es muy recomendable que digamos.

—Al marido no le abono nada en la cuenta,—contestó con sorna el caballero;—pero mi opinión es que la esposa hace al marido y salva la casa por mucho que se tambalee.

Y si no, ahí tienen ustedes a Leonor Martos, por cierto íntima amiga de la Ponce; su marido no puede ser peor ni más vicioso; la

víctima no lo ignora y ¡cuidado que ello es triste para una mujer de mérito! Pues ya conocen ustedes con qué sublime abnegación soporta las infidelidades de su esposo; pero se ha consagrado a reconquistarle, a salvarle, y confía, con la ayuda de Dios, en conseguirlo. Su labor es penosa y, sobre todo, lenta, tan lenta cual la gota de agua que, poco a poco, horada la roca; mas, al fin, triunfará, no lo duden ustedes.

—Sí, cuando a Quirós no le quede ni un átomo de juventud, ni de ilusión, ni de dinero que gastar—replicó la jamona.

* * *

Una memorable y poética mañana del mes de mayo, Leonor se encontraba en el templo, en donde iba a hacer la primera comunión su primogénito.

El niño parecía un serafín; su purísima almita irradiaba fulgores que iluminaban sus preciosas facciones; la madre lloraba emocionada al considerar lo infructuoso de sus repetidas súplicas y ruegos para que Mauricio les acompañara, en el solemne y sublime acto de recibir a Dios; en vano insistió una y otra vez; la resis-

tencia del padre fué inquebrantable, y no quiso acceder a presenciar la ceremonia.

—Hijo mío, Carlitos querido; mamá está muy triste; papá se aleja de nosotros cada vez más,—decía Leonor a su pequeño.—Jesús no te puede negar hoy nada de lo que le pidas; cuando le tengas en tu corazón y le estreches con inefable abrazo, pídele, con lágrimas como las que yo derramo ahora, que papá sea nuestro, que vuelva a Dios y a nosotros.

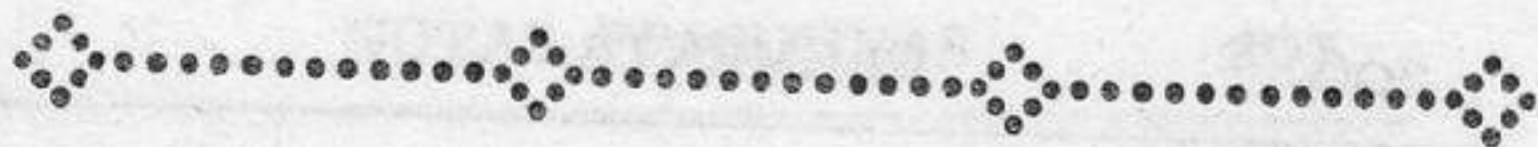
El niño, que parecía transfigurado y como compenetrado con los anhelos de su madre, dijo vivamente: ya se lo diré a Jesús, y Él nos lo traerá en seguida.

Inefable satisfacción experimentó Leonor al volver con su hijo de recibir a Cristo y ver a Mauricio en un ángulo del templo, pálido, demudado. Y cuando, después de dar gracias al Señor, envió la madre a Carlitos para que besase la mano de su papá, el corazón de Leonor palpitó de júbilo al oír que con la voz entrecortada por los sollozos, decía su esposo: hijo mío, tú a mí, no... yo a ti... yo a ti...

Tan conmovedora escena la interrumpió el niño, exclamando: ¿no vienes con nosotros, papaíto? Pero Mauricio, dirigiéndose a su esposa, le dijo: yo me quedo en la iglesia para dejar al hombre viejo y que renazca el nuevo;

y cuando me revista con la gracia de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, seré digno de que bese mi mano este ángel y de abrazarte a ti, magnánima mujer, a quien tan infeliz he hecho.





EN LA NOCHE DE DIFUNTOS

Junto al hogar, en donde chisporrotea alegremente abundantísimo fuego, se hallan, al amor de la lumbre, tío « Carabina » y tía « Miajica », ambos de avanzada edad, y cónyuges, por más señas.

La campana de la iglesia con su fúnebre tañido, tocando a muerto, les recuerda incesantemente a sus queridos difuntos. Es la noche de ánimas, para los pobres viejos de recuerdos tan tristes y desoladores, como la muerte de sus ilusiones y el agotamiento de sus energías.

—Recemos, esposo mío, dice la tía « Miajica », mirando al Cielo, por nuestros inolvidables difuntos.

—¿Quién lo hará por nosotros ¡pobrecitos! cuando estemos, como ellos, debajo de la tierra, si no tenemos a nadie en el mundo? replica tristemente el tío « Carabina ».

Una lágrima asoma a los cansados ojos de la anciana, que exclama: Dios tendrá misericordia, porque aquellos hijitos nuestros que

murieron sin perder la inocencia, rogarán por sus padres, y, no lo dudes, el Señor nos acogerá en su seno, pues, aunque pecadores, hemos acatado con cristiana resignación las duras pruebas a que nos ha sometido en esta vida.

Grandes han sido nuestros infortunios y tribulaciones, contesta el tío « Carabina » : ¿te acuerdas de nuestro buen Antón? hoy hace tres años nos lo trajeron, en noche como ésta, vilmente asesinado por mano infame, que Dios confunda... y que no se ha sabido de quién fué; si yo le conociera... viejo y tal como estoy, aun vengaría a mi Antón... ¡el mejor y más tierno de los hijos! no respondo todavía de mí, si encontrase al matador... murmuró con furor el agraviado padre.

—Calla, y no reanimes tu rencor en esta noche, que es propia y exclusivamente para orar; ¿cómo quieres que nos perdone Dios, si nosotros no perdonamos a nuestro enemigo? dijo con sublime acento tía « Miajica ».

Un fuerte aldabonazo, que sonó en la puerta, interrumpió el diálogo del anciano matrimonio.

¿Quién llamará a estas horas en noche como ésta? preguntó con lúgubre acento tío « Carabina ».

Abre, dijo la esposa, y sabrás quién llama,

porque en nuestra casa jamás se negó la entrada ni el albergue a ningún caminante.

Tío «Carabina» se dirigió a la puerta para cumplir el mandato, facilitando la entrada al que llamaba.

El huracán silbaba con furor, y en confuso torbellino arrastraba inmensa nube de polvo y hojas secas. Al escaso y rojizo resplandor que proyectaba la linterna del dueño de la casa, se destacó un hombre, de siniestra catadura, y, detrás de él, una mujer con un niño en los brazos.

—Vamos de camino, dijo con voz ronca el desconocido, y en noche de ánimas mi mujer tiene miedo a los fantasmas... Yo me río de ellos..., añadió con sonrisa diabólica el viandante; pero se obstina en no seguir la marcha, y no tengo más remedio que ceder; ¿nos acogeréis por esta noche en vuestra casa?

—Entrad sin temor, dijo tía «Miajica» desde dentro; porque, aunque no somos ricos, no negamos hospitalidad a quien la demanda.

Los caminantes penetraron en la cocina; los dos eran jóvenes y vestían decentemente: la mujer, que hasta entonces había permanecido callada, dió las gracias dulcemente a los viejecillos: su fisomía agraciada, inspiraba confianza y afecto; mas, mirándola detenidamente,

se descubría que en el fondo de su alma ocultaba algo sombrío y misterioso.

El niño despertó en aquel momento, descubriendo su linda carita acariciada por rubios y ensortijados cabellos: desde luego cautivó con su belleza y charla encantadora a los dueños de la casa, logrando, también por breves momentos, disipar del rostro de su madre la sombra melancólica que la cubría.

Tía «Miajica», desmintiendo su extraño y singular diminutivo, partió generosa con sus huéspedes la frugal colación, y después de cenar los invitó a rezar el rosario por las animas del Purgatorio en general, y en particular por su hijo, asesinado tres años hacía, en aciaga noche para ellos.

El fatídico y siniestro personaje, se indignó ante tal proposición, y con mefistofélica sonrisa, replicó: yo no practico esas monsergas y paparruchas ridículas.

El tío «Carabina», varón creyente y piadoso, escandalizado de la grosería del viajero, le increpó duramente, y, con tal motivo, se suscitó entre los dos un desagradable incidente: la pobre esposa lloraba en silencio, y el niño, al ver a su madre, comenzó también a afligirse.

Tía «Miajica», con su discreta intervención, apaciguó los ánimos; el caminante se refugió

en su cuarto, y la infeliz esposa acompañó a los ancianos a rezar el rosario y preces por los difuntos con gran fervor.

Poco tiempo después se retiró la viajera a descansar, y más tarde lo hicieron también los viejos, los cuales, preocupados del misterioso caminante, se arrepentían de haberle albergado y no acertaban a conciliar el sueño, desvelados por vagos presentimientos.

Ya muy entrada la noche oyeron, aunque ahogados, desgarradores sollozos que procedían de la viajera, advirtiéndole que el marido, entre horribles blasfemias, y con voz que parecía un silbido, se increpaba duramente por haber accedido a los ruegos de no seguir la marcha.

Tu miedo estúpido, decía, me ha hecho meterme en la boca del lobo; esos viejos me recuerdan a Antón... esta noche hace tres años que sucumbió víctima de mis celos... el demonio me ha hecho refugiarme a mí, su asesino, en la casa de estos malditos, que si no son sus padres lo parecen.

A los infelices ancianos, paralizados por el terror, les parecía una cruel pesadilla cuanto estaban escuchando, y frotábanse los ojos creyendo que soñaban : bien pronto pudieron convencerse de que todo era realidad, pues el

hombre siniestro abrió con furor la puerta de su cuarto, y árrastrando brutalmente a la mujer, decía : huyamos de esta fatídica casa y de ese espectro ensangrentado que me persigue encarnizadamente; de la sombra vengadora del aborrecido Antón, que esta noche demanda justicia.

La infeliz esposa, horrorizada de tal confesión, negábase obstinadamente a seguirle; pero él, descargando sobre la desdichada su bastón, la derribó dejándola sin sentido; al verla herida salió precipitadamente.

* * *

Los padres del malogrado Antón prestaron cariñosos auxilios a la pobre mujer; y a la mañana siguiente, apareció en el vecino bosque el cadáver del aleve criminal, completamente desfigurado el rostro por horrible contracción de terror.

Cuando la viuda estuvo en disposición de partir, tía «Miajica» concibió un pensamiento magnánimo y generoso; perdonó a la que fué causa ocasional del asesinato de Antón; más aún, prohijó a su pequeño y no les dejó marchar nunca de su casa, legándoles, al morir, su modesto patrimonio.

El tío «Carabina» a pesar de sus proyectos

de venganza, amó al huerfanito como si fuese su nieto; y hasta mandó celebrar sufragios por el alma del matador de su hijo idolatrado.

Este ejemplo sublime de perdonar en esa forma a sus enemigos, es patrimonio exclusivo de los que practican la religión de Cristo, tal como nos la vino a enseñar Nuestro Divino Redentor.





NOCHE-BUENA DE MANOLÍN

A vosotros, mis lindos *pitusos*, dedico este cuento, pues sois el objeto de mi especial predilección. Los niños son mi encanto, tanto los bellos y bien vestidos como los desheredados de fortuna y gracias personales. Pequeñitos de todo, no opondréis reparos a mi insignificante ofrenda; aceptadla, pues envueltos en ella van muchos, muchísimos besos para todos.

* * *

Cuatro meses hacía que Manolín, niño precoz y travieso, no dormía, pensando en el precioso *Nacimiento* que tía *Lucky*, su madrina de pila, le había prometido enviarle desde París.

La dama derrochaba elocuencia en todas sus cartas, describiendo al simpático sobrinito las preciosidades de que constaba el regalo. Las figuras eran muchas y primorosamente artísticas; la *Sagrada Familia*, una idealidad; las cascadas, bosques, arroyuelos y grutas resultaban encantadores; en una palabra, el in-

genio humano y la industria moderna, podían estar satisfechos de haber concebido y realizado cosas tan admirablemente bellas.

Calculad, monísimos lectores, la impaciencia con que Manolín aguardaría el envío prometido: los días se le hacían siglos interminables; su mamá no podía contener la natural impetuosidad del rapaz, que se ponía impertinente y pesado a fuerza de preguntar cuándo llegaría la importante mercancía.

Por fin, un día se calmó su ansiedad al recibir el suspirado talón del ferrocarril para recoger el interesante obsequio.

No exageraba, no, tía *Luchy*; efectivamente, el *Nacimiento* era una preciosidad, y, a medida que del inmenso cajón iban saliendo los artefactos y figuras, la sorpresa y admiración crecían en las personas mayores. ¿Cuál no sería el entusiasmo de Manolín, que creía soñar, contemplando tales monadas?

La madrina habíase gastado un capital, pero, en cambio, la importantísima adquisición bien merecía la pena de tal derroche.

* * *

La solemne inauguración del artístico *Belen* tendría lugar en Noche Buena, y hasta esa

fecha nadie lo vería, pues se pensaba celebrar dos grandiosos acontecimientos: el del nacimiento del Mesías, fiesta siempre nueva y deleitosa, y el cumpleaños del protagonista. Habría *Misa del Gallo* en la capilla de la casa, y, a continuación, desfilaría el pueblo entero, sin distinción de clases, por delante de la maravillosa obra de arte religioso.

El tiempo deslizábase insensiblemente para nuestro héroe en los preparativos de la fiesta, y era de ver la actividad febril que desplegaba en la colocación de los mil detalles que componían el complicado mecanismo.

Todos los individuos de la familia tenían que ayudar al carpintero, pues Manolín, implacable, no daba punto de reposo a nadie.

—Ven acá, Luisa, decía a su hermana mayor; ayuda a colocar este musgo en la cascada.

—No puedo ahora, pues voy a hacerme la *toilette*.

—Si no vienes inmediatamente, diré a papá que el otro día ví que te estabas pintando los ojos con una carta de baraja, y los labios y mejillas, de carmín, con un pincel.

—¡Chiquillo, díscolo y mal educado!, exclamaba Luisa indignada; voy a darte una cachetina, por embustero.

—Te está muy bien merecido, y me ale-

gro, porque tú siempre lo disculpas delante de papá cuando es malo,—decía *Carmina*, la hermana menor, dirigiéndose a Luisa.

—¡Grandísima chismosa!,—replicaba Manolín,—ahora mismo he de decir a mamá que ayer te sorprendí comiéndote el azúcar a puñados, y que, por más señas, te chupabas las manos, de rica que te sabía, al sacarla del azucarero

—Yo también he de contarle que eres un galopín, que quitaste a la cocinera diez céntimos del portamonedas

—No es verdad, dijo gimoteando el pica-rón; ya me la pagarás, pues he de descubrir a todos aquello de la despensa.

La amenaza debía encerrar gravedad suma, pues *Carmina* prorrumpió en desconsoladora llantina, y quién sabe cómo hubiera terminado el incidente, sin la oportuna intervención de la mamá, que, con su natural indulgencia, puso paz entre los tres hermanos.

* * *

Todo llega en este mundo : por fin amaneció el 24 de diciembre, en que había de verificarse el anhelado acontecimiento. Manolín, que, como os tengo dicho, era un precoz y tra-

vieso muchacho, que siempre andaba inventando toda clase de truhanerías, aquella mañana, a pesar de sentirse feliz y dichoso, penetró furtivamente en el despacho de su papá, se apoderó de unos cuantos cigarros y buen número de cerillas, que ocultó (menos uno, que se guardó en el bolsillo) debajo de una de las figuras del *Nacimiento*, suponiendo que el cuerpo del delito no podía estar escondido en mejor sitio.

El rapazuelo no tuvo tiempo en todo el día de fumarse el pitillo, primero de la serie, hasta dos horas antes de la *Misa del Gallo*, y no encontró lugar más a propósito para realizar su picardigüela que el salón, donde se había colocado el *Nacimiento*, a la sazón desierto

Saboreando se hallaba su cigarro (y digo saboreando con poquísima propiedad, pues los efluvios de la nicotina le hacían estornudar horrorosamente y derramar por ojos y narices secreciones no muy pulcras, producidas por la irritación de las mucosas), cuando acertó a pasar su mamá por aquellos parajes, y sorprendió a Manolín encendiendo por vigésima vez su *veguero*.

El muchacho, azorado y aturdido, volvióse de espalda precipitadamente, y, con la impremeditación natural de su inexperiencia, ocultó

el contrabando, ¿en dónde creéis? ¡en la figura depósito de las cerillas! Los fósforos ardieron repentinamente; el fuego se propagó a la *nieve* de algodón en rama, y todas las materias combustibles se inflamaron, produciendo formidable incendio.

¡Cuán efímeras y frágiles son las dichas y alegrías humanas, siquiera se trate de corazones infantiles, que todavía desconocen las verdaderas penas!

¡Qué cataclismo sobrevino! ¡Todo quedó convertido en ruinas calcinadas; y en pavesas, aquel cúmulo de preciosidades, a pesar de los esfuerzos que se prodigaron para salvar tanta belleza!

Y el autor de la sacrílega hecatombe, ¿qué hacía después de consumir su delito, al contemplar su obra?

Pues berrear con toda la fuerza de sus pulmones, pedir perdón (¡a buena hora!) y repiquetear en el suelo con los tacones.

Como podéis suponer, fué castigado inmediata y severísimamente y llevado a la cama cuando todos sus amigos, invitados a la fiesta, acudían presurosos para disfrutar de los atractivos que habían sido preparados.

Ya no pudo realizarse el número más atractivo del programa; pero se les compensó con

la solemne misa, canto de villancicos y con exquisita cena, en que abundaron delicadas viandas y riquísimas golosinas.

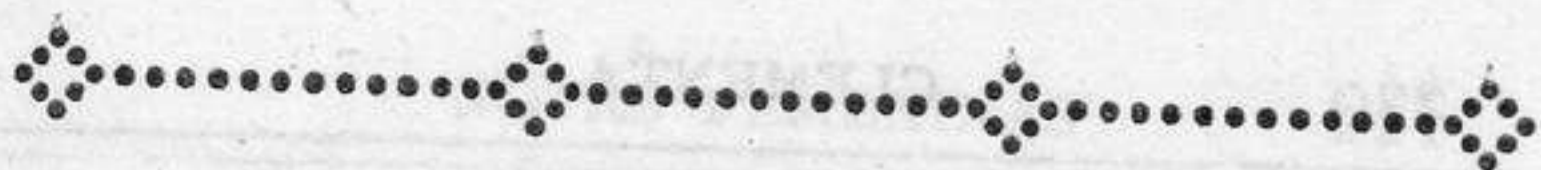
Mientras tanto, podéis figuraros, mis lindos lectores, la tristísima Noche Buena que pasaría Manolín, privado de todas estas cosas.

El pobre pagó carísima su delincuencia: el cerebro del infeliz niño era un caos; tuvo alucinaciones terrorífico-fantásticas, que le hicieron sufrir cruelmente, y no terminaron aquí sus desdichas, sino que todas aquellas *navidades*, y mucho tiempo después, estuvo sometido a un *código penal* duro e inflexible, impuesto por su papá como castigo justísimo de su falta.

Aplicaos el ejemplo de Manolín, niños traviesos y revoltosos, para no pasar la Noche Buena en tan triste situación.

Pero no, que vosotros seréis buenos, haciéndoos acreedores al premio de disfrutar de esta encantadora noche felizmente.





LA SUEGRA DEL DIABLO

Pues señor, un día en que el espíritu de las tinieblas andaba por los abismos infernales, asaz descontento por el escaso número de endemoniados que caían a su profunda e incommensurable caldera, llamó a sus diablos más adictos (si es que adhesión cabe entre demonios), y les interpeló, diciendo :

—¿Quién de vosotros se atreve a ascender a la tierra para remitirme una legión de réprobos? Y como nadie respondiese, rugió colérico: Esta tregua es insoportable, el infierno languidece y se hace preciso trabajar *endemoniadamente*, para perder almas, muchas almas, que vengan a poblar este paraje.

Después de esta *satánica* arenga que Luzbel expresó en *fogosos* términos, tan fogosos como la candente atmósfera de fuego infernal que le rodeaba, un diablo, picaruelo y traviesillo, se adelantó, diciendo :

—Amo mío y señor, yo soy el que necesitáis; *ardo* en deseos de partir para realizar diabólicas hazañas, que dejarán tamañito al más

intrépido de mis compañeros, y os aseguro, que mi paso por la tierra será formidablemente provechoso para aumentar el número de prosélitos : decidme cuándo queréis que acometa mi diablesca empresa.

El espíritu infernal, con *satánica* sonrisa, agradeció el impetuoso arranque de su diablillo favorito, y, dándole a besar su inmunda pezuña, le autorizó a partir inmediatamente.

* * *

Alegre y alborozado corría por la campiña el diablo Cacaseno, que así se llamaba el infernal emisario, abriendo con delicia sus calcinados pulmones, una hermosa mañana del mes de abril : los pájaros, con sus arpados trinos; las flores, que esmaltaban la pradera con sus perfumes; los arroyuelos, con sus claras y cristalinas linfas, refrescando el ambiente, todo conspiraba, todo contribuía a embellecer a la naturaleza, que, para solaz de los mortales, ha creado el Todopoderoso.

El diablo Cacaseno se sentó a descansar en un sitio apacible, cerca de una pintoresca granja, y, contemplar el paisaje bello y deleitoso; pues hasta el diablo, por lo visto, es admirador de la poesía.

La granjera se hallaba asomada a rústica ventana tapizada de enredaderas, echando grano a las palomas: una de estas lindas aves se subió al hombro de la campesina, que, como joven y hermosa, seducía con su belleza campestre, llena de atractivo y encanto.

El diablo quedó absorto y fascinado ante la bella aparición: ¿cómo no? Acostumbrado a no ver más que horrores y a oír siempre ayes, blasfemias y exasperaciones, aquel cuadro de luz y poesía tenía que subyugarle y cautivarle; y así sucedió: todavía más, experimentó algo hondo y sentimental; se enamoró *volcánicamente* de Luisa, la linda aldeana.

Y como sintiese cierto remordimiento, pues su naciente pasión iba a entorpecer su misión diablesca, exclamó, queriendo con esto tranquilizar su conciencia: ¡He ahí una hermosa *diabla* que me ayudará en mi empresa, y después la llevaré conmigo a los abismos!

Yo no concibo, lectores míos, a un demonio enamorado platónicamente, ni mucho menos; pero la leyenda asegura que Cacaseno se enamoró ciegamente, y, como el amor doméstica a las fieras, por virtud de este sentimiento, el diablo se convirtió en un sér adorable y simpático; al menos, así le pareció a Luisa, la cual

rendida por las pruebas que recibió, le concedió mano y corazón.

Los mayores obstáculos para la unión los opuso la madre de la campesina, pues se me había olvidado decir que tenía madre, y de un carácter tan irascible, colérico y descontentadizo, que hacía presagiar se convertiría en una suegra verdaderamente *infernál*, capaz de sacar de quicio a un yerno de mazapán.

Sin embargo, y a pesar de todo, el matrimonio diablesco se efectuó en medio de la mayor satisfacción de la feliz pareja. Cacaseno no creía en tanta felicidad, y miraba embelesado a su fresca y guapetona cónyuge, pareciéndole que las venturas de su luna de miel serían eternas. Pero no contaba con la tía Claudia, su suegra, enemigo natural.

Pronto comenzaron hondísimas disensiones entre los dos; en un principio, Cacaseno, engolosinado con la sabrosa luna azucarada que disfrutaba, recibía calmosamente las increpaciones, insultos y denuestos; pero la suegra del diablo, subiendo el diapasón cada vez más, resultaba insoportable, hasta que, sacando el yerno las uñas para salvar su autoridad marital, complicó la situación, y aquello era un infierno. ¡Suegra de Satanás! ¡aborto infernal! dijo colérico un día, dirigiéndose a tía Claudia;

pero aún no había terminado el violento apóstrofe, cuando la fiera, enarbolando un robusto leño, que ardiendo había en el fogón, echó a correr tras de su yerno, que, despavorido al ver a la harpía arrojando espuma por la boca con gritos y ademanes desaforados, huyó precipitadamente a campo traviesa; la furia le seguía encarnizadamente, dispuesta a todo; pero el diablo, corriendo vertiginosamente por el campo gracias a la agilidad de sus piernas, consiguió salvar un montículo, y encontrándose con un joven pastor, le pidió protección.

—Ocúltame, que no te pesará, dijo el diablo, pues me persiguen. El pastor obedeció, y con una gruesa zalea, que cerca tenía, logró hacerlo invisible, a pesar de la perspicaz mirada que lanzó tía Claudia.

Burlada ésta por la desaparición, que creyó sobrenatural, tuvo que retirarse confusa, aunque pronunciando amenazas y prometiendo tomar represalias sangrientas con Caseno.

El diablo, agradecido del servicio, confesó quién era, y prometió al pastor que, por su mediación, salvaría tres almas de su ominoso yugo, sin más que decir al oído de la posesa o endemoniado: ¡Sal de ahí, yo te lo mando! con lo cual lograría hacerse rico y poderoso: tras

estas palabras, desapareció, dejando al rústico confuso y pensativo.

* * *

No tardó mucho tiempo en saber el pastorcillo de marras, que la Duquesa de B. estaba endemoniada (según de público se decía), y suponiendo que Cacaseno no era ajeno a la dolencia de la Duquesa, quiso aprovechar la merced que el diablo le había concedido; y, en efecto, se presentó en palacio, asegurando que él la curaría: por muy extraño que parezca, como la situación era gravísima, se aferraron a la esperanza los padres de la doliente y le dieron permiso para entrar a verla.

El rústico pastor pronunció al oído de la duquesita las misteriosas palabras, y el resultado obtenido fué maravilloso, pues al instante se sintió curada de alma y cuerpo, y el improvisado médico, remunerado espléndidamente.

No tardó en repetirse el mismo caso y otro parecido en dos personalidades de gran posición, curadas por idéntico procedimiento y mediación del pastor, creciendo el crédito y el bolsillo de éste, cuando el diablo sentó sus reales en el alma del Príncipe imperial.

Como la fama de sus portentosas curacio-

nes íbase haciendo casi universal, fué llamado a Palacio para que curase la extraña dolencia; el muchacho hizo lo mismo que en los otros casos, pero en vano: repitió las misteriosas palabras, sin resultado, hasta que, a la tercera vez, oyó que el diablo, le contestaba: «ahora no te obedezco, pues ya te salvé las tres almas prometidas; es inútil que insistas».

El médico de endemoniados sintió un escalofrío de terror, porque se jugaba la vida si no salvaba al príncipe; mas como era mozo listo e ingenioso, pidió tiempo para reflexionar.

Después de unas horas exprimiendo la mollera, concibió un plan extratético originalísimo.

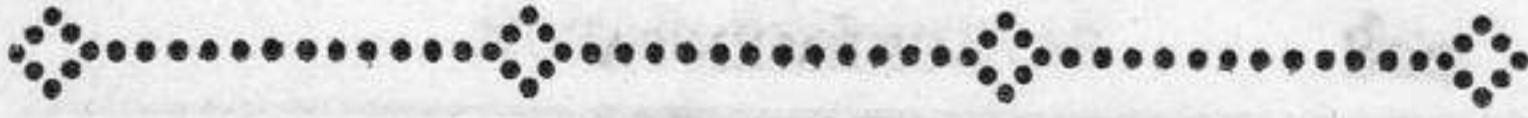
Salió en busca de la suegra del diablo, que siempre seguía con deseos de vengarse de su yerno, y enterada de su plan, acudió gustosa a secundarle.

Inmediatamente fueron los dos a Palacio, y a presencia del príncipe enfermo, la vieja prorrumpió en gritos, denuestos, insultos desafortados, ruidos estrepitosos e infernal algarabía, crispando los nervios de los presentes; y fué tal el terror que experimentó el diablo Cacaseño al sentir de cerca a su maldecida suegra, que salió huyendo precipitadamente del cuerpo del príncipe, y en vertiginosa y rápida

carrera llegó hasta el infierno, penetrando en sus lúgubres mazmorras.

Satanás, airado y colérico de ver lo mal que había desempeñado su comisión, rugió una horrible blasfemia, y dándole un fuerte golpe con sus cuernos, sumergióle en la hirviente caldera de pez, diciendo: Este castigo es insignificante, pues cuando tía Claudia, tu suegra, venga por acá, te someteré a sempiternos desposorios con ella...





VANIDADES Y LIGEREZAS

Laura Ceballos, hija del General Gobernador de T., celebraba su fiesta onomástica.

Con tal motivo, sus lindísimas amigas *Mari* Pilar, *Fany* y Adela, habían ido a felicitarla y pasar reunidas la velada.

Eran todas *diablejos* monísimos de color de rosa, capaces, por divertirse, de inventar las más ingeniosas travesuras, y no era extraño, pues poseían belleza, juventud y posición: con tal cúmulo de felicidad ¿cómo no disfrutar de ella?

Ya habían agotado cada una el repertorio de noticias de la alta sociedad, a que pertenecían; y después de cantar, recitar y arrancar al piano sus más melodiosas armonías, y cuando ya iba decayendo la animación, *Mari* Vázquez, la más lista y picaresca de todas, fijóse con gran atención en un magnífico retrato que en el suntuoso salón del General se destacaba de todos.

Representaba un apuesto caballero, bello y distinguido, alto y bien proporcionado, de correcto perfil y magníficos ojos negros; vestía

el hábito de Calatrava, a través de cuyos pliegues resaltaba su noble y gentil continente.

—Díme, querida Laura, ¿quién es ese calatraveño?

—¿No le conoces? Es el general duque de A... ilustre prócer madrileño, y gran amigo de mi padre,—contestó la joven.

—No puedes imaginarte—agregó—cómo se entusiasma papá hablando de sus hazañas y arrojo en todos los hechos de armas en que se encontraron juntos. Dice que es un héroe legendario, que ha sobrepujado en gloria a sus linajudos antepasados.

Sus conquistas amorosas son innumerables, y hasta damas de sangre real le han distinguido con su afecto; pero el duque es tan sensato, que no se jacta ni da importancia a esos triunfos.

Las otras jóvenes, al oír los calurosos elogios de la apologista, fijáronse en el retrato.

—Tiene razón, exclamó *Fany*;—es guapísimo: parece al griego Antinóo; no me extraña que las damas se enamoren de él.

Pero si es tan guapo como desdeñoso—dijo la rubia Adela—le compararemos con el bello Faón, aquel por quien Safo, la poetisa, se lanzó despechada por sus desdenes, desde lo alto de la roca *Leucades*.

Este rasgo de erudición de la sentimental rubita, dicho en tono cómico, hizo soltar una sonora carcajada a aquella preciosa bandada de pájaros.

Mari, con su picaresca y peculiar sonrisa, añadió, graciosamente:—¡Buena tonta fué la poetisa Safo; ya se conoce que era pagana, y griega, por más señas! ¡Matarse por un hombre!... Buenos *coquetones* están todos; ¡como el duque de A... poco más o menos! Por él se mueren todas las mujeres, sin apenas llamar su atención, y, sin embargo, apuesto, a pesar de su formalidad y sensatez, a que yo, sin ser princesa, he de sacar de quicio al arrogante aristócrata, y nos hemos de reír a su costa.

El reto de *Mari* fué acogido con gran entusiasmo por sus amigas, por creer que se trataba de una broma.

* * *

En un lindo gabinete *pompadour*, azul pálido, con flores, se halla convaleciente de grave enfermedad nuestra preciosa heroína *Mari Vázquez*. La interesante palidez de su suave y nacarado cutis, presta encanto irresistible a su delicado perfil heleno; viste elegantísimo *deshabille de nansuk* con *valenciennes* y cintas de raso *liberty*, color heliotropo.

Parece triste y preocupada. ¿Qué le sucede?

Por la conversación que sostiene con Laura Ceballos, podemos enterarnos de los acontecimientos que han ocurrido desde el cumpleaños de la hija del general.

—Gracias a Dios, decía Laura, que ya estás buena: que susto nos has dado con tanto delirar: la fiebre, tan intensa, que no cedía con nada, tenía alarmado hasta al doctor; daba pena ver a tus *papás* tan apurados.

—No me recuerdes lo sucedido, dijo *Mari*, tristemente; ¡bien cara he pagado mi travesura! ¡qué digo travesura, mi incalificable locura!

¡Pobres padres míos, cuánto os he hecho sufrir! Y no digo nada a la infeliz Mercedes Zamorano y al Duque de A..., víctimas de mi insensatez: yo te aseguro, Laurita, que toda una vida de sacrificios practicando el bien, no es bastante para castigar mi conducta.

—No exageres, mujer: cierto que el daño pudo ser muy grave, pero se solucionó mejor de lo que se esperaba.

Por cierto, agregó Laura, que todavía no he tenido ocasión de saber los procedimientos que empleaste para conquistar al Duque: ¿cómo lo conseguiste?

—*Mari*, haciéndose gran violencia, replicó: No quisiera ocuparme de lo que tan fatales consecuencias pudo originar; pero a ti no debo ocultártelo.

Después de separarme de vosotras, sentí cada vez más vehemente el deseo de poner a prueba la decantada sensatez del de A... con las damas. Al día siguiente, le escribí una carta (rubor me causa confesártelo) declarándome a él, fingiéndome una viuda que había visto su retrato en tu casa, y firmé con el nombre de la hija de mi nodriza, o sea, Mercedes Zamorano.

Al poco tiempo se me presentó Mercedes emocionadísima con una carta para que se la leyese, pues ella no entendía su sentido: y cuál fué mi estupefacción al ver el membrete con la corona ducal del de A...

Por el contenido de la epístola, conocí que había tomado en serio mi *guasona misiva*...

—Yo debí en aquel momento desengañar a la muchacha, y demostrar al prócer, con mi silencio, que se trataba de una broma; no lo hice, y, muy al contrario, sentí irresistible tentación de seguir la comedia; así es que engañé a Mercedes, y convenciéndola de que era una carta amorosa para ella, la pregunté: ¿no imaginas de quién puede ser?, porque no viene firmada, sino con iniciales.

—La incauta, me respondió : debe ser de un viajante de comercio, que hace tiempo me sigue.

—Aprovechéme de su sencillez y sostuve la correspondencia, por algún tiempo, en igual forma, hasta que sobrevino el cataclismo, del cual tú estás, acaso, mejor enterada.

—Efectivamente, exclamó Laura; un día apareció el duque en nuestra casa, y, con el mayor misterio, se encerró con mi padre en el despacho; yo, intrigada por tan inesperada visita, no sabía qué pensar, cuando fui llamada ante los dos, y a boca de jarro, mi padre me interpeló así : dime, ¿quién es la viudita Mercedes Zamorano, que frecuenta nuestra morada?

No pude menos de confesar que no conocía a tal señora. Entonces el de A... me enseñó una carta, en la que reconocí tu letra, aunque algo disfrazada.

Traté de dominar la impresión que me produjo tan desagradable escena, adivinando se trataba de alguna travesura tuya; pero el duque, sospechando que si yo no era la autora, ésta no andaba lejos de mí, prorrumpió, indignado, en amenazas, afirmando que no saldría de T... sin saber quién se ocupaba de él, para ponerle en ridículo.

Yo te escribí en seguida, poniéndote al corriente de lo ocurrido: el madrileño salió en busca de Mercedes, de cuya existencia debía estar ya enterado.

La joven y su madre, al ver a aquel señor tan irritado, le creyeron un loco.

Por fin, el juego a los despropósitos terminó, gracias a papá, que pudo llevarse de allí a su amigo, no sin que el duque repitiera las amenazas.

A todo esto, Mercedes y su madre vinieron aquí asustadas, y, por eso, tus padres se enteraron de todo.

—Sí, querida Laura; la *hecatombe* se consumó, y el disgusto que ocasioné a los autores de mis días no se borrará jamás de mi mente; y tal fué la conmoción que experimenté, y el horror que me produjo mi obra, que perdí el sentido, y he estado entre la vida y la muerte, no pocos días.

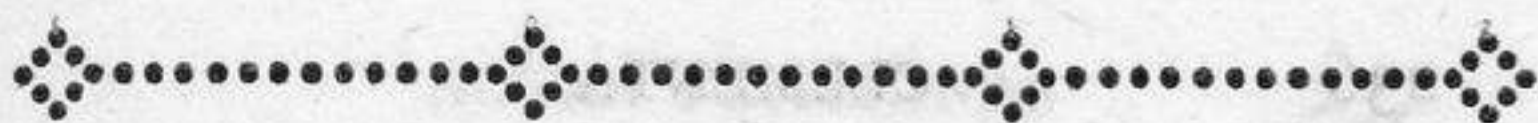
—Pero tú ignoras, mi buena *Mari*, que tu enfermedad sirvió a mi padre para hacer desistir al duque de sus intentos de reto personal contra el tuyo, pudiendo convencerle de que se marchase a la corte cuanto antes, haciéndole comprender que no le convenía se enterase nadie de su desairada situación...

Las dos muchachas quedaron algunos ins-

tantes silenciosas, y la convaleciente rompió la pausa, diciendo: «Desearía dar a conocer a todas las jóvenes mi deplorable aventura, a fin de que escarmentasen en cabeza ajena, viendo los daños que puede producir el obrar impremeditadamente, dejándose llevar de las travesuras inspiradas por malos instintos».

Y yo, que por casualidad he sabido la historieta, os la cuento, bellas lectoras, para que huyáis de burlas de este género, y del anónimo en materias tan peligrosas como zaherir a vuestros semejantes, empleando medios reprobados por mera diversión de tan mal gusto.





LA PRINCESITA ESMERALDA

I

La interesante y linda princesa Marfilina acababa de dar a luz una preciosa infanta.

Dos hadas bellísimas presidieron el nacimiento, y queriendo testimoniar la adhesión profunda que sentían por la madre, concedieron múltiples dones a la hija.

Una la prodigó belleza, bondad y clarísimo talento; la otra, discreción y don de gentes o *ángel*, como suele decir el pueblo.

La princesa sentíase feliz, y sonreía a las monísimas donantes agradecida de su esplendidez.

Entenebreciendo aquel cuadro de suavísima luz, penetró en el suntuoso dormitorio de Marfilina una nueva visitante; una tercera hada de avieso y duro mirar; contaba, al parecer, bastantes más años que las compañeras, a juzgar por sus marchitas facciones.

La recién venida felicitó cariñosamente a la princesa, y después de elogiar las bellezas

infantiles de la niña, quiso completar sus atractivos, concediéndole un corazón exquisitamente sensible. Marfilina, con intuición maternal, se estremeció al escuchar el ofrecimiento, sin darse casi cuenta de la causa. Sin embargo, dió las más efusivas gracias a las tres, depositando un tierno beso en la carita de su hija. Sentía miedo, un miedo vago e indeterminado, y es que todo se lo temía de las pérfidas intenciones de Mendiora, la aviesa hada que siempre habíale perseguido con su maligna influencia, envidiosa de la radiante hermosura de Marfilina, y de la adoración que le profesaba el apuesto príncipe, su esposo.

De este modo relataba una vieja aya el nacimiento de Esmeralda...

II

Marfilina murió en breve, víctima de lenta y cruel enfermedad. El príncipe Rodolfo, defraudando las esperanzas de los que creían que la muerte de su idolatrada mujercita le ocasionaría un pesar del que no se consolaría jamás, se equivocaron lastimosamente; pues un año después, ocupaba el tálamo abandonado otra mujer que no era, por cierto, ni tan bella ni tan bueno como la madre de nuestra heroína.

La niña, a pesar de verse privada de los halagos y caricias maternas, pues su madrastra no reemplazaba, ni muchísimo menos, en su corazón el perdido amor maternal, crecía en gracias y bondades, prometiendo ser un prodigio de belleza y de talento: empero, en lo que sobresalía especialmente era en exquisitez de sentimientos tiernos. ¡Qué derroche, Dios Santo, del sentimentalismo más exagerado! ¡Pobre criaturita! Todo lo que veía en su derredor le causaba pesar: el balido de un corderillo le entristecía cruelmente; una flor agostada por las caliginosas caricias de Febo le acongojaba; el trinar de las golondrinas le hacía derramar lágrimas, pues se asemejaba, según decía, a un quejido angustioso; el cristalino y tranquilo arroyuelo, enturbiado por tumultuosa corriente, producíale malestar; en fin, que la infeliz niña se pasaba la vida sufriendo por el motivo más fútil, y no le era dado disfrutar de las dulces venturas que proporcionan los juegos infantiles en esa edad en que todo es ventura y felicidad. ¡Bien se había vengado el hada Mendiora en la inocente criatura!

III

Infanta *Esmeralda* la llamaban todos por sus ojos verdes y de misteriosa y poética expresión. Sus mejillas semejaban una rosa aterciopelada de delicado matiz, y el conjunto, todo, de su exquisita belleza era tal, que sólo podía concebirla una imaginación oriental o el sueño de un poeta.

Su madrastra, al verla tan completa, moral y físicamente, no sabía disimular un gran despecho. La pobre *Esmeralda*, en cambio, vivía amando a cuantos la rodeaban; pero la predilección de sus amores tendía hacia la Madre de Dios, hacia la bendita María, a quien rendía culto tan piadoso y veneración tan profunda, que puede decirse que su devoción compendia toda su felicidad terrenal. Pero su corazón, sediento de cariño, sentía anhelos inexplicables, que dormidos hasta entonces en el fondo de su alma, ansiaban desbordarse hasta confundir el piélago inmenso de su ternura, en otro sér con quien soñaba su mente... bueno y noble como ella.

Un día en que *Esmeralda* se hallaba sola en un apartado torreón del gótico castillo de su padre, y mientras su imaginación vagaba

por los espacios de sus fantásticas quimeras, su mirada, distraída, fijóse en algo que le sacó de su abstracción.

Un grupo de personas se acercaba a la fortaleza, y, a la indecisa claridad del crepúsculo vespertino, divisó que cuatro pajes conducían a un caballero herido. Sin explicarse el por qué, su corazón se conmovió profundamente, y sin darse cuenta, se precipitó por la escalera superior, saliendo al encuentro de la singular comitiva.

La madrastra de la joven se había anticipado, y aguardaba en la puerta del castillo; al ver a los recién llegados, preguntó en tono autoritario :

—Este caballero viene herido, ¿no es verdad? Conducidlo presto al camarín azul, y avisad al médico inmediatamente.

Esmeralda, que oía estas órdenes sin prestar atención, fijó sus hermosos ojos en el desconocido, estremeciéndose, no sabemos si de temor o de alegría.

En toda la noche pudo la cuitada conciliar el sueño, y al amanecer, tras cruel insomnio, acudió a preguntar por el enfermo.

¿Se salvaría? ¿Quién le había puesto en tan triste situación? ¿Cómo se llamaba?

La pérfida madrastra, cual si leyese en el

corazón de la niña los encontrados sentimientos que le embargaban, fomentaba su sensible-
ría, llevándola malignamente por escabrosos
derroteros; pintaba al mancebo como un Apo-
lo adornado de bondad y nobleza; era un prín-
cipe proscrito de su país por la envidia y la
traición, y perseguido por sus enemigos, de
los cuales huyendo, fué conducido allí por sus
criados.

Estas noticias iban como filtro envenenado
trastornando poco a poco el juicio de la incau-
ta joven, y las desgracias, reales o fingidas del
caballero, más su misteriosa aparición, fueron
incentivo poderoso para desarrollar una funes-
tísima pasión.

Esméralda, no cabía duda, se había enamo-
rado con vehemencia de Manfredo, del prín-
cipe proscrito de cabellos de ébano y ojos de
fuego... La sentimental infanta creyó encon-
trar en el misterioso mancebo el ideal soñado:
la idiosincrasia sensiblera que cruel le legó el
hada de la leyenda, parecía dar sus funestos
frutos. Su corazón pertenecía en absoluto al
incógnito personaje, y eso que sólo una vez, y
casualmente, había cruzado la palabra con
Manfredo.

Eufrasia, la que sustituyó en el tálamo a la
angelical Marfilina, alentaba la loca pasión de

la jovencilla, en vez de aconsejarle cordura y sensatez, para desechar aquella quimera que le podía resultar funesta.

Un día, Manfredo consiguió hablar a solas con la pobre niña; otro, avanzó mucho más en sus pretensiones, y logró convencerla para que saliese a caballo por el bosque de camelias que había cerca del castillo, pues él le aguardaría allí.

Esmeralda cayó en el lazo que el innoble Manfredo tendió a su inocencia. ¿Cómo temer una traición,—se decía la infeliz,—si es tan bueno, tan leal y caballeroso? Sería agraviarle dudar por un momento en acudir al bosquecillo. Y, efectivamente, no se hizo aguardar.

IV

¿Qué sucedió en el bosque de camelias a la infanta de ojos verdes, de misteriosa expresión? ¿Qué cruel sorpresa le aguardaba? ¡Muy caro, carísimo, pagó la infortunada su indiscreto devaneo...!

Ya no volvió más a su gótico castillo. Al notar su desaparición y la del mancebo, salieron todos a buscarles, y, después de grandes reconocimientos, la encontraron muerta.

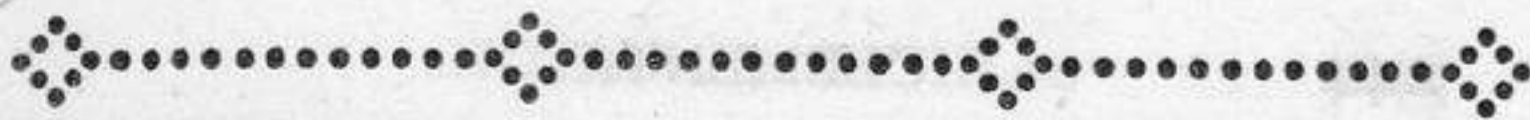
Parecía dormida; su rostro encantador no

se había desfigurado; sólo se observaba en su fisonomía una expresión de desencanto inexplicable...

La Virgen María, que presta fortaleza a los débiles mortales y no los abandona jamás en los más recios trances, sostuvo a *Esmeralda* en tan formidable combate, prestándole fuerzas sobrenaturales para vencer al cobarde y brutal Manfredo, el cual huyó confuso y avergonzado de la heroica entereza desplegada por la angelical niña.

Y *Esmeralda*, horrorizada de la pérfida y monstruosa conducta de su ídolo, no pudiendo resistir su sensibilidad morbosa la fortísima emoción que le produjo su desilusión, sucumbió violentamente, huyendo su alma pura y candorosa a la inefable mansión celestial, buscando la felicidad verdadera.





MILAGROS DE LA FE

(HISTÓRICO)

La confianza en la protección que a sus hijos dispensa la Madre de Dios, no defrauda jamás las esperanzas de los verdaderos devotos de María.

Voy a relataros una interesantísima historietta, en que la ardentísima fe de cierta devota de María no salió defraudada, sino que, por el contrario, la Virgen la premió con creces.

El lema con que encabezó estas cuartillas debía ser fiel expresión del sentir y el pensar de una piadosa mujer del pueblo cuando se organizó la peregrinación al Santo Pilar, verificada en mayo último.

¡Vehementísimos anhelos sentía la pobre viejecita de visitar a María, como peregrina!... ¡Cuán inmensa era su voluntad!... empero, la infeliz no poseía el dinero necesario..., su exhausto bolsillo no le permitía realizar sus deseos...

¡Qué haré, Madre mía, para conseguir la felicidad de visitaros? exclamaba la anciana

con el mayor desconsuelo. ¡Deseo con toda mi alma ir a veros, y no me es posible!... repetía incesantemente.

Y la Madre del Todopoderoso, que, sin duda, escuchaba con gran complacencia las plegarias de la mujercita, le inspiró una esperanza tan sin límites, que la aldeana llegó a posesionarse plenamente de la consoladora creencia de que la Santísima Virgen del Pilar le proporcionaría medios para hacer el viaje y sitio donde albergarse durante la peregrinación. Y dicho y hecho; marchó a Zaragoza, llena de fe...

Nuestra simpática heroína llegó a la hermosa *Cesaraugusta* el 19 de mayo, al medio día; es decir, cuando la risueña ciudad de la Virgen hervía en peregrinos de todas las clases sociales, y, por consiguiente, resultaba difícilísimo encontrar alojamiento, hasta para los que llevaban la cartera repleta de billetes de Banco; juzgad, pues, lectoras mías, lo arduo e imposible que tenía que ser para las personas que disponían de tan escasos recursos, como la protagonista de este verídico relato.

La buena mujer, entusiasmada ante el magnífico espectáculo que ofrecía la capital de Aragón en aquellos días, y saboreando los inefables y deliciosos arrobamientos que las almas fervorosas experimentan al pie del Pilar,

se creía transportada al cielo, perdiendo hasta la noción del tiempo en aquel éxtasis dulcísimo; pero la ruín y deleznable naturaleza humana la sacó de su abstracción, recordándole que no había comido, y, además, que no tenía dónde dormir, pues se había hecho saber a los peregrinos que el templo se cerraría durante la noche.

¡Qué horrible situación! Alarmada por tan cruel realidad, no sabía qué hacer la pobre: una buena alma, compadecida al enterarse del *conflicto*, se interesó por ella, conduciéndola al *Centro* de reclamaciones, que para el buen orden de la peregrinación había establecido el señor Arzobispo.

Y cuando las aristocráticas damas que componían la Junta escucharon las candorosas confidencias que les hizo la anciana, no faltó quien se conmovió profundamente y formó el caritativo propósito de no abandonarla: buscáronle, con gran solicitud, un modesto pupilaje, pero inútil porfía; llegó la noche y nada práctico se consiguió, pues los pocos que había resultaban caros para los escasos recursos de la infeliz.

Cuando más apenada se encontraba por juzgar imposible hallar sitio donde refugiarse, se le acercó una sirvienta, diciéndole que ella le proporcionaría lo que deseaba; ya compren-

deréis la inmensa alegría que se apoderó de la pobre mujer, que aceptó la oferta inmediatamente. Pero la estupefacción que sintió seguida de gran desencanto, ¿sabéis cuál fué? pues el ver la suntuosa y elegante morada a donde la habían conducido : en su obcecación creyó que era un lujoso hotel de viajeros, y comenzó a sollozar desconsoladamente, diciendo, con frases entrecortadas, que era una sangrienta burla, traerla allí..., a una fonda carísima... ¡a ella!... que no tenía dinero ni para un mal *mesón*... y sin atender a razones, se lanzó precipitadamente a la escalera.

Una dama de porte distinguido, en cuyo rostro angelical se reflejaba la bondad de su alma (omito el nombre por no herir su modestia), la cogió de la mano, y dijo cariñosamente : «No se apure, que esta *fonda* es gratis para usted, porque su pensión la va a pagar la Virgen del Pilar».

Tan consoladoras palabras calmaron su aflicción, metamorfoseando la fisonomía de la pueblerina, que no cabía en sí de gozo.

Cuatro días pasó en casa de la piadosa y caritativa señorita, recibiendo delicadísimas atenciones de su protectora. En un principio, según me refirió con gracejo la dama, no quería probar sino de algunos manjares de los que

servían, diciendo que con aquello tenía para comer un mes; pero, por fin, adquirió tal confianza, que hizo honor a todos.

Llegó el momento de partir la pobre peregrina, acogida en aquella lujosa mansión por inspiración de la Virgen; y, entonces, puso en práctica un pensamiento sublime y nobilísimo, sugerido por María, indudablemente, a aquella ruda e ineducada inteligencia: con lágrimas en los ojos, se despidió de su bienhechora, y, con elocuente sencillez, se expresó en estos términos: «señorita, lo que ha hecho usted por mí, la Virgen se lo pagará... ¡y cuidado que sabe pagar bien...! pero yo necesito demostrar a las dos mi profunda gratitud; usted es rica, yo pobre... usted poderosa, yo desvalida... sólo puedo ofrecer oraciones; dígame dónde reposan los restos de sus queridos padres, para ir a su tumba a orar.

La dama, muy afectada, llevó al cementerio a la mujercita, que, poniéndose de hinojos en la sepultura, elevó con gran fervor hacia el Altísimo una *corona*, que debió serle muy grata, porque iba salpicada con el rocío de una alma pura y agradecida.

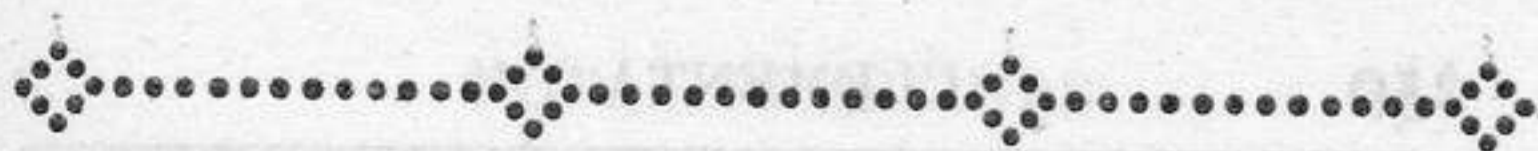
* * *

—¿Y sabéis, lectoras queridísimas, a qué pueblo pertenece la afortunada peregrina? Voy a decíroslo, pues resultaría un rompecabezas averiguarlo: es riojana, y natural de Nalda.

Por cierto, que tuve el gusto de oír el relato que acabo de haceros de los mismos labios de mi buena amiga la señorita J., que otorgó hospitalidad en su hermosa casa solariega a la naldesa.

—¿Y cómo se atrevió usted a admitir a una desconocida? le pregunté: y ella, con su peculiar ingenuidad, me respondió: «es inexplicable y maravilloso el irresistible impulso que me obligó a llevármela; pues debo advertirle que mi hermano se oponía tenazmente, calificando el acto de inconcebible ligereza, y no le faltaba razón, máxime si se tiene en cuenta que vivo sola con mi servidumbre, toda ella femenina; pero no cejé, pues me parecía (tal vez fuese aberración de mis sentidos) que la Virgen del Pilar me demandaba explícitamente no abandonase a la pobre peregrina».





EL NIÑO JESÚS

Oiga, *seña* Juana, ¿me deja tener en brazos un ratito a Jesusín?

—No, Carmencita, no, que por poco se te cayó el otro día.

—Tiene razón Juana, porque tú eres pequeña, lo puedes dejar caer, y se haría mucho daño; ¿no es verdad? ¡pobre *nené!*, decía con tono insinuante Isabel.

—*Carmina* gimoteaba, protestando de las apreciaciones de su hermana, y replicando de este modo: si tú tienes dos años más, en cambio yo tengo más fuerza, porque papá dice que estoy más desarrollada, y por eso me llaman siempre la *Bola*: conque ¡ra... bia! ¡ra... bia!

Sí, pero ya verás cómo Juana me deja a mí el niño; vamos, déjemelo, y no sea usted mala, que le quiero mucho, por precioso... y rico... y encanto, repetía Isabel. Mírale, *Carmina*, mírale, qué hermoso; se parece al Niño Jesús, de tía Balbina.

La madre de Jesusín sonreía complacida al oír los piropos que prodigaban a su hijo.

Este animado diálogo se sostenía en el primer piso de una magnífica casa de vecindad, entre una mujer del pueblo, de oficio lavandera, que tenía en brazos un niño de cuatro meses, y dos monísimas rapazuelas, elegantemente vestidas, hijas del coronel Monreal, propietario de la finca.

Juana, la madre de Jesusín, vivía en la buhardilla de la misma casa que las niñas, y éstas, frecuentemente, asediaban a la buena mujer para que les dejara su pequeño, por quien manifestaban siempre profundo cariño. Aquel día, la insistencia en sus peticiones resultaba pertinaz, y la lavandera decidióse a complacerlas, siquiera fuese por brevísimos momentos.

Juana reía oyendo el charloteo encantador de las chiquillas, que inocentes habían llegado a forjar en sus infantiles cerebros que Jesusín era un muñeco grande de carne, con muchísimos más atractivos que los que hasta entonces les había regalado su papá.

Comprendiéndolo así la madre del niño, les preguntó afectando gran seriedad. Supuesto que tanto queréis al pequeño, ¿por qué no me lo compráis?

La proposición dejó perplejas a las precoces *mamás*, por unos momentos; pero *Carmi-*

na, más vivaracha y suelta que su hermana, replicó, entre alegre y asombrada; pero, ¿quiere usted vendérselo?

— ¿Por qué no, si me lo pagáis bien?

-- ¿Cuánto quiere usted por él? interrogó Isabelita, añadiendo; porque a nosotras nos gusta mucho su *bebé*, y, como no tenemos como ese, no hacemos sino decirle a papá que nos traiga uno. Pero él siempre se echa a reír, diciéndonos que esos niños los encargan las *mamás* a París... y claro, como la nuestra se fué al cielo... y terminó la pobre huérfana con un suspiro.

Señá Juana se conmovió ante el quejido del alma de Isabelita, y se dispuso a no seguir adelante con la broma; pero las pitusas volvieron al tema de la compra, preguntando el precio del *muñeco*.

Entonces la lavandera dejó caer gravemente, y como a plomo, estas palabras: ¡si me dáis dos pesetas, podéis llevaros al picarón de Jesusín!

Las chiquillas, alborozadas al oír que el precioso *bebé* estaba al alcance de sus economías, lanzaron una cristalina y alegre carcajada, y, batiendo palmas, repetían: nuestro es el chico, porque aunque no tenemos más que una peseta, con los céntimos que nos da tía Balbi-

na, llegaremos a reunir la otra peseta, y lo compraremos.

Juana la lavandera subió la escalera que conducía a su modesta vivienda, celebrando el candor de las hijas del coronel Monreal.

* * *

La tranquila morada del coronel, vióse cierta tarde turbada por desconsoladores sollozos; todos los vecinos salieron alarmados a la escalera; ¿qué sucede? se preguntaban; ¿qué le pasa a Juana? ¿por qué llora?

La pobre lavandera, madre de Jesusín, refirió, con los ojos llenos de lágrimas, el suceso más misterioso e inexplicable. Había salido al medio día a llevar la comida a su marido, dejando al niño dormido en su cuna, y la llave del cuarto, como de costumbre, debajo de la puerta, y, al regresar, a las dos de la tarde, se la encontró abierta.

Alarmada al notar que alguien había penetrado en la habitación, se precipitó en la alcoba en donde dejó a su hijo, y el angelito no parecía. ¿Quién pudo ser el autor del secuestro?

Ni la portera, ni ningún vecino, observó nada anormal, ni oyó ruidos, ni vió salir nadie sospechoso de la casa.

El coronel, ante el profundo dolor de la pobre Juana, se prestó a acompañarla al Gobierno civil para dar parte del suceso a la primera autoridad de la provincia, e inmediatamente la policía se puso en movimiento, practicando las más activas pesquisas.

Entretanto, las comadres del barrio hacían mil comentarios acerca del hecho criminal, y como la imaginación popular es tan propensa a fantasías, las suposiciones y conjeturas se inclinaban por los derroteros más espeluznantes y macabros.

Las horas pasaban torturantes para la infeliz madre del niño; el misterio del rapto no se aclaraba, pues la policía buscó en vano el rastro de los culpables. Por último, la llegada del esposo de Juana, que volvía del trabajo, recrudeció la desgarradora escena...

* * *

Don Luis Monreal no podía desechar la hondísima preocupación que le había ocasionado el suceso, y, ya entrada la noche, sentóse a la mesa en una tensión de nervios tan grande, que tuvo que levantarse sin haber probado ni de un solo plato. Sus pequeñas, Isabel y Carmen, a quienes no había querido enterar

de la desgracia de Jesusín, por no impresionarlas, sabiendo lo muchísimo que querían al *nene*, hallábanse perplejas y cariacontecidas.

Por fin, la atrevida *Carmina* se aventuró a preguntar : ¿ por qué estás tan triste, papaíto ? Cuando don Luis, lleno de ternura se disponía a contestar, percibió muy distintamente y a corta distancia, ese *¡gua! ¡gua!* inconfundible y característico del llanto de un niño de corta edad. El coronel, como movido por un resorte, se lanzó hacia la habitación de donde creyó salía el misterioso vagido.

Entonces las rapazuelas, a pesar del aturdimiento que les producía la extraña inquietud de su padre, exclamaron : papaíto, no te asustes, que es Jesusín que se ha despertado : ya le dimos el biberón..., y le supo muy rico..., y se durmió... Don Luis, al oír esto, comprendió algo de lo sucedido, e indignadísimo, interrumpió a sus hijas, diciendo : conque ¿ vosotras fuisteis las que lo robasteis ?

—Robar, no, que es pecado, gimoteaban asustadas las chiquillas al ver el airado gesto de su padre : no nos riñas... que se lo hemos comprado a *señá* Juana, por dos pesetas ; ella no estaba en casa, y cogimos al *bebé*... le dejamos el dinero encima de la mesa, y pusimos al *nene* en la cuna de la muñeca grande ; pero,

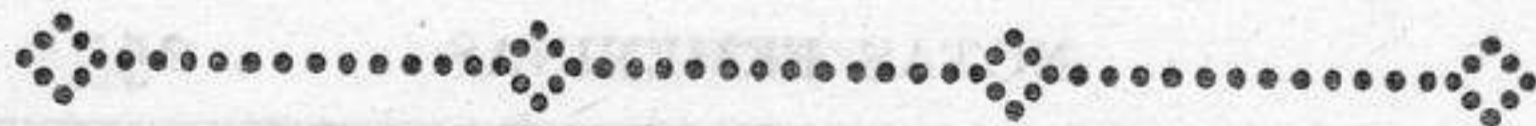
antes de ir al colegio, le dimos el biberón, y se durmió, porque se lo bebió todo.

El coronel penetró precipitadamente en la alcoba, y tomando en sus brazos al niño, subió apresurado a entregarlo a sus atribulados padres.

La lavandera y su marido, locos de alegría al saber la inocente travesura de Isabel y Carmina, dijeron, con los ojos llenos de lágrimas: por Dios, don Luis, no reprenda a las niñas; añadiendo Juana; yo tengo la culpa, por haber gastado una broma tan estúpida con esos dos ángeles que, ya lo ve usted, quieren un muñeco de carne, un hermanito pequeño: con que, anímese, y traiga a su casa una *mamá* buena, para que encargue un Jesusín, a París, como ellas dicen.

Entonces repararon en que las niñas habían cumplido a conciencia su compromiso: sobre la mesa descubrieron dos pesetas en calderilla, en las que hasta aquel momento nadie se había fijado.





LEYENDA VASCONGADA

Un notable proceso instruyó la Inquisición de Logroño el año 1610, contra algunos vecinos de Zugarramurdi y otros pueblos inmediatos, por delito de brujería o culto al diablo, que, según decían, se les aparecía en figura de macho cabrío.

La llanura o meseta sobre el monte próximo a aquellos parajes les servía de teatro para sus infames profanaciones, y de ahí tomó el nombre de *Aquelarre*, que en vascuence significa *prado del cabrón*.

Según declaraciones, los lunes, miércoles y sábados de cada semana eran días de congregación, y algunos, como las Pascuas, también los consagraban a honrar al demonio.

A propósito de las brujas de Zugarramurdi, voy a contaros, amigas mías, una leyenda muy interesante, creada por la fantasía popular tan propensa a esta clase de consejas, en los siglos medioevales, principalmente, y en particular en los países del norte.

Esta leyenda, netamente vascongada, se titula :

EL AQUELARRE

En territorio comprendido entre Zugarramurdi y Echalar, cortado por estrechísimos valles, se alza, sombrío y siniestro, el monte llamado *Aquelarre*, o monte maldito, como le nombran por allí, por las infames profanaciones y sacrílegas fiestas en él celebradas.

Una nubosa y fría tarde de noviembre de 12... caminaban penosamente dos niños hacia Aranaz; la montaña estaba cubierta de nieve; el más pequeño de los infantiles se hallaba tan cansado, que a duras penas podía seguir a su hermano.

Llamábanse Lañoa e Izar, eran huérfanos, y contaban nueve y siete años, respectivamente.

Ganaban el sustento vagando por las montañas vascongadas, cantando baladas y aires nacionales con sus lindas voces infantiles, en los caseríos y *chavolas*: por su orfandad, abandono y bella presencia, se les amaba y atendía en todos los hogares.

Izar, el más pequeño, blanco y rubio, de

ojos azules como el cielo y dulce y suplicante mirar, ejercía irresistible influencia en cuantos le contemplaban, y su suave y dócil carácter atraía a los sencillos vascos, que le mostraban singular predilección.

Lañoa, aunque tan hermoso como su hermano, lo era con una belleza audaz y altanera, muy en armonía con su tipo moreno, fornida musculatura y natural altivo y colérico.

—Descansemos un poco, hermano mío; no puedo seguirte, decía Izar tristemente.

—Tú harás lo que quieras, perezoso, dijo con brusquedad Lañoa; yo proseguiré la marcha, pues antes de anochecer tenemos que llegar a Aranaz.

Izar procuraba seguir la caminata; pero sus delicados piecitos, heridos, se negaban a sostenerle, cayendo, por fin, rendido de cansancio.

De pronto, una bocanada de viento empujó compactas masas de niebla, desapareciendo ante la vista del caído toda la campiña, y cuando se disipó, Lañoa no estaba al alcance de su voz.

Izar corrió, llamando con gritos sollozantes a su hermano, pero en vano; la niebla era tan densa, que no logró dejarse oír. Abrumado por el cansancio y transido de frío, descubrió, a poca distancia, un árbol gigantesco, cuyo tronco

estaba hueco; y como la noche se echaba encima, allí se guareció nuestro héroe.

El silencio era tan profundo y la obscuridad tan aterradora que el infeliz tiritaba de miedo.

A duras penas se orientó, comprendiendo que se encontraba en la cima de una montaña.

El árbol protector ocupaba el centro de la planicie, rodeado de espesos matorrales, imposible, al parecer, de atravesar para descender a la base del monte.

Al verse el niño solo y hambriento, lloró angustiado, y, no encontrando nada mejor que hacer, rezó fervorosamente, dispuesto a pasar la noche bajo la hospitalaria corteza del árbol. El sueño de la inocencia cerró sus párpados, y se durmió profundamente.

Pasado largo rato, despertó despavorido por un murmullo persistente y extraño, que llenaba el espacio. Asomó cautelosamente su linda cabecita, y un espectáculo incomprensible se ofreció ante sus ojos.

La luna lanzaba pálidos rayos de luz, tiñendo de un color fúnebre y siniestro los objetos.

De los cuatro puntos cardinales llegaban con rapidez e infernal batahola, grandes hileras de sombras fantásticas en dirección a la montaña.

Imposible describir las extrañas y extravagantes cabalgaduras sobre que venían montadas: escobas, gallos desplumados, animales desconocidos, y objetos estrafalarios y contrahechos, formaban un conjunto abigarrado y estrambótico.

El asombro de Izar fué indescriptible al observar que las sombras, todas, eran cuerpos de horribles y decrepitas mujeres cuyos semblantes, macilentos y lacios, causaban invencible repugnancia.

Al llegar a la montaña, un baile satánico e infernal, en vertiginoso torbellino, atemorizó al niño de tal suerte, que le hizo perder el sentido.

Vuelto en sí, la luna se había ocultado, y sepulcral silencio reinaba en la meseta:

Suponiendo que la diabólica visión había desaparecido, el muchacho volvió a mirar en derredor, y cuál fué su sorpresa al descubrir a la muchedumbre agrupada del modo más extraño.

Hallábanse las congregadas en cuclillas, al rededor de un tronco de ébano, ocupado por un macho cabrío horripilante. Las inmundas mujeres se le acercaban por turno, besando respetuosamente la pezuña al monstruo; después, cada una contaba las más estupendas fechorías.

Izar, aterrorizado al escuchar los espeluznantes relatos, se sintió desfallecer de nuevo, cuando oyó una dulcísima voz que, bajando de las ramas del árbol, pronunciaba su nombre.

Admirado de tal suceso, alzó la vista, y descubrió un hermosísimo mancebo alado, que le decía mirándole amorosamente :

—Escucha y nada temas; yo velo por ti.

En aquel momento, la última *sorguiña* comenzaba su relación.

—Todas mis hermanas, señor, decía la bruja con voz chillona y gangosa, han obedecido tus mandatos; pero las desafío a que, como yo, te deparen tantas víctimas, ni realicen mis proezas.

—Habla, hija, pues ya se que eres mi más ferviente adoradora, decía el cabrío.

—El gran Duque de F... y su esposa son cristianos muy fervorosos y grandes devotos de la Madre de Dios, decía la infame vieja, haciendo *visages* : su única y hermosa hija está enferma, y desahuciada por los más afamados doctores. ¡ Qué gloria para mí hacer morir a tan bella criatura, y, después, infiltrar la desesperación en el corazón de los padres, impulsándoles al suicidio !

— Si tal haces, *Bazoti*, dijo con horrible mueca el diablo, serás mi predilecta.

—Dame albricías, señor, pues ya hace días que la Duquesita padece grave enfermedad, sin que nadie adivine la causa de su mal.

—¿Y si alguien la descubre?

—Todos ignoran que el encanto consiste en el terrible sapo que está oculto bajo una estatua derribada en un rincón del jardín de su palacio, y mientras el animal no sea aplastado, la enfermedad seguirá hasta ocasionar la muerte.

Después de oír esto el demonio, meneó la cola, se oyó una espantosa detonación y quedó luego todo en silencio, desapareciendo las fantásticas sombras.

Un mes más tarde, al amanecer un día glacial, nuestro simpático jovencito se detenía jadeante a las puertas del palacio del ducado de F..., estado enclavado en Italia.

¿Cómo pudo el rapaz atravesar naciones y distancias tan grandes sin recursos ni conocer sus idiomas?

Nada dice la leyenda de los medios que puso en práctica, sino que llegó felizmente: sin duda, el singular y misterioso mancebo que le habló en el árbol, protegió su arriesgada y sobrenatural odisea.

La Duquesa se apeaba de su litera en aquel momento, regresando del templo a donde había ido a impetrar del Señor la salud de su amada hija.

Al verla Izar, se acercó a ella y le preguntó: ¿es vuestra hija la que está enferma?

—La deliciosa sencillez del niño, impresionó favorablemente a la dama, que contestó: sí, mi adorada hija está gravísima.

—Pues yo la curaré.

—¡Tú! exclamó la Duquesa: ¿ignoras, pobre niño, que los más famosos médicos la han desahuciado?

—He venido, señora, desde luengas tierras, expresamente para salvarla.

Asombrada la dama del tono de convicción con que fueron pronunciadas aquellas palabras, miró a su interlocutor atentamente, y, encantada de su belleza y de la irresistible atracción que ejercía su expresiva mirada, le tomó de la mano, conduciéndole a las habitaciones reservadas del palacio.

Brevemente expuso la Duquesa a su marido el inesperado encuentro de Izar, a la vez que éste contó su historia y el objeto de su viaje.

En circunstancias como aquéllas todo resultaba extraordinario y maravilloso, no siendo

de extrañar que los atribulados padres concibieran halagüeñas esperanzas, creyendo que un ángel les había entrado por las puertas.

La enferma yacía en el lecho, casi moribunda : Izar se acercó a ella al tiempo que la madre decía : hija mía, un ángel viene a salvarte, ¿ me oyes ?

La sorpresa de los circunstantes llegó a su colmo al ver que la víctima sonrió, estendiendo su descarnada manecita.

El niño desapareció en aquellos momentos, bajó al jardín, y, dando con la estatua caída, encontró debajo al horrible sapo, que le miraba con ojos vidriosos y saltones.

El niño lo aplastó y despedazó, y hecho esto, volvió a las habitaciones en donde los Duques le aguardaban inquietos.

—¿Y bien? le preguntaron ansiosamente : ¿podrás curar a Sofía?

Izar, por toda respuesta, se acercó al lecho de la enferma y dijo dulcemente : ¿me oyes?

—Sí, contestó la niña; ya no siento aquel peso en el pecho... y la paciente se incorporó sonriendo.

El padre abrazó al pequeño, exclamando : en nombre de Dios te adopto por hijo, pues has derramado la felicidad en mi casa.

* * *

La fama de este suceso extendióse por Italia, pasó los Alpes y sirvió para que los poetas provenzales lo cantasen en sentidas trovas; de éstos, llegó a los bardos vascongados, recorriendo todas las montañas del país donde tuvo principio el suceso.

* * *

Lañoa, arrepentido de haber sido causa de la desaparición de su hermano, lloraba sin consuelo, temiendo por él alguna desgracia; pero no tardó en saber, por las canciones de los bardos, la prodigiosa aventura de Izar, y no hay para qué decir la alegría que experimentó su alma por la buena suerte de su hermanito.

Estimulado por las maravillosas hazañas que herían vivamente su imaginación, aprovechó el primer sábado, se ocultó en el hueco del árbol del *Aquelarre*, y esperó los acontecimientos.

Ya había presenciado la mayor parte de las escenas abominables de *brujería*, cuando el demonio le descubrió, y, llamándole a su presencia, quiso que le adorara; como Lañoa se opusiera tenazmente, con desprecio, a semejante pretensión, fué arrojado, como con una catapulta al precipicio, que se halla a una legua de distancia del monte maldito.

El cuerpo del audaz adolescente se hizo pedazos, pero su alma voló al cielo.

* * *

De esta leyenda se desprende, bellas lectoras, que en todos los tiempos han existido en el vulgo las supersticiones, agüeros y hechicerías de los que tanto abundó la Edad Media.

Pero lo que no podía yo ni sospechar es, que en pleno siglo XX, se sostengan en capitales de provincia y poblaciones importantes adivinatoras del porvenir, echadoras de cartas, vendedoras de amuletos y brevajes misteriosos que explotan la credulidad del vulgo.

—¿Pero usted cree que el vulgo sólo se deja suggestionar por la nigromancia? me decía, poco ha, una amiga mía.

—Pues está usted en un error, porque hay muchas señoras, señoritas, y hasta caballeros, que de buena fe, todavía consultan a las agoreras hasta en la capital de España.

Si esto es cierto, revela una ignorancia tan imperdonable y ridícula, que hará reír a cuantos la escuchen, y que da una idea tristísima del escaso nivel social, intelectual y religioso de quien se deja engañar por tales patrañas.



EL CABALLERO TEODOSIO

(LEYENDA MEDIOEVAL)

A lo largo del pintoresco valle de Araquil, y en las cimas del monte Aralar, se ve asomar, majestuoso, entre los riscos que le rodean, el famosísimo santuario de San Miguel Excelsis, erigido por la piedad de un penitente, en honor del Príncipe de la milicia celestial, como agradecimiento a sus insignes favores.

La ascensión resulta algo penosa; mas el maravilloso y poético panorama que desde allí se descubre, unido a las bellezas artísticas que el templo atesora, con más la preciosa e interesante leyenda histórica a que debe su prodigiosa fundación, contribuyen poderosamente a que sea muy visitada por los montañeses navarros, y muchísimos habitantes del territorio vasco, desde *Los Cameros* hasta el Pirineo.

No dudo que, con estos antecedentes, estáis deseando, lectoras mías, conocer la bellísima y emocionante tradición apuntada más arriba, y la cual es, en substancia, la siguiente:

Trasladémonos al siglo VIII.

El valle de Goñi es de los más pintorescos de Navarra, descubriéndose desde él las más románticas bellezas de paisaje que concebirse pueden. Diríase, que a la fundación de su palacio-castillo de *Gastelúzar* presidió el instinto artístico, tanto como el de su propia defensa.

Goñi, significa en vascuence, *en alto yo*, y sin duda por eso, el edificio está situado encima de un barranco, dominando todo el valle de su nombre.

No obstante su escaso vecindario, el pequeño territorio ha reunido cuatro palacios, teniendo tres, por lo menos, el alto honor de pertenecer al célebre Teodosio de Goñi.

El de *Faureguía*, que quiere decir *La Casa del Señor*, era la residencia habitual del *patrono*, en tiempo de paz.

* * *

Un hermosísimo y delicioso día del verano de setecientos..., se hallaba congregado en Goñi lo más linajudo e importante de toda la comarca. Allí se veían los nobilísimos ancianos (*Faunas* de todos los valles), *echecojaunas* de *ceudeas* y caseríos, ilustres *euskaldunas* de uno y otro sexo, vestidos, todos, con sus mejores galas, alegres y regocijados.

¿Cuál era la causa de tanta algazara y de tan inusitado movimiento?

El estarse celebrando en aquellos momentos la boda del noble y prestigioso caudillo navarro, Teodosio de Goñi, hijo único de Miguel, señor del valle, con la hermosísima Constanza de Butrón, directa descendiente del patriarca *Aitor*.⁽¹⁾

El enlace de familias tan ilustres, satisfacía las más caras aspiraciones, no sólo de los contrayentes, que se casaban enamoradísimos, sino de los miembros, todos, de ambas casas.

¡Qué pareja tan bella y atractiva la de los jóvenes desposados!

Constanza, posee el tipo de la raza georgiana; mas el pincel se resiste a copiar las perfecciones de la beldad, cuyo principal encanto consiste en su exquisita expresión de angelical candor. Sus ojos, entre garzos y azules, de agasajadora dulzura, no pueden engañar.

Teodosio, por el contrario, es de audaz y altivo continente; de mirada pronunciadamente altanera y dominadora, barba y cabellos bronceados, que prestan a su fisonomía la acentuada vehemencia de un enérgico carácter.

En lo moral, resultaba el de Goñi una mez-

(1) Primer patriarca de los vascos, en España.

cla irregular y confusa de grandeza de alma, unas veces; de ruines y mezquinas pasiones, otras: una amalgama, en fin, de grandes virtudes y de grandes defectos.

Ya había bendecido la unión el prelado de Pamplona; los invitados salían de la iglesia, presurosos, para felicitar a la gentil pareja, cuando vieron venir, precipitadamente, camino de Iruña, a un aldeano, con un pergamino en la mano, preguntando por Teodosio. Inmediatamente fué conducido ante el recién casado, que desenrolló en el acto el documento, leyendo su contenido.

Constanza, pálida por la emoción, temiendo algo desagradable, preguntó a su marido: —¿Qué nuevas te comunica ese mensaje, que tanto te ha conmovido?

—Las más tristes y aciagas que puede recibir un esposo en el día de su boda; las de que debo abandonar a mi dulce compañera, en el momento en que la más inefable ventura me hace dueño del suspirado tesoro.

—¿Cuál es la causa que motiva tan cruel separación?—añadió Constanza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Soy, como sabes, jefe militar del valle, y se me llama para pelear con mi gente en la Cuenca de Iruña, contra los godos; pero tran-

quilízate, amada mía, que si mañana, el valor y arrojo de mis nobles vascones no decae, tomaremos la ciudad, y seré proclamado rey para ofrecerte el trono, esposa querida.

La recién casada, embargada por el dolor, y presintiendo siniestros acontecimientos, sonríe, con amarga desconfianza, y le replica:— Teodosio, el corazón me augura, aunque vagas e indeterminadas, negras y horribles desdichas. Tiemblo al pensar en los peligros que nos amenazan: júrame que nada ni nadie te hará dudar de mi profundo cariño, ni menos de la fe que te he prometido hace poco ante Dios.

El marido no puede substraerse a la desgarradora emoción de su esposa, y se separa de sus brazos protestando que jamás dudará de su idolatrada Constanza.

Unas horas después, *Faureguita* y *Gasteluzar* yacían en el más completo silencio: la mayor parte de los convidados habían regresado a sus valles, *cendeas* y caseríos, hartos desilusionados por el triste desenlace de aquellas bodas en que tanto se proponían disfrutar.

La novia se retiró a la capilla del palacio, a orar por su marido: los padres de Teodosio también lo hicieron, para descansar.

Constanza, a fin de honrar más a los an-

cianos, les instó vivamente a que, ínterin regresaba Teodosio, ocupasen el lecho nupcial preparado para los novios; oferta que fué aceptada con gusto por considerarla cariñosa ofrenda.

Por esta circunstancia, que ignoraba el recién casado, durmieron aquella noche los viejecitos en el tálamo nupcial...

El señor de Goñi, abandonó su valle nativo con el corazón destrozado por contradictorios afectos. Al trasponer la última roca que le iba a robar la vista de su palacio, volvió la cabeza hacia el lugar en donde se cobijaban sus amores y deliciosos ensueños, y algo que distinguió le dejó helado de espanto.

A la confusa claridad del crepúsculo vespertino, creyó reconocer a un hombre que penetraba en *Faureguía* por la puertecilla secreta: era el tal de gallarda figura y su traje se diferenciaba en absoluto del usado por los vascos.

Su calenturienta imaginación, exaltada por las diversas emociones de aquel día, representó al caballero algo muy hondo que ocultaba en el fondo de su alma. Constanza, había sido pretendida, con gran insistencia, por el ilustre

godo Eudón de Aquitania; pero ella, antes que todo, vascongada y descendiente directa del patriarca *Aitor*, le rechazó enérgicamente, pues, además, su corazón y convicciones pertenecían al caudillo de Goñi.

El godo Eudón, herido por el desaire, se retiró forjando planes de feroz venganza, y he ahí por lo que el recién casado, que no los ignoraba, sintió el aguijón de los celos cuando reconoció al de Aquitania en el misterioso caballero que penetraba en su castillo.

¿Llevaría el despechado la audacia hasta sorprender a su esposa en el mismo aposento a donde conducía la escalerilla secreta? ¿Sería Constanza cómplice del desvarío de Eudón?

Esto último, en honor a la verdad, fué desechado inmediatamente: ¡ella, tan buena, tan dulce, tan honesta, tan virtuosa y noble, no era capaz de tamaña perfidia!

Todavía resonaban en sus oídos las palabras que profirió aquella mañana su venerable padre, Miguel de Goñi, cuando le dijo: «¡cuán hermosa y buena es tu prometida! ¡no la mereces, hijo mío!»

—Pero mi esposa, ¿tendrá valor y fuerza de voluntad para combatir el peligro? Yo debo volver a *Faureguía*; ¡insensato de mí, que la abandono en tan recio trance!

Pero la patria está en peligro, y el deber me llama.

¿Qué debo hacer, Dios mío?

Para mayor perplejidad, en las altas regiones se había fraguado una horrible tempestad, tan grande como la que rugía en el alma del viandante. El huracán desgajaba troncos y peñascos, que descendían saltando de precipicio en precipicio, amenazando la vida de Teodosio.

Instintivamente huyó hacia un bosque de hayas, para esperar en él a que se disipase la tormenta.

Cuando más abismado se encontraba en sus meditaciones, el bosque se iluminó con rojizos resplandores, apareciendo repentinamente un bulto gigantesco de aspecto extraño y fantástico.

¡*El Basajaun!* exclamó Teodosio; y, como clavado por el terror, no acertaba a moverse de su sitio al reconocer la terrible aparición, muy popular entre los vascos desde el tiempo de los primeros pobladores pirenaicos.

¿Quién era el *Basajaun!* Según la tradición, el *Señor de las selvas* o el *Señor salvaje*; para los sencillos moradores de la montaña, una fiera, en figura humana, de estatura gigantesca, colosal; trepaba como un tigre, tenía el

cuerpo cubierto de vello, e iba armado de enorme garrote, que enarbolaba rudamente cuando no se obedecían sus mandatos. Figuraos qué resistencia podría oponerle, aun el hombre más vigoroso y temerario.

Como medida preventiva, el de Goñi se propuso obedecer al monstruo, que con voz de trueno, le dijo: ¡acércate! Teodosio se aproximó sin titubear, y el *Señor salvaje* añadió en tono de soberano: ¡sígueme! Era inútil replicar, y el interpelado echó a correr tras la fiera humana. Jadeante caminaba por aquellas peligrosas asperezas, sintiendo que se rompía el ramaje y saltaba por todos los obstáculos que se oponían a su paso.

No sabemos si por consideración al pobre Teodosio, que no podía más, o por qué, el *Basajaun* se detuvo al pie de un escarpado peñón, donde se descubría la negra boca de una gruta.

—Tu conciencia ya te lo decía, y tus presentimientos no te engañaban—dijo terriblemente el monstruo—Es preciso que regreses inmediatamente a *Faureguía*, en donde sorprenderás a tu mujer en íntimo coloquio con el godo Eudón, a quien viste penetrar, no hace mucho, por la puertecilla secreta.

Teodosio, anonadado ante tan extraordinaria revelación, que corroboraba sus funestos

temores, aún tuvo valor para decirle: ¡mientes!; pero antes de terminar la frase, cayó sobre el infeliz el terrible garrote, haciéndole perder el sentido.

El desdichado, herido y maltrecho, no supo darse cuenta del tiempo que permaneció desmayado; pero cuando volvió en sí, era muy entrada la noche.

Púsose en marcha, desechando, como horrible pesadilla, lo que creyó haberle acaecido, decidiendo proseguir su viaje a Pamplona y hacerse cargo del mando de su hueste.

Ya llevaba recorrido gran trecho de su camino, cuando sintió pasos de alguien que se le acercaba. Temiendo la reaparición del *Basajaun*, no se atrevía a volver la cabeza; pero una voz dulce y apagada, le llamó, diciendo: ¡Teodosio! ¡detente!

Admirado de oír su nombre, se detuvo, descubriendo un ermitaño flaco y macilento, al cual contestó: — ¿qué me queréis, padre mío?

—Aquí, en este yermo en que me ves, vivo hace muchos años huyendo de todo humano comercio; pero el Espíritu Santo me advierte de lo que pasa en el mundo, y hoy me ha inspirado que saliese esta noche a buscarte. Perplejo andaba, sin saber por qué camino te encontraría, cuando Dios me ha conducido hasta

ti, para decirte que vuelvas a *Faureguía*, en donde tu honra peligrá.

—Al oír esto Teodosio, se estremeció, comprendiendo la alusión del ermitaño; pero el cuidado quiso convencerse, una vez más, de su desgracia, y replicó: ¿qué pierde mi honor en ir a Pamplona, y ayudar a mis partidarios contra el vicario del Duque de Cantabria?

—Entonces, el sacerdote, en tono profético, exclamó: antes que todo, es vengar tu afrenta. Constanza ama a Eudón, y ha concertado tu deshonor y usurparte el trono de Vasconia, a que aspiras, para compartirlo con él.

—¡Padre mío, mirad lo que afirmáis!— sollozaba nuestro héroe;— quiero pruebas de esa afirmación.

—Vuelve a Goñi, y allí podrás convencerte de la infamia; allí encontrarás la prueba del delito, pues Eudón descansa esta noche en tu propio lecho.

El vehemente mancebo, loco de celos, en el paroxismo de la exasperación, rugió colérico la salutación vascongada; ¡*agur, agur!*, y marchó desolado, murmurando: los dos infames dormirán esta noche en el infierno.

En estos insanos delirios, el desdichado Teodosio se encontró, sin darse cuenta, a las puertas de *Faureguía*.

El corazón le latía fuertemente, y olas de sangre le cegaban la vista: ahí, dijo mirando a su palacio, me están robando la honra, el amor y la fe.

Con toda precaución para no hacer ruido, desnudó la *espata*, empujó la puerta, que, según las patriarcales costumbres, no se cerraba nunca, y tomó la escalera secreta.

La pluma, horrorizada, se niega a relatar la sangrienta escena que siguió después: yo desearía no transcribirla, pero lo requiere, lo exige, el hecho histórico que dió origen a la leyenda, y de cuya tragedia sacó la Providencia resultados maravillosos, de transcendencia suma para aquellos pueblos, demostrando palmarriamente que el mayor crimen consiste en perder la confianza en la Misericordia Divina.

Teodosio atravesó el tránsito, y ya le faltaban pocos pasos para llegar a su dormitorio, que, como recordarán mis lectoras, aquella fatídica noche estaba ocupado por los ancianos padres del de Goñi.

Acercóse, a tientas, el infortunado, apoyándose en las paredes, pues se sentía desfallecer; ya delante de la puerta, escuchó, conteniendo el aliento. De pronto, quedó sobrecogido por el más agudo dolor; el tálamo estaba ocupado; los criminales, sin duda, dormían

tranquilos: ¡oh! él se vengaría cruelmente.

Alargó tembloroso el brazo hasta el lecho, y tropezó con un rostro barbado; a su lado se percibía la respiración de otra persona. ¿Qué pasó entonces por su mente? Algo satánico que no rechazó, porque, levantando la *espata*, clavóla en la garganta de uno de los dormidos, y luego, tinta en sangre de la primera víctima, la hundió en el pecho del varón...

* * *

Realizado el horrible crimen, salió el asesino precipitadamente de la estancia, y en su aturdimiento, cerró de golpe la puerta de la cámara, encaminándose maquinalmente a la escalera principal. Al doblar hacia el corredor, vió un foco de luz artificial en el fondo, descubriendo una mujer vestida de blanco, que, cual bella y fantástica aparición, se presentó de improviso ante el asombrado Teodosio. Reconociendo a Constanza en la aparecida, quiso huír, temiendo fuese una alucinación o la sombra vengadora de su esposa, pero ella le llamó dulcemente, diciendo: Teodosio, amor mío, ¿por qué no vienes a mis brazos? mi corazón te esperaba, y ya ves que no me ha engañado: por eso no quise dormir, y te

aguardé en la capilla, rogando a Dios por tu pronto regreso.

El infeliz retrocedió espantado al escuchar tales palabras, y con acento indescriptible, preguntó: ¿pero, quiénes dormían en nuestro lecho?

Tus padres, a quienes rogué que, en tu ausencia, ocupasen nuestro lugar.

El infortunado caballero, horrorizado del espantoso parricidio, comprendió, aunque tarde, que el Espíritu de las tinieblas era el inductor del nefando crimen, habiéndose presentado como *Basajaun* y falso ermitaño, escitando sus celos y malas pasiones.

Sin proferir una palabra, huyó de la presencia de su esposa, loco y despavorido de terror, por montes y desfiladeros.

* * *

A la mañana siguiente, llegó el desventurado a presencia del obispo de Pamplona, ante quien confesó, a voces, su delito; y compadecido el santo prelado del profundo dolor y arrepentimiento del parricida, tras algunas palabras de consuelo, le dijo, todo emocionado: hijo mío, lo que has hecho, exige grandes penitencias para su perdón; vé a Roma, y nues-

tro Santísimo Padre te enseñará el camino por el que, con la gracia de Dios, puedes aún llegar a ser santo.

No dilató ni un momento el de Goñi tan sabio consejo, y partió hacia los Pirineos, para tomar rumbo con dirección a la capital del Orbe Católico.

* * *

El Santo Padre acogió al peregrino con la piadosa caridad que inspira a los buenos la desgracia ajena. Oyó la confesión del delito, y absolvió al penitente; pero le impuso una gravísima penitencia : debía ceñirse la cintura con una gruesa argolla de hierro y una pesada cadena; se le prohibía entrar en poblado, ordenándosele llevar vida errante por montes y desiertos, hasta que se le rompieran los eslabones, desgastados, de la cadena, señal cierta, cuando ello sucediere, de hallarse satisfecha la justicia divina. Ocurrido esto, erigiría, en el sitio del acontecimiento, un templo, dedicado al Arcángel San Miguel.

No rehuyó el delincuente tan terrible prueba, sino que, por el contrario, la acogió con valiente resolución.

Regresó a su país natal con la argolla y la cadena, oprimido el hombro por pesada cruz,

y vestido de áspera túnica. No disfrutaba de otro lecho que las duras rocas; se alimentaba de hierbas silvestres, y no tenía más habitación que las hendiduras de los montes.

Así vivió muchos años, hasta que un día sintió irresistible tentación de visitar a su esposa, que le creía muerto. Una noche se acercó a la puerta de su palacio, decidido a penetrar en él, pero, deteniéndose y haciendo un esfuerzo sobrehumano, huyó de allí precipitadamente. La lucha que sostuvo en su corazón fué tan grande, y su vencimiento tan heroico, que el Señor le premió, rompiendo en el acto un eslabón de la cadena que arrastraba por el suelo.

Teodosio prosiguió con nuevo fervor sus penitencias, dirigiéndose al monte Aralar, distante de Goñi unas dos leguas de áspero camino.

Un día el Duque Eudón (de quien ya sabía fué el autor de todas sus desdichas, disfrazado de *Basajaun* y falso ermitaño) iba por el Aralar, herido mortalmente, huyendo de sus enemigos, los vascos. El perseguido encontró al penitente, y le pidió angustiosamente que le ocultara : ninguno de los dos se reconoció en el primer momento.

Teodosio acogió en su cueva al caballero

fugitivo, defendiendo la entrada, de sus perseguidores, que a gritos le pedían les entregase al godo Eudón.

Al conocer el nombre del refugiado en la caverna, titánica lucha se entabló en su alma; los instintos vengativos y crueles, dormidos tantos años en el pecho del cuitado, despertaron formidables; su corazón era un infierno; pero, arrojándose al pie de la cruz, logró darle la victoria su caridad cristiana.

Curó con amorosa piedad las heridas de su encarnizado rival, y consiguió, más tarde, ponerle en salvo.

En aquel momento, se le apareció un enorme y espantoso dragón, que amenazaba devorarlo; el eremita, de rodillas, invocó fervorosamente a San Miguel, e inmediatamente se escuchó un horrísono estampido, y un fulgor repentino iluminó el monte, apareciendo en el aire el glorioso Arcángel.

El dragón quedó muerto instantáneamente, y Teodosio sintió resbalar hacia el suelo las cadenas hechas pedazos, y curadas las llagas que en su cuerpo habían producido.

Al desaparecer San Miguel, cuenta la tradición, que en la peña más alta del Aralar de-

jó una imagen suya, sosteniendo la cruz sobre la cabeza, recuerdo perdurable que hoy día se venera.

El de Goñi cumplió gozoso lo mandado por el Papa, erigiendo en el sitio de la aparición el suntuoso templo de San Miguel Excelsis, dotándolo con cuantiosas rentas.

Su esposa se unió alborozada a tan laudable como santa obra, edificando asimismo una casa de oración y retiro, en donde ambos esposos terminaron santamente sus días.

En la portada del templo principal, penden, a disposición de los devotos visitantes, las cadenas que sirvieron de instrumento de penitencia al hoy venerable Teodosio de Goñi, y que los fieles adoran reverentes, implorando la curación de las dolencias del cuerpo.

Argolla y cadena son de estilo latino-bizantino, y su aspecto, de más antigüedad que la actual iglesia donde se guardan.

También se conserva, entre los donativos hechos por los reyes de Navarra, un soberbio retablo o frontal de esmalte, del siglo XI, que, según los inteligentes, es una de las más ricas piezas de orfebrería del mundo.



DOS MÁRTIRES RIOJANAS

Nuestra región, caras lectoras, es verdaderamente fértil en todos los órdenes: su exuberante y rica campiña produce exquisitos vinos y deliciosas frutas, conocidos en los mercados del mundo entero; su clima, agradable y nada extremado, posee mil atractivos que la hacen encantadora.

Ha sido pródiga en todos los tiempos, en hombres eminentes en la política, las ciencias y las artes, dando insignes estadistas y guerreros, sabios, literatos y artistas inspiradísimos.

Pero en lo que más puede gloriarse, es en la pléyade de santos que han esmaltado y perfumado el campo de la Iglesia con la fragancia de sus virtudes.

Una amiga mía tuvo la amabilidad de referirme la interesantísima tragedia religiosa de dos ilustres vírgenes y santitas riojanas: Nunilo y Alodia.

El relato es tan conmovedor, y tan simpáticas sus biografías, que me voy a permitir contároslas, esperando sean de vuestro agrado;

para las jovencitas, especialmente, constituyen un poema delicioso de amor y fe cristiana.

* * *

En el siglo IX vivían en su mansión solariega de Bosca (hoy Bezares y no Huesca, como erróneamente se ha dicho por algunos) dos preciosas adolescentes llamadas Nunilo y Alodia, de catorce y doce años, respectivamente. Las pobrecitas eran huérfanas : habían perdido a su padre, que profesaba la religión de Mahoma, cuando contaban muy corta edad : mas su madre, cristiana ferviente que sobrevivió algunos años a su esposo, las bautizó e instruyó en la religión del Crucificado, y, al morir, legó a sus hijas la más sólida piedad católica, además de vehemente deseo de morir por la fe.

Cuenta la tradición, que las lindas jovencillas, poseían pingües riquezas, nobleza de abolengo, peregrina hermosura y gran inteligencia; todo lo cual las hacía verdadero dechado de perfecciones.

El pariente lejano que les servía de tutor era musulmán, como su padre, y he ahí por qué tenían las cuitadas un enemigo, en lugar de un protector desinteresado que velase por

su orfandad, sobre todo desde que la codicia inspiró en este malvado los planes más bastardos e innobles contra las inocentes niñas.

Cierto día, Nunilo penetró precipitadamente en el iaposento de Alodia, y dijo, alborozada: albricias, hermanita mía, dame un beso, que te traigo una gran noticia.

La pequeña, que era de carácter alegre y decidido, le contestó, riendo: dime primero de qué se trata, y, si la cosa lo merece, te daré el beso.

—Eres desdeñosa, y hasta esquiva, y habrá que complacerte. Acabo de tener con nuestro tutor una entrevista muy desagradable: me ha dicho que se prepara una terrible persecución contra los cristianos, y que Abderramán II de Córdoba ha publicado un edicto, conminando con severísimas penas a cuantos hijos de padre mahometano y madre cristiana, o viceversa, no renieguen de su fe, abrazando el Islamismo.

Alodia interrumpió a su hermana, alegremente, diciendo: —Luego, nosotras, estamos comprendidas en la orden; y como no tenemos intención de apostatar, seremos perseguidas, presas, y, tal vez, demos la vida por nuestro Dios: ¿no es verdad, Nunilo?

—Sí, querida mía; esta idea me subyuga

dulcemente; pero temo que tú, tal vez, como eres tan niña, no tengas valor en trance tan cruel.

—No me conoces—replicó Alodia con sublime arranque;—yo, por mí sola, no puedo nada; pero nuestra madre nos decía que Jesús presta en estos casos valor sobrenatural, y no dudo me infundirá fortaleza invencible: ya lo verás.

—Muy bien, hermanita mía; que Dios nos dé su ayuda, pues nuestro tutor se ha separado de mí, profiriendo siniestras frases; y como yo me he negado en absoluto a abandonar las salvadoras creencias de Cristo, me ha amenazado con denunciarnos al gobernador de Castroviejo, y creo lo cumplirá.

—Y tú, ¿qué has dicho al ver tan irritado a nuestro deudo?

—Con toda la energía que cabe en mí, he manifestado, que con la religión no se juega, y por esta razón nada en el mundo será capaz de arrancarnos la fe que profesamos. Al principio, se reía de mis palabras, llamándome rapazuela insensata y no sé cuántas cosas más; pero después, mis acentos, inspirados por el Esposo inmortal, le han hecho comprender que no adelantaría nada insistiendo, y se ha marchado ciego de furor.

—¡Roguemos a Jesús para que le proteja!
—exclamó Alodia, dulcemente.

* * *

El demonio de la codicia y el despecho sugirió al tutor de nuestras heroínas la más monstruosa iniquidad. En seguida de separarse de Nunilo, marchó precipitadamente a denunciar a sus pupilas ante el Califa gobernador de Castroviejo (hoy villa de escasa importancia, sita a una legua de Bezares y muy próxima a Nájera).

Tan odiosa y abominable traición produjo pronto resultado. El gobernador Zumayl ordenó que inmediatamente compareciesen las indefensas niñas a su presencia.

Las huérfanas no se hicieron esperar, y en la convicción de que pronto se consumarían sus anhelos de obtener el martirio, preparáronse con ayunos, penitencias y fervorosas plegarias, implorando esa gracia sobrenatural.

El camino que había que recorrer era áspero, y ellas, tan delicadas de complexión, lo anduvieron descalzas, y repartiendo limosnas.

El gobernador, al verlas tan lindas, atractivas y tan interesantes por su tierna edad, recibíólas con exquisita galantería y finas zalemas, y, creyendo conquistarlas con halagadoras pa-

labras, usó de su pintoresco y candencioso lenguaje árabe, prodigándoles las más seductoras alabanzas.

—¿Es verdad que sois hijas de un *mollite*? (cristiano renegado)—les preguntó.

—Nunilo, respondió con presteza: ignoramos lo que nos preguntas; ¡éramos tan pequeñas cuando mi padre murió! Pero lo que no puedo ocultarte es que mi madre era cristiana, y nosotras tenemos la dicha de profesar la fe de Cristo.

Al oír la valiente confesión de la adolescente, Zumayl se indignó; mas repuesto en el acto, reanudó los halagos, usó temperamentos de piedad y conmiseración, y luego terribles amenazas; pero nada le dió resultado, porque las valerosas niñas se ratificaron siempre en sus santos propósitos de no cambiar de opinión.

Firmeza tan gallarda e impropia de jovencillas, dejó átonito al Califa, que, herido en su amor propio, se consideró en ridículo si no conseguía, por cualquier medio, la conversión de las vírgenes.

Al objeto, las envió separadas e incomunicadas a casa de dos moras de su confianza, y allí, con todo género de intrigas y supercherías, las tuvo cuarenta días en horrible situación de

tortura espiritual; pero todo fué en vano; Cristo sostenía su formidable entereza, y la antorcha de la fe iluminaba con celestiales fulgores sus infantiles inteligencias, causando el asombro del Califa y de cuantos las rodeaban.

A pesar de los engaños empleados para hacer vacilar a las prisioneras (pues llegaron a decirles: a la mayor, que Alodia había apostado, y a la pequeña, que Nunilo no era ya cristiana), ninguna cedió en esta prueba, sino que, por el contrario, se afirmaron más y más en su decisión.

La víspera del sublime y heroico triunfo, la menor de las niñas suplicó, con lágrimas, a sus verdugos, la dejaran ver a su hermana; esta vez, los despiadados accedieron a la petición.

La patética y conmovedora escena que siguió al encuentro de las vírgenes cristianas, no es para descrita; lágrimas dulcísimas inundaron sus bellísimos rostros, y, al convencerse de que las dos habían perseverado, se preguntaban, gozosas:

—¿Conque no era verdad, Nunilo mía, lo que me aseguraban?

—Qué, ¿te dijeron, como a mí, que había renegado de nuestra religión? ¡infeliz! ¿y lo creíste?—decía la mayor;—más confianza me

inspiró tu entereza, pues a mí también me dijeron lo propio, con relación a ti, y no dudé que se trataba de patrañas de nuestros enemigos.

—En fin, ya estamos reunidas, hermana mía, pero por poco tiempo,—dijo con acento profético la angelical Alodia.—Preparémonos al gran día, pues mañana moriremos para vivir eternamente en el cielo, con el que nos conforta.

Pronto supo Zumayl la resuelta y firme actitud de las niñas, y, en el colmo de la indignación, las volvió a llamar a su presencia, interpelándoles duramente.

—Decidme, por última vez; estáis decididas a seguir cristianas, menospreciando mi poder y valimiento, o, por el contrario, accedéis a abrazar la religión de Mahoma.

Sois tan niñas, añadió, que quiero usar con vosotras de todos los medios conciliadores, pues si os castigase como merecéis por vuestra rebeldía, la historia me tacharía de feroz y sanguinario.

Vivís en el error más lamentable, y precisa que me obedezcáis en todo, desechando esas necias preocupaciones y desatentada conducta: yo os protegeré, seré un padre cariñoso para vosotras, y después os daré esposos ricos y nobles, cual lo exige el abolengo de vuestra distinguida

estirpe; por este camino evitaréis el castigo de la muerte, que os aguarda si persistís en tan funesta resolución.

La lucha a que sometieron aquellos despóticos tiranos a nuestras virgencitas fué titánica, y tan superior a las fuerzas humanas, que cualquiera hubiera sucumbido; empero, la gracia divina triunfó con fuerza arrolladora, proporcionando a las víctimas maravillosa victoria.

El Califa acudió todavía a otro expediente: mandó traer a un sacerdote renegado, para ver si conseguía catequizarlas.

—Nunilo, en presencia de aquel sér indigno, hondamente impresionada, le preguntó: dime, ¿hemos de morir alguna vez?

—Claro está que sí—contestó el interpe-lado.

—Pues, según eso, mejor es morir por Cristo, para gozar eternamente de El, que vivir algo más en la tierra, y ser castigada eternamente en el infierno, por apostasía.

En vista de que no se conseguía nada práctico, Zumayl, ciego de ira, mandó que les cortasen la cabeza.

Nunilo dispuso su garganta para el sacrificio, recomendando a su hermana que la imitase en cuanto le viera hacer, y Alodia le contestó: vé tranquila, que haré lo que tú hicieres.

Nunilo arregló su espléndida cabellera, se hincó de rodillas, y con noble y digno ademán, dijo al verdugo: ¡infeliz!, hiere con presteza.

Asombrados y confusos los circunstantes, no se explicaban aquel valor sereno; el verdugo, anonadado a su vez, no acertó a dar el golpe certero en la garganta, y la agonía de la mártir resultó horrible, según las convulsiones que agitaron el cuerpo de Nunilo.

Al advertir Alodia que el vestido de su hermana se descompuso algún tanto, corrió a arreglarle la túnica, para cubrir con ella los pies de la decapitada.

El Califa, que, cruel, presenciaba la ejecución, admirado de lo que veía, dijo al verdugo, que se disponía a la inmolación de Alodia; estáte quedo, aguarda.

Y volviéndose a la pequeña, trató de atraérsela por los medios más persuasivos y cariñosos.

No te canses, date prisa, mándame degollar, y así me reuniré pronto con mi Nunilo, en el cielo—dijo con viveza la heroína superviviente—; y levantando los ojos hacia el firmamento, cual si viese una aparición celestial, exclamó, enajenada de gozo: hermana mía, aguardame un poco.

Para evitar una postura poco honesta, Alo-

dia se arregló con inimitable gracia la túnica, atósela a los pies, extendió las magníficas trenzas de su pelo por la espalda, y, arrodillándose encima del cuerpo de la primera mártir, presentó al verdugo su cándida garganta.

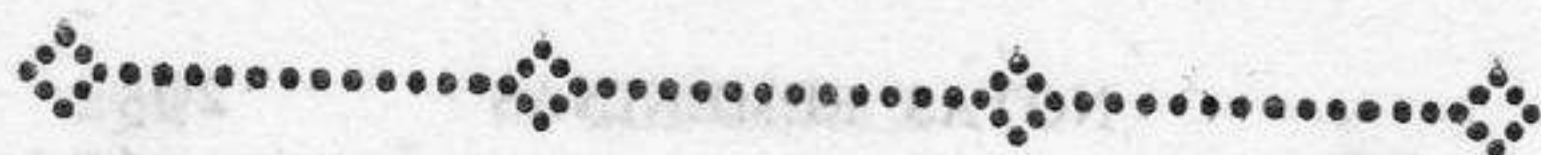
Esta vez el golpe fué certero, y la bella cabeza separada del tronco de un solo tajo.

Subieron al cielo el jueves, 21 de octubre del año de gracia 840, aunque el martirologio señala su fiesta el 22.

El reino de Navarra, que a la sazón acometía la Reconquista por las márgenes del Ebro, tributó a las santitas singular devoción, recogiendo sus preciosos restos en el monasterio de Leyre, en donde se guardaron y veneraron siglos enteros.

Todavía aparecen las imágenes de nuestras vírgenes riojanas en la románica portada del citado monasterio de San Salvador, de Leyre, a la diestra de Jesucristo y su Divina Madre.





DOBLE VISTA DE LAS MADRES

PARA UNA BALÁDA

Tras la deshecha y horrible tempestad que, precedida de imponente galerna, se desarrolló la noche anterior en la costa de la pintoresca playa de C... y su puerto, uno de los más importantes del mar Cantábrico, al amanecer de una bellísima mañana del mes de abril, el crepúsculo coloreó con sus nacaradas tintas el poético paisaje; y los naturales del país, en su mayor parte pescadores, acudían a la playa después de las rudas emociones que habían experimentado la víspera, para apreciar los desperfectos ocasionados por la catástrofe.

La multitud contemplaba los informes restos que cruelmente habían arrastrado las olas hacia la orilla, cuando algo más dramático y sombrío descubrieron sus asombrados ojos; era el cadáver de un hombre que yacía en la arena, y cuyo rostro desfigurado causaba profundo terror a los circunstantes.

—¿ Conocéis a ese infeliz ?— decía un hombre, curtido por las brisas marítimas.

—No, por cierto; yo creo que no es del país,—contestaba otro, que parecía pescador.

—Debe tener mi edad próximamente,—añadía un mozo de unos 25 años, robusto y fornido;—pero me es desconocido; no sé quién puede ser.

Una encantadora muchachita, de cabello negro y ensortijado y ojos bellos y expresivos, exclamó, con lúgubre acento :

—¡ Está tan desfigurado el infeliz, que es imposible identificarle !—y con voz ahogada por la emoción, dijo, tristemente :—¡ Esta figura debe tener Fernando, mi prometido, a juzgar por su último retrato... ! pero no, sería horrible...

—Hay que ir a llamar al señor cura, para que rece un responso por el alma del pobre náufrago.

—Sí, y también avisaremos al juez, para que levante su cadáver.

Poco tiempo después, el ministro del Señor, acompañado del sacristán, acudía solícito a la playa para elevar sagradas preces por el desconocido, y no tardaron mucho en presentarse el juez, el forense y alguacil del Juzgado.

Nadie conocía a la infortunada víctima de la catástrofe marítima.

La interesante y linda Luisa creía ver en las desfiguradas facciones del cadáver a alguien conocido suyo, pero no acertaba quién podía ser.

Tomás, el robusto muchachón, tampoco descifraba el enigma.

Al alguacil del juez, que se hallaba presente, hacía diez años se le había marchado un hijo a América; el cual, además de ser amigo de Tomás, se iba a casar, al regreso, con su hermana Luisa, la monísima pescadora a quien hemos conocido en la playa; pero el alguacil todavía afirmaba con más convicción que nadie, que el naufrago no era del país, pues él lo desconocía por completo.

En tal situación, y como todos desconfiaban de poder identificar la misteriosa personalidad del muerto, se procedió a colocar al desdichado joven en una camilla, a fin de conducirlo al depósito judicial para practicar la autopsia. Empero, la visión que apareció por la calle principal que desembocaba en la playa, les hizo retroceder profundamente impresionados.

Una mujer, ya anciana, con los blancos cabellos en desorden y el semblante horriblemen-

te contraído por el dolor y la angustia, venía dando gritos destemplados, y con ronco acento, decía :

— No os lo llevéis... quiero verle... es mi hijo Fernando... el corazón de una madre no se engaña jamás...

Luisa y el alguacil del juzgado, que reconoció a su mujer en la extraviada anciana, trataron de auxiliarla, creyendo sufría un ataque de enajenación mental; pero la infeliz seguía en su desvarío, repitiendo :

— Es Fernando; lo he visto luchando con las olas... él nadaba muy bien... pero ellas eran formidables... Una, tan negra como la tinta, lo envolvió y ocultó a mi vista... Después, su cadáver flotaba y las ondas lo traían, lo traían en confuso torbellino hasta la playa... Ahí está; enseñádmelo, por Dios... no me privéis de besar al hijo de mis entrañas...

Los circunstantes, sobrecogidos de espanto al presenciar aquel dolor tan sublime, no la dejaban acercarse; pero ella, con fuerzas sobrenaturales, se desprendió de los brazos que la aprisionaban, y abalanzándose a la camilla, quitó precipitadamente el fúnebre paño que ocultaba el rostro del cadáver, y cubriéndole de besos y lágrimas, le llamaba con los más suaves y dulces nombres que el amor maternal posee

para estos casos, y que expresan de un modo inconcebible y maravilloso todos los matices de la música más arrulladora y candenciosa.

No se había equivocado, no, la infortunada mujer; efectivamente, era su Fernando, el cual regresaba de América, rico de amor y de ilusiones, y con una regular fortuna con que endulzar la vejez de sus padres, alegrando su hogar con su linda Luisa, con quien pensaba casarse.

La horrible galerna y deshecha tempestad, que le cogió en la costa nativa, destruyó el barco que le conducía.

El amor maternal, con la doble vista del alma, el más certero de todos los anteojos, presencié la hecatombe, sin perder un detalle de la trágica escena.

El padre de Fernando no conoció a su hijo, a pesar de contemplarlo a plena luz, por lo contraído que estaba su semblante.

Luisa, su adorada prometida, tampoco presintió que el náufrago podía ser su novio.

Tomás, el amigo de la niñez, el compañero de sus juegos infantiles, no le reconoció.

¡La madre! ¡Únicamente ella, con su au-

gusto e incomparable amor, no sólo le reconoció, sino que hizo más; sintió en el corazón horrible tortura moral, presenciando, en espíritu, la trágica muerte de su hijo! Y por esto, sin titubear, identificó perfectamente la personalidad de aquel pedazo de su alma (aunque completamente desfigurado), con la certeza abrumadora, engendrada por su perspicaz doble vista maternal.

APÉNDICE



gusto de hacerle saber que no se olvidaba de él, sino que hizo un viaje en el que se dio a conocer a su hijo, en un momento de la vida que era tan importante para él. Y por esto, sin dudar, identificó perfectamente la personalidad de aquel pedazo de su alma (aunque completamente olvidado) con la escultura que había visto en su viaje a América, con sus rasgos y con una regular fortuna con que conducir la vejez de sus padres, alegrando su hogar con su hija Luisa, con quien pensaba casarse.

La horrible galerna y deshecha tempestad, que le cogió en la costa, destruyó el barco que lo conducía.

El amor maternal, con la doble vista del alma, el más certero de todos los anteojos, presenció la hecatombe sin perder un detalle de la trágica escena.

El padre de Fernando no conoció a su hijo, a pesar de contemplarlo a plena luz, por lo contrario que estaba en el momento.

Luisa, su hermana menor, tampoco presenció que el pedazo podía ser su hijo.

Tras el naufragio, el compañero de sus juegos infantiles, no le reconoció.

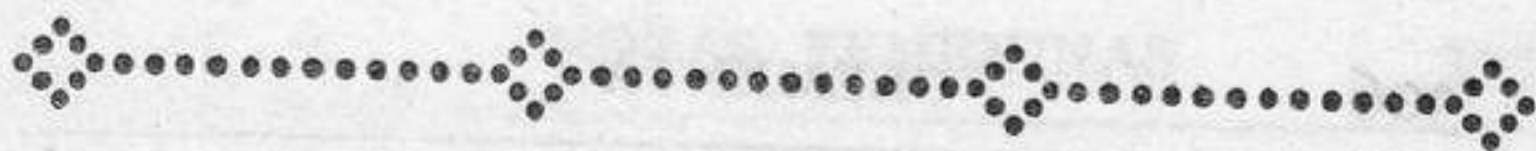
La madre! ¡Únicamente ella, con su au-

UNA OBRA SOCIAL

SU FUNDACION Y DESARROLLO

APÉNDICE

APÉNDICE



UNA OBRA SOCIAL

SU FUNDACION Y DESARROLLO

I

Desde hace algún tiempo, lectoras mías, vengo acariciando la idea de implantar en Logroño una catequesis, exclusivamente para adultos, persiguiendo el fin importantísimo de instruir y moralizar al desvalido e ignorante proletariado, y al obrero en general.

La infatigable escritora católica María de Echarri, cual si hubiera adivinado mi pensamiento, publicó en *Diario de la Rioja*, el mes de julio último, un artículo, tratando del asunto. En él, la ilustrada publicista encarece la conveniencia trascendentalísima del «Apostolado de señoras», en todas las poblaciones de alguna importancia, y ruega encarecidamente a las damas que trabajen con entusiasmo y fe para establecerlo donde no exista.

Excuso deciros, queridas mías, la gran satisfacción que experimentó mi alma, y el gran peso que se me quitó de encima leyendo el artículo, al ver que tan autorizada pluma fuera

la encargada de promover la simpática institución.

Todos los días aguardaba yo impaciente el resultado que creía alcanzar, merced a la oportuna alusión de la escritora, esperando surgiese en Logroño alguna señora de las que más se distinguen por su cultura, sólida piedad y buena posición, que, tomando la iniciativa en pró de tan nobilísima obra social, secundara los deseos de María de Echarri, que eran los míos.

Pero en vano: hasta la fecha nadie ha respondido al categórico requerimiento de la articulista.

¿Qué hacer? preguntábame yo perpleja y entristecida al ver desvanecerse mis ilusiones. ¿Desechar el pensamiento? ¿Desistir? Esto equivaldría a desairar las inspiraciones de la Gracia; sería, como sabéis, despreciar a Dios Nuestro Señor, que es quien las sugiere.

Hallábame en tales dudas y vacilaciones, cuando una amiga mía, muy querida (que, por cierto, no vive en esta población), tuvo la feliz ocurrencia de remitirme un reglamento del Apostolado de referencia.

¡Qué opúsculo tan interesante! Estoy entusiasmada; más aún, enamorada del tierno y simpático suceso en que nació espontánea-

mente la colosal institución, y mucho más de los incalculables y benéficos resultados alcanzados por ella, tanto en el orden moral como en el social.

Su lectura me ha decidido a lanzar la idea a la publicidad en este diario, proponiéndome trabajar con ahinco en la propaganda de la obra.

¿Que no consigo nada? Pues Dios ve la rectitud y pureza de mi intención, y con esto me basta.

No soy exclusivista ni pesimista; tampoco me forjo ilusiones de alcanzar éxito seguro, y por ello me limito a poner el asunto en manos de la Virgen, y ella lo realizará, si es de su agrado; porque patronatos e instituciones de esta índole tienen tal magnitud, que sería humanamente imposible fundarlos ni sostenerlos; sin embargo de lo cual, se repite a diario, en ellos, el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, viéndoseles nacer y crecer maravillosamente, con asombro de los incrédulos, que no quieren reconocer la mano providente que con magnificencia los sustenta.

De una mujer (eso sí, heroica y admirable) se valió la Divina Providencia para fundar el primer insigne patronato, en Madrid; de doña Dolores Sopeña, secundada por una angelical

jovencilla, la señorita Julia Puncet, y la fundación brotó fecunda y hermosísima, a pesar de no poseer medios pecuniarios ni protección material de ninguna especie.

¿Por qué no hemos de intentar en Logroño, queridas lectoras, realizar algún ensayo para la implantación de tan piadosa obra?

Yo siento irresistible tentación de trabajar con empeño para su establecimiento; y, a fin de animaros a que cooperéis a esta santa institución, pienso dedicar algún otro artículo al asunto; pues la historia de la fundación de la obra es interesante y atractiva, y no abrigo la menor duda de que, al conocerla, vibrarán conmovidas las fibras más sensibles de vuestros tiernos corazones.

Hasta muy pronto, pues, me despido de vosotras.

3 septiembre 1913.

II

En el año 1885 vivía en Madrid doña Dolores R. Sopeña: esta piadosa y distinguida dama pertenecía a la «Congregación de Hermanas de la Doctrina», cuya misión consiste, esencialmente, en visitar las cárceles y hospitales para socorrer e instruir a los desgraciados

seres que allí moran, obligados por las leyes a cumplir la sanción penal.

A doña Dolores, casi siempre acompañaba en sus visitas una joven llamada Julia Puncet, señorita de carácter y virtudes angelicales, delicada flor agostada en lo más hermoso de su edad por los ardores de su inextinguible caridad, y que sucumbió, en breve, consagrando su preciosa existencia en aras del Divino Amor.

Un día explicaban ambas el Catecismo en la cárcel de mujeres a una reclusa que les profesaba singular predilección, y la presa preguntólas :

— Cuando yo salga de aquí, ¿me visitarán ustedes?

— Si tú lo deseas, ¿por qué no?

— Es que yo vivo en un barrio malísimo; como que le llaman la antesala del *Saladero*... Figúrense... todas las que estamos aquí... somos de allí...

— ¿Dónde vives, pues?

— En el «Barrio de las Injurias».

A las catequistas les hizo poca gracia el nombre; a pesar de lo cual, prometieron visitarla.

No tardó mucho tiempo en trasladarse a su domicilio la presidiaria, ni nuestras intrépidas catequistas a presentarse allí.

Su presencia causó viva extrañeza en la abigarrada y harapienta vecindad, que salía asombrada de sus inmundos tugurios, al contemplar por aquellas calles a personas decentes; más aún, damas vestidas elegantemente.

— ¿Pero a quién buscáis aquí? — preguntaron algunas mujerzuelas.

Las señoras no se asustaron por eso.

— Decidnos cuál es el «Corral del Cotarro», — respondieron.

— Allí es, — les dijeron señalándolo.

Las damas penetraron en él: su fatídico y repugnante aspecto les causó indecible horror; no sólo se albergaban en él las miserias sociales más desoladoras, sino un cúmulo de la más repulsiva miseria moral; allí vivían seres abyectos y degradados, gentes sin bautizar, amancebados con indignas mujerzuelas; *parias* abandonados sin noción siquiera de las leyes divinas, constituyendo la cárcel y el presidio el término de su profesión.

Cuando las damas, ya en su casa, consideraron el horrible cáncer social que acababan de descubrir en toda su desnudez, se preguntaron:

— ¿Qué hacer? ¿Huiremos de ese antro monstruoso? ¿Retrocederemos ante lo que la Providencia nos ha descubierto?

La resolución de estas dudas no se hizo aguardar.

— Volveremos; visitaremos el «Corral del Cotarro», cueste lo que cueste el sacrificio.

Y efectivamente; con valor y celo apostólicos afrontaron la lucha titánica, la penosa labor, llena de heroicos sacrificios: porque los vecinos del corralón las recibieron en un principio hostilmente, rechazándolas con improperios, y hasta despidiéndolas con amenazas: hubo hembra sin pudor que las apostrofó, llamándolas brujas, y aun algo peor...

Mas doña Dolores se acercaba entonces suavemente a la bravía, y pasándole su brazo por el cuello, le decía dulcemente:

— Si hemos de ser buenas amigas aunque tú no quieras.

Y con estas o parecidas frases, la fierecilla se amansaba.

¿Cómo no humanizarse viendo a una señora distinguida y santa abrazada a una mujer de tal estofa?

La victoria era completa: a fuerza, pues, de heroísmo y amor, fueron conquistando los empedernidos corazones de aquella pobre gente, sin emplear más armas que la caridad, desconocida hasta entonces para ellas.

Las primeras catequesis las daban en los

mismos corrales; después, en las plazas del barrio, por haber aumentado el número.

Se formaban grupos de oyentes, y en el centro se colocaba la señora instructora, que, con lenguaje claro, que estuviese al alcance de todas las inteligencias, les explicaba las verdades de la sana moral, valiéndose de ejemplos y comparaciones para mantener su atención.

El primer año, se reunían unos veinte, y, a medida que aumentaba el número, se iban organizando: los grupos se dividieron en secciones, separándose los sexos, e hicieron modestos estandartes que representaban cada sección.

En esta labor constante y penosísima, pasaron algunos años, hasta que un celoso Jesuíta pretendió visitar «La institución».

Doña Dolores no se atrevió a ello sin antes proponerlo a sus *asociados*.

—¡De ninguna manera!—contestaron indignadísimos:—«¡Aquí no queremos más *enaguas* que las vuestras!»

Tenían los cuitados el peor concepto de los curas: no querían ni verlos siquiera. Asimismo, les era intolerable y repulsivo, además de los religiosos, todo lo que oliese a burguesía. Hubo que desistir de presentar al Padre Jesuíta.

No obstante, la condesa de Bueno, ilustre dama que pertenecía también a la Catequesis, habló con gran entusiasmo de ella al señor Obispo de Madrid; el sabio prelado adivinó con clara percepción algo muy trascendental y mandó llamar a la fundadora.

Esta le enteró minuciosamente de todo, y el prelado le dijo : es preciso y necesario que obra tan gigantesca y colosal se organice, pues es inspirada por Dios.

Tengo noticia de que ese barrio es peligrosísimo y abandonado, sin que nadie más que tú se haya atrevido a penetrar en él : sólo tú, Dolores, has tenido valor para buscar esas almas... y sé que te veneran : por eso deseo que la empresa adquiera más alcance, e importancia mayor.

La piadosa señora, asustada de la publicidad que se le quería dar, hizo una observación. —Yo he tenido, dijo al señor obispo, verdadero empeño en ocultar la obra a toda mirada mundana. Temo, pues, que el mundo me la eche a perder.

El prelado la disuadió de sus temores, y mostró vivísimos deseos de visitarla.

La idea era atrevidísima; no obstante, se realizó, gracias a la oportuna y discreta intervención y dirección de doña Dolores, la

cual disponía ya del corazón de sus asociados.

Al principio, la noticia de la próxima visita pastoral se recibió con ruidosas protestas; pero al fin cedieron, y se consiguió que se hiciese a Su Ilustrísima un cariñoso y efusivo recibimiento.

El desmantelado barrio se adornó profusamente; sus ventanas y escasos balcones se colgaron de abirragadas percalinas; se formaron arcos de follaje, se dispararon cohetes, surgieron oradores populares, las guitarras amenizaron la solemnidad del acto, que resultó emocionante al abrazar el señor Obispo, enternecido, al orador popular, ante la espontánea manifestación de entusiasmo del vecindario.

Fué, indudablemente, el triunfo mayor de doña Dolores Sopena el ver demostrado palmariamente el cambio de sentimientos de aquella pobre gente.

Ocho años duró el noviciado de esta obra gigantesca: Julia y Caridad Puncet, más una hermana de la fundadora, Martirio Sopena, compartieron los penosos trabajos de la admirable campaña. Poco a poco aumentó el número de catequistas, y el año 1892, en que se constituyó la asociación con su reglamento y Director, existía ya una falange de 25 catequis-

tas y más de mil asociados de ambos sexos; y hoy es un organismo completo, fecundo y poderoso, dedicado al mejoramiento moral y material de la clase obrera, sin distinción de matices.

Estos Centros han dignificado a inmenso número de pobres, trasmitiéndoles salud y vida espiritual; han llamado también a las puertas del corazón del rico, y le han dicho: sabed que hay pobres indigentes (por si lo habéis olvidado) que carecen de pan y de ropas, y son hermanos vuestros. Sabed que hay almas desgraciadísimas por no tener quien las instruya y tienda la mano. Buscad al huérfano y a la viuda, y protegedlos.

Esto ha hecho el «Apostolado de señoras», esto han dicho al potentado, llevándolo a las mansiones del infortunado menesteroso, y al describirles de cerca a esa parte de la humanidad que sufre miserias y privaciones de todo género, ha despertado en el poderoso la conmiseración y el amor hacia los de abajo, y los ha unido a todos en fraternal abrazo.

El año 1900 existían ya establecidos estos Centros en Madrid, Sevilla, Jerez de la Frontera, Sanlúcar, San Fernando, Lebrija, Toledo, Daimiel, Linares, Cuenca, Ciudad Real, Burgos, Almería y Barcelona (por cierto que en

esta última población, los obreros, agradecidos, regalaron a la fundadora una hermosísima medalla de oro, con cariñosa inscripción).

De los prácticos y brillantes resultados de todo género obtenidos por ellas, en cada pueblo, no hay que hablar; pues su benéfica influencia se deja sentir donde existen, y nadie les niega el mérito trascendentalísimo de la misión social que desempeñan.

Los Centros Obreros dirigidos por señoras han llevado la fe a los corazones más escépticos y afligidos.

Ya veis, pues, carísimas y buenas lectoras, que os ofrezco un campo fértil, para que desarrolléis vuestras iniciativas inagotables con el menesteroso.

¿Me negaréis vuestro poderoso concurso para emprender la obra?

¿Permaneceréis indiferentes ante mi modesto y respetuoso requerimiento?

¿Temeréis al respeto humano o a los sacrificios que hay que realizar para llevarla a cabo?

27 de septiembre de 1913.

III

El *genio* protector de los poetas, escritores

y *escribidores*, pone al servicio de todos ellos una legión de *geniecillos* traviesos y juguetones, que, filtrándose por las paredes, penetran en el santuario de la más pudorosa doncella; en el aristocrático salón de damas linajudas; llegan al más recóndito e inaccesible hogar; asaltan el refectorio de los conventos y hasta las celdas de las más austeras religiosas, apoderándose de los secretos mejor guardados.

¿Cómo librarse de seres invisibles e invulnerables?

Por ellos, muchas veces, se propalan sucesos que parecía imposible llegaran al dominio público, a pesar de hallarse guardados sigilosamente por sus autores.

CLEMENTA, aunque pertenece ¡pobrecilla! a la última categoría de las que escriben, tiene también a su servicio algunos de estos simpatísimos *gnomos*, y a fe que muchas veces le han enterado de acontecimientos verdaderamente sensacionales.

Ayer, sin ir más lejos, amadísimas lectoras, me comunicaron algo tan interesante para mí, que me hizo experimentar la más grata de las satisfacciones.

¿Os acordáis de los Centros Obreros? Creo que sí, pues tanto me he ocupado de este asunto en diferentes ocasiones, que no dudo lo

recordaréis, siquiera no sea más que por mi pertinaz insistencia para hacerlo interesante.

Pues bien; he sabido, por uno de esos misteriosos emisarios, que el pensamiento que yo acaricio hace tanto tiempo está en vías de realización. Damas tan piadosas como respetables (y dispensen si pecco de indiscreta) lo han tomado por su cuenta, y trabajan con ahinco para llevarlo a cabo.

Mi corazón rebosa alegría y entusiasmo, sintiendo deseos vivísimos de haceros partícipes de su satisfacción e irresistible impulso de comunicaros las gratas impresiones que ha recibido.

Dentro de breves días se celebrará una asamblea femenina para interesarnos en favor del establecimiento, en Logroño, de tan grandiosa institución, recabando el asentimiento, apoyo y cooperación de las concurrentes, para llevarlo a feliz término.

Porque, sabedlo de una vez, distinguidas amigas mías, la empresa depende de nosotras; es exclusivamente nuestra; si fracasara, la responsabilidad alcanzaría, en no pequeña parte, a la mujer logroñesa, y si triunfa, por el contrario, las damas de la localidad habrán obtenido importantísima victoria.

Como son tan necesarias, y hasta indispen

sables, muchas, muchísimas señoras que coadyuven a tan nobles fines, os ruego no desoigáis ni desairéis el afectuoso requerimiento que seguramente se os hará.

La mujer genuinamente española posee en su corazón tesoro inagotable de afecto y sentimientos dulcísimos de amor, caridad y patriotismo, para responder a toda empresa noble y elevada; y por ello será ofensiva para vosotras la más ligera duda de que habéis de secundar tan recomendables iniciativas.

Estos Centros, como podéis comprobar en cualquier momento, constituyen una institución social tan sublime y humana a la vez, tan culta y atractiva, que, a poco que se estudie el fin que persigue y el bien que realiza, cautiva y subyuga a todo corazón bien nacido, a toda alma tierna y generosa.

Acudid todas, pues, cuando se os convoque, ya sea por invitación directa o la que se haga por medio de la prensa, prescindiendo de omisiones, que seguramente serán involuntarias.

Daos todas las señoras y señoritas por invitadas, pensando sólo en la gran obra social y de orden, y haced propaganda en este sentido con todas vuestras relaciones.

¡Qué decepción y triste desencanto ocasionaría vuestra indiferencia, y cuánto mal evita-

ría, por el contrario, vuestro entusiasmo por la institución!

El *geniecillo* me asegura que se os espera, y que las señoras iniciadoras os envían por anticipado su agradecimiento.

Al que agrega el suyo, la que, como sabéis, tiene por lema, todo por la mujer y para la mujer.

16 de noviembre de 1913.

I V

Mi *geniecillo* tutelar tenía razón, cuando me aseguró hace tiempo que en breve se celebraría una asamblea femenina, para tratar definitivamente de la implantación, en Logroño, de un Centro Obrero dirigido por señoras.

Yo iba desconfiando del *gnomo*: ¡somos tan propensas a vacilar en todo las mujeres!

Por otra parte, las noticias de mi confidente no se confirmaban, y la verdad, temía si el muy travieso se había burlado de mis deseos, obligándome a lanzar a la publicidad una información inexacta.

Pero, amigas mías, todo era verdad; por fin se realizó el acontecimiento tan anhelado por mí, y que, por cierto, ha sobrepujado a las esperanzas más optimistas.

Tuvo lugar ayer, 22, a las once de la mañana, en el local del « Centro Católico Obrero », y, a pesar de no haberse convocado particularmente a nadie, la brillante concurrencia, tan selecta como distinguida, nos hizo acariciar los más halagüeños resultados para el porvenir, llenando de inefable consuelo mi alma que tanto espera de esa hermosa y sugestiva institución de amor y caridad.

Así debieron pensar y sentir la legión de damas y señoritas que llenaron completamente el amplio local del Círculo, ávidas de cooperar con su celo y aptitudes a tan simpática obra social.

La mujer riojana goza fama, por cierto justísima, de responder, generosa y noblemente, a toda idea levantada y digna, y hoy ha confirmado palpablemente sus elevados sentimientos. Es consolador ver que ante un humilde ruego, hayan acudido tantas señoras y señoritas, dispuestas a todos los sacrificios y abnegaciones; y claro es que esto hace augurar, sin temor a equivocarse, que el pensamiento arraigará maravillosamente en Logroño, pues, con tan valiosos elementos, la obra florecerá y dará ópimos frutos.

No lo dudéis, caras mías: yo me siento cada día más entusiasmada, y confío en que

mis distinguidas convecinas no abandonarán, seguramente, campo tan bien preparado.

«Dios lo quiere», decían los caballeros de la Edad Media al tomar la cruz para lanzarse a la conquista de los Santos Lugares; sea también éste nuestro lema, y hagámonos a la idea de que nosotras, igualmente, vamos a emprender una cruzada; a conquistar almas para la sociedad, arrancándolas del sectarismo moderno y de la ignorancia, que son los encarnizados enemigos de esas pobres gentes.

En el próximo enero comenzarán a funcionar las enseñanzas, pues no se espera más que la llegada de las «Damas Catequistas». Adelante, pues, a triunfar en la contienda.

Con vosotras estará siempre, como ayer, vuestra agradecida.

23 de diciembre de 1913.

V

Lindísimas e interesantes muchachas; discretas y cultas damas que cooperáis a la gran obra, a la hermosa y noble institución del Centro Obrero, dirigido por vosotras mismas, y que desde hace quince días viene funcionando con éxito extraordinario en Logroño; yo os saludo cariñosamente, y envío, desde estas co-

lumnas, mi más efusiva y espontánea felicitación y las gracias más expresivas, por el valioso concurso que prestáis generosa y desinteresadamente a la clase obrera.

Yo no sé lo que tiene de atrayente y sugestivo este patronato social; pero el hecho es que, la persona que logra penetrar un domingo por la tarde en el Instituto General y Técnico, bien sea obrero o señora, y presencia uno de los actos que allí se desarrollan, no puede contener la emoción.

Su alma, llena de inefables embelesos, se conmueve al ver a aquellos honrados hijos del trabajo que acuden solícitos y respetuosos a recibir amena instrucción de los suaves y delicados labios femeninos, y a oír con fervor las conferencias sociológicas que se les dan.

Unida a esto la abnegación sublime de las instructoras, que fraternizan con ellos, no es de extrañar que todo les interese y subyugue tan vivamente, que salen de allí prometiendo volver los unos, y las otras coadyuvar con todas sus energías, aptitudes y recursos al sostenimiento del Centro.

Por esto no ha de extrañar a mis lectoras que la concurrencia, lo mismo de obreros que de profesoras, sea mayor todos los domingos, así como el aumento de socias de honor; pues

ya cuenta el reciente organismo con cerca de trescientas personas entre, discípulos, señoras que componen las Juntas, de Protección y del Centro, y las que intervienen, como instructoras, en las diferentes secciones de enseñanza.

Bien puede, pues, afirmarse que existirán pocas damas en la localidad que no contribuyan de alguna manera al noble fin social que encarna esta institución, de la que puede justamente enorgullecerse Logroño.

Lástima que se quieran desvirtuar, (tal vez por ignorancia), los fines utilísimos de estos Centros, queriéndoles achacar un carácter que no tienen, gracias a Dios; pues no se persigue más, en ellos, que la unión de clases y el mejoramiento moral y social de la clase obrera.

En sus estatutos queda terminantemente prohibido ocuparse de política de ninguna especie.

Y yo conmino, al que diga que no es éste el espíritu del Centro, a que demuestre lo contrario; y como *obras son amores y no buenas razones*, según dice el antiguo adagio castellano, el tiempo se encargará de probar la verdad de mis afirmaciones.

Los obreros asiduos concurrentes al Instituto, serán los apologistas de la obra, al presen-

ciar el lazo de unión y la fraternal identificación que existe entre la dama de abolengo y el obrero, y al ver las dos clases, hasta hoy más antagónicas, capital y trabajo, reunidas por amor en la más simpática amalgama, surgida, cual nuncio de paz, para contrarrestar el pavoroso problema social que se agita en lontananza.

Animo, pues, monísimas lectoras y distinguidas damas todas; vamos a trabajar con el mayor entusiasmo en esta obra tan colosal, procurando que del trato con los buenos hijos del trabajo nazcan el cariño e interés que inspira esta clase, tan digna de consideración y de ser protegida.

25 de enero de 1914.

VI

A mi queridísima amiga
Dolores Sanz y Valdés.

¡Día feliz para mi espíritu! ¡Con dificultad se repetirán, en lo que de vida me queda, los arrobamientos que sintió mi alma el domingo, 28 de junio de 1914!

Aquel «Teatro Bretón de los Herreros», el *templo* al servicio del ingenio mundano, levantado para la *creación de la belleza* por medio del género literario, bautizado en su origen por

nuestra armoniosa lengua con el nombre de *farsa*, fué testigo y morada de una realidad palpitante, que, con ser tan grandiosa en lo externo, resultó *nonada*, si en lo que de espiritual encerraba penetramos.

Aquel sueño que una queridísima amiga mía de Pamplona engendró en mi voladora imaginación, al relatarme la vida y heroicos hechos de doña Dolores Sopena, se ha realizado maravillosamente.

Sí, mi querida *Lola*; tu tocaya, la insigne fundadora de los Centros Obreros españoles, de la índole del nuestro, tiene algo muy grande dentro de su sér, que la hará *inmortal* en nuestra amada patria, y después más inmortal en la gloria, con lugar escogido.

Ayer celebramos el primer reparto de premios a nuestros 470 obreros, y no puedes figurarte lo grandioso del espectáculo. Es decir, sí te lo figuras, porque tú también (como tu amiga la gran española a quien, más feliz que yo, has estrechado entre tus brazos) eres de las escogidas, y con tu clarividencia de profetisa me lo anunciaste hace un año. (No te ruborices, pues ya vamos siendo viejas).

¿Lo recuerdas? Fué el día de Santa María Magdalena, y yo te prometí contarte mis impresiones en cuanto el Centro de Logroño

tuviese realidad. ¡ Y cómo me reía al ver tu seriedad cuando afirmabas, resueltamente, que las iniciativas de tu pusilánime y encogida amiga « Clementa » sobran para alcanzar el triunfo ! ¡ Parece mentira, pensaba yo, que en 24 años de fraternal amistad no me haya conocido esta persona !

Pues bien ; es un hecho, y Logroño puede enorgullecerse con su obra : y yo, en estas columnas, a donde traigo esta carta (o lo que sea), que te pensaba remitir, te dedico el homenaje que mereces por ser tuya la idea, que acogió y alentó cierto consejero bueno y modestísimo, con quien consulté antes de lanzarla a la publicidad.

¡ Cuánto hubieses llorado conmigo en la tarde de ayer ! ¡ Pero qué lágrimas tan dulces !

Lee la reseña, suple lo demás con tu talento penetrante, y todo te lo explicarás.

Si cuando escribí mi primer artículo, en este mismo diario, me hubieran dicho lo que en diez meses iba a ocurrir, me hubiera mostrado con más incredulidad que cuando conversábamos en tu casa de la calle de Taconera acerca de la institución.

Amarguras no han faltado (según tu me anunciabas) ; pero puede existir en este mundo la luz sin la sombra, la alegría sin la triste-

za, lo fértil sin arideces, cuando hasta en el paraíso, por ser terrenal, se introdujo la serpiente?

Pero, en cambio, ¡qué inefables dulzuras experimentaban las almas capaces de sentir todo aquello!

Nuestro Centro, querida amiga, ha vivido durante el curso con gran brillantez, y terminó con apoteosis digna de su vida.

A ello han contribuído poderosamente todos los elementos honorarios y activos que rivalizaron en celo y entusiasmo, siendo el nervio principal de la labor una verdadera legión de lindísimas e ilustradas señoritas instructoras y conferenciantes, que, cual ramillete perfumado, forman el florón más simpático de la Sociedad.

Todas y cada una poseen desde hoy, para mí y para el Logroño culto, una nueva cualidad recomendable que agregar a los innumerables encantos de sus personitas: el envidiable título de *catequistas*, que pueden ostentar con santo orgullo.

Muchas cosas te contaría de nuestra gran fiesta de premios y de mis impresiones en el solemne acto; pero se atropellan de tal modo mis ideas, mi imaginación anda tan insufriblemente suelta, que sólo me deja lugar para sentir.

Concluyo, pues, mi más desordenado e incoherente escrito, con la salutación más oportuna en este mes: ¡Viva el Corazón de Jesús!

A la que agrego la unánime y vibrante, que con tanto entusiasmo resonó ayer en «*Bretón de los Herreros*», repetidas veces, iniciada por los obreros que dirigieron la palabra, y contestada por más de cuatrocientos hijos del trabajo, enternecidos y llenos de gratitud y amor: ¡Vivan doña Dolores Sopeña y las Damas Catequistas!

Y otra, muy sincera, que pugna por salir a los labios de cuantos asistieron a la solemnidad.

¡Vivan los obreros logroñeses!

29 de junio de 1914.

En el momento de publicarse este libro ⁽¹⁾, va mediado el segundo curso del Centro Obrero de Logroño, que acaba de celebrar su fiesta de fin de año, tan brillante como la de premios del curso anterior.

(1) 31 de diciembre de 1914.

El número de obreros matriculados excede, con mucho, al de 1914; y de los beneficios que a la población reporta este patronato son buena prueba, el aumento en la suscripción, y el auxilio pecuniario importantísimo que el excelentísimo Ayuntamiento de la capital le ha otorgado magnánimamente.



ÍNDICE

Páginas

ARTÍCULOS Y CRÓNICAS

Prólogo	7
Sobre educación	13
Paréntesis	27
Todo por la mujer	31
María Guerrero	34
La vanidad.	39
Algo de modas	43
Un problema para la mujer	49
Una fiesta de la infancia	53
El 8 de diciembre	57
Modas de invierno	61
Un pecado social.	67
Una confidencia y un consejo.	71
Juegos florales infantiles	76
¡El Carnaval!	81
Cualidad inestimable.	85
La mayor plaga social	90
Boceto... ¿filosófico?.	94
«Stabat Mater Dolorosa»...	100
De ayer a hoy.	104
La reina del amor	109
Por las obreras	113
Devoción de junio	119
Impresiones	123
Recto modernismo	127
A diario.	132
La fe de un torero	136
Las dos juventudes	139

La felicidad	143
El adorno más bello	147
Glosas a un apólogo.	150
Salpicaduras	154
También los niños sufren	158

CUENTOS Y LEYENDAS

Un idilio místico	165
La virtud recompensada	173
Abnegación	181
« Pirrirri »	188
Cómo se triunfa	196
En la noche de difuntos.	205
Noche Buena de Manolín	212
La suegra del diablo.	219
Vanidades y ligerezas	227
La princesita Esmeralda	235
Milagros de la fe	243
El niño Jesús	249
Leyenda vascongada	256
El caballero Teodosio	267
Dos mártires riojanas	285
Doble vista de las madres	296

APÉNDICE

Una obra social	305
---------------------------	-----

La leyenda de...	14
El castro de...	15
El castro de...	16
El castro de...	17
El castro de...	18
El castro de...	19
El castro de...	20
El castro de...	21
El castro de...	22
El castro de...	23
El castro de...	24
El castro de...	25
El castro de...	26
El castro de...	27
El castro de...	28
El castro de...	29
El castro de...	30
El castro de...	31
El castro de...	32
El castro de...	33
El castro de...	34
El castro de...	35
El castro de...	36
El castro de...	37
El castro de...	38
El castro de...	39
El castro de...	40
El castro de...	41
El castro de...	42
El castro de...	43
El castro de...	44
El castro de...	45
El castro de...	46
El castro de...	47
El castro de...	48
El castro de...	49
El castro de...	50
El castro de...	51
El castro de...	52
El castro de...	53
El castro de...	54
El castro de...	55
El castro de...	56
El castro de...	57
El castro de...	58
El castro de...	59
El castro de...	60
El castro de...	61
El castro de...	62
El castro de...	63
El castro de...	64
El castro de...	65
El castro de...	66
El castro de...	67
El castro de...	68
El castro de...	69
El castro de...	70
El castro de...	71
El castro de...	72
El castro de...	73
El castro de...	74
El castro de...	75
El castro de...	76
El castro de...	77
El castro de...	78
El castro de...	79
El castro de...	80
El castro de...	81
El castro de...	82
El castro de...	83
El castro de...	84
El castro de...	85
El castro de...	86
El castro de...	87
El castro de...	88
El castro de...	89
El castro de...	90
El castro de...	91
El castro de...	92
El castro de...	93
El castro de...	94
El castro de...	95
El castro de...	96
El castro de...	97
El castro de...	98
El castro de...	99
El castro de...	100

R
3219

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208078

R 003219

PREMIUM
 DE VENTA
 DE LA
 LEY DE

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM

PREMIUM



PRECIO

PESETAS

Comunidad